

*Opus Christi*  *Salvatoris Mundi*  
*Misioneros Siervos de los Pobres del Tercer Mundo*



Jóven: toma este libro,  
leélo y ponte en camino

(S. Agustín se confiesa)

*“Nos has hecho para ti  
y nuestro corazón está inquieto  
hasta que descanse en ti”*

*(San Agustín, Confesiones. Libro I, cap. 1, nº 1)*



## PRÓLOGO

Querido joven, que te has extraviado en el camino de la vida, *¡toma este libro y léelo!*

Te encontrarás con Agustín que, con total franqueza, confesará su vida.

Con él podrás hacer un camino de fe y esperanza, descubriendo un seguro aliado tuyo en el más maravilloso y valiente viaje de tu vida, aquel que te llevará a decir tu “sí” al Señor.

Leyendo este libro descubrirás cuán preciosa es tu vida y cuánto bien estás llamado a hacerles a los demás, sobre todo a los que sufren, consagrándote a Dios.

Estoy seguro de que, si Dios en su bondad ha puesto este libro en tus manos, es porque tiene sobre ti un gran proyecto de amor y de salvación para muchas almas.

¡Ánimo! Toma este libro y léelo. Encontrarás la alegría de vivir.



P. Giovanni Salerno, msp

*La Alta Cordillera  
de los Andes  
es la espectadora  
de innumerables caminos.*



## INTRODUCCIÓN

### ***Agustín se confiesa a Dios, para que lo escuchen los hombres***

“¿Qué tengo que ver yo con los hombres para que escuchen mis confesiones, como si ellos fueran a curar todas mis enfermedades? Son curiosos en averiguar vidas ajenas y desidiosos en corregir la propia. ¿Por qué quieren oír de mis labios quién soy yo esos mismos que no quieren oír de tu boca quiénes son ellos?

¿Cómo van a saber, pues, si les digo la verdad, cuando ven que soy yo mismo quien hablo de mí, si de hecho ningún humano sabe lo que hay en el hombre, si no es el espíritu del hombre que está en él (cfr. 1Cor 2, 11). Pero, si te oyen a ti hablar de ellos, no podrán decir: -Miente el Señor-. Porque oírte hablar a ti de ellos, ¿qué otra cosa es sino conocerse a sí mismos?

(...) Yo, Señor, me confieso a ti para que lo oigan los hombres, a quienes no puedo demostrar que digo la verdad. Pero, aquellos a quienes la caridad abre los oídos, éstos sí que me creerán” (*Confesiones*<sup>1</sup>. Libro X, cap. 3, nº 3).

### ***Que los lectores tomen aliento al oír las cosas buenas y suspiren apenados al oír las cosas malas de él***

“Pero, ¿qué fruto buscan sacar de esta pretensión?

---

<sup>1</sup> Obra escrita por San Agustín hacia el año 400.

¿Quieren felicitar me después de haber oído el relato de mis avances hacia ti, (Dios mío), gracias a tus dones, y orar por mí tras escuchar cuánto me he demorado en el camino por culpa de mi propio peso?

Bueno, pues voy a manifestarme a ellos, ya que no es poco fruto, Señor Dios mío, el que sean muchos los que te den gracias y te rueguen por mí (cfr. 2Cor 1, 11). Que su espíritu fraterno ame en mi persona lo que tú enseñas que hay que amar, y que deplora en mí lo que enseñas que hay que deplorar. Que lo haga su espíritu fraternal, (...) que cuando me aprueba se congratula por mí, y cuando no me aprueba se entristece por mí, porque tanto si me aprueba como si no me aprueba, siempre me ama.

Sí, voy a mostrarme a ellos. Que tomen aliento al oír mis cosas buenas y que suspiren apenados al oír mis cosas malas. Lo bueno que hay en mí es obra y don tuyo. Mis males son culpas mías y castigos tuyos.

(...) Que de los corazones de estos hermanos, que son incensarios tuyos (cfr. Ap 8, 3), suban a tu presencia los himnos y las lágrimas. (...) Tú, que nunca abandonas lo que emprendes, completa lo que hay en mí de imperfecto (cfr. Flp 1,6). (...) Haré estas confesiones no sólo delante de ti, (...) sino también ante los oídos de los hijos de los hombres creyentes, partícipes de mi alegría, copartícipes de mi mortalidad, conciudadanos míos y compañeros de peregrinación y de vida, unos antes y otros después. Éstos son tus siervos, mis hermanos, que tú quisiste fueran hijos tuyos.

Éstos son mis dueños. Tú me mandaste que esté a su servicio si quiero vivir contigo de ti.

Este mandato habría sido bien poca cosa para mí, si tu Palabra lo hubiese establecido oralmente nada más, y no hubiera ido por delante con el ejemplo de los hechos” (*Confesiones*. Libro X, cap. 4, nº 5-6).

### ***Sólo Dios sabe todo del hombre***

“Tú, Señor, conoces todo lo del hombre (cfr. Jn 21, 17), pues lo has creado. (...) Desconozco qué tipo de tentaciones puedo superar y qué clase de tentaciones no puedo. La única esperanza que me queda es que tú eres fiel y no permites que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas, sino que, junto con la tentación, nos ofreces la posibilidad de hacerle frente.

Consiguientemente, confesaré lo que sé de mí y confesaré lo que no sé de mí. Lo que sé de mí lo sé porque tú me iluminas, y lo que ignoro de mí lo ignoro hasta que mis tinieblas sean como el mediodía de tu rostro” (*Confesiones*. Libro X, cap. 5, nº 7).

*“También hoy se necesitan discípulos de Cristo que no escatimen tiempo ni energía para servir al Evangelio. (...) En particular, os aseguro que el Espíritu de Jesús os invita hoy a vosotros, jóvenes, a ser portadores de la Buena Noticia de Jesús a vuestros coetáneos”*

*(Mensaje del Papa Benedicto XVI para la XXIII Jornada Mundial de la Juventud, 2008).*





## PRIMERA PARTE <sup>2</sup>

### NACIMIENTO E INFANCIA <sup>3</sup>

Agustín “nació en la Provincia de África<sup>4</sup>, en la ciudad de Tagaste. Sus padres eran miembros del consejo municipal de la ciudad llamados *curiales*, porque eran responsables frente a la *Curia* o administración central imperial. Eran personas honestas y cristianas” (Posidio, *Vida de Agustín*, cap. 1).

#### Recibido con la señal de la cruz de Cristo

“Del período que pasé en el seno de mi madre (...) algunas insinuaciones sí que me han hecho; y, por lo demás, también yo he visto a mujeres en estado. Pero, ¿qué ocurrió antes de esta época, dulzura mía, Dios mío? (...) Un ser animado como el mío, ¿de dónde podía proceder sino de ti, Señor? ¿Es que alguien puede ser autor de sí mismo? ¿O existe otro cauce por donde

---

<sup>2</sup> Esta primera parte tiene como base casi exclusiva el texto de las “*Confesiones*” de San Agustín, escritas hacia el año 400. Sólo en poquísimas ocasiones incluye párrafos selectos de la “*Vida de Agustín*”, de Posidio.

<sup>3</sup> De acuerdo a los criterios de San Agustín y sus contemporáneos, la infancia iba desde el nacimiento hasta los 7 años. La niñez, de los 7 años hasta los 14; la adolescencia, desde los 14 hasta los 28; la juventud, desde los 28 hasta los 50; la virilidad, desde los 50 hasta los 60; la vejez, desde los 60 hasta los 80; la decrepitud, desde los 80 hasta la muerte. Aquí no seguiremos estos criterios, evidentemente insostenibles, sino los actuales.

<sup>4</sup> En aquella época la costa norte de África, en el área del Mediterráneo, era una Provincia del Imperio Romano. La región donde nació San Agustín (354-430) corresponde a la Argelia de hoy, tierra natal de figuras de primera magnitud en la historia del Cristianismo, como Tertuliano, San Cipriano, San Fulgencio, y otros, además de San Agustín.

nos llegue el ser y la vida fuera de tu autoría sobre nosotros, Señor? En ti la existencia y la vida no son dos cosas distintas, dada la identidad que hay entre la existencia en grado sumo y la vida en grado supremo” (San Agustín. *Confesiones*. Libro I, cap. 1, nº 9-10).

“Desconozco de dónde he llegado yo acá, a ésta que no sé si llamar vida mortal o muerte vital. Nada de esto sé. Lo que sí sé es que tuve una buena acogida. Me la brindaron los detalles de tu ternura (cfr. Sal 68, 17) para conmigo. (...) Me acogieron los solaces de la leche humana. No eran mi madre ni mis nodrizas las que henchían de leche sus pechos por sí mismas. Eras tú quien, por conducto de ellas, proporcionabas el alimento a mi infancia, de acuerdo a los criterios de tu providencia.... Todos los bienes proceden de ti, Dios mío...” (Libro I, cap. 6, nº 7).

“Me signaron con la señal de la cruz y saboreé la sal bendita apenas salí del seno de mi madre, que tuvo una gran esperanza en ti” (Libro I, cap. 11, nº 17).

### **Caprichos y antojos de la infancia**

“¿Quién me lo recuerda? ¿No puede hacerlo cualquier bebé en el que ahora veo retratado lo que no recuerdo de mí? (...) No cabe la menor duda de que entonces hacía cosas reprobables, pero era incapaz de entender al que me regañaba. Tampoco la razón ni la moda aconsejaban que se me corrigiera en este punto. Estos defectos se erradican a medida que vamos creciendo. (...) Pude observar en cierta ocasión los celos de un bebé que apenas articulaba sonido y ya clavaba los ojos ceñudos, con la cara lívida, en un hermanito de leche. ¿A quién se le escapan detalles como éste? (...) Si embargo, hay cierta elasticidad y tolerancia ante estos defectos, no porque tengan poca entidad o revistan escaso relieve, sino porque son cosas que desaparecen con el tiempo. Y si bien es verdad que, en el caso de los niños, este comportamiento

tiene excusa, estos mismos defectos resultan intolerables cuando se advierten en personas de más años” (Libro I, cap. 7, nº 11).

## NIÑEZ

### Aprendiendo a hablar

“¿No es cierto que yo, en mi camino hacia la madurez, pasé de la infancia a la niñez? (...) Yo ya no era un bebé desprovisto de habla, sino un niño que hablaba. Me acuerdo muy bien de esto. Del modo cómo aprendí a hablar me di cuenta más tarde. (...) Fui yo mismo mi maestro con la inteligencia que tú me diste, Dios mío. (...) A través de los gestos corporales, que son como las palabras naturales de todos los pueblos y que se realizan mediante la expresión del rostro, el parpadeo de los ojos, los ademanes de los demás miembros, el tono de voz, que expresan los sentimientos del ánimo cuando pide, tiene, rechaza o elude las cosas, de acuerdo con esta táctica, iba deduciendo poco a poco de qué cosas eran signos aquellos vocablos que, aplicados a diversos contextos de la conversación, yo captaba con frecuencia. (...) De este modo me fui poniendo en comunicación con los que estaban a mi lado, expresando mis deseos por medio de signos, y fui accediendo progresivamente a la colectividad procelosa de la vida humana, dependiendo de la autoridad de mis padres y de las órdenes de los mayores” (Libro I, cap. 8, nº 13).

### Frecuentando la escuela

“Criaron y educaron a su hijo con todo esmero y también con notables gastos. Así él aprendió inicialmente las letras profanas, es decir, todas aquellas disciplinas que llamamos «liberales»” (Posidio, *Vida de Agustín*, cap. 1).

“Me mandaron a la escuela a estudiar letras, de cuya importancia no tenía yo, pobre infeliz, ni la más remota idea. Esto no era óbice para que me costara buenos azotes mi falta de aplicación. Esta actitud rigurosa gozaba del apoyo de los adultos, y eran muchos los niños que antes de nosotros, siguiendo este tenor de vida, habían desbrozado estos caminos deplorables por los que se nos obligaba a pasar, multiplicando de este modo el trabajo y el dolor de los hijos de Adán.

Pero, por otro lado, Señor, hice un descubrimiento: vi que había personas que te invocaban. De ellas aprendí, dados mis cortos alcances, que tú eres alguien, que eres grande y que puedes escucharnos y apoyarnos, aunque no te manifiestes a nuestros sentidos. Niño como era, comencé a implorarte, auxilio y refugio mío (cfr. Sal 17, 3), y al invocarte rompía las trabas de mi lengua. Aunque yo era pequeño, no lo eran mis sentimientos, y con ellos te suplicaba que no me azotasen en la escuela. (...) No era poco el miedo que teníamos, y tampoco nos quedábamos cortos en las súplicas que te dirigíamos para librarnos de semejantes castigos” (Libro I, cap. 9, nº 14-15).

### **Amor por el juego y a las competiciones**

“Es el caso, Señor, que no me faltaba ni memoria ni talento, pues tú me habías dotado suficientemente de ellos, de acuerdo con mi edad de entonces. Pero me gustaba jugar. Y me castigaban por esto precisamente aquellos que hacían lo mismo que yo. Pero, claro, las distracciones de los adultos se llaman negocios, mientras que las de los niños, que son simplemente distracciones, son objeto de castigo por parte de los adultos. (...) De niño jugaba a la pelota” (Libro I, cap. 9, nº 15).

“(...) Y, sin embargo, yo seguía pecando, Señor Dios mío, actuando contra las órdenes de mis padres y de aquellos maestros. (...) Mi desobediencia no se basaba en una opción personal por

lo mejor, sino en la afición al juego. En las competiciones lo que más me atraía eran los triunfos sonados (...). Idéntica curiosidad destellaban mis ojos ante el mundo de los espectáculos, que son los juegos de los mayores” (Libro I, cap. 10, nº 16).

### **Grave enfermedad y pedido del bautismo**

“Tú viste, Señor, que un día, siendo todavía niño, me subió de repente la fiebre como consecuencia de una oclusión intestinal y estuve en trance de morir. Tú, Dios mío, que eras ya mi custodio (cfr. Gn 28, 15; Jb 7, 20), viste con qué empeño de mi corazón y con qué fe solicité de la piedad de tu Iglesia, madre mía y madre de todos nosotros, el bautismo de tu Cristo, mi Dios y Señor. Asustada mi madre carnal -que andaba con las ansias de su parto favorito: mi salvación eterna, y que estaba anclada en tu fe con corazón puro- trabajaba solícita y preocupada por afrontar mi iniciación en los sacramentos de la salvación, para que recibiera el bautismo y te confesara, Señor Jesús, a fin de que se me perdonasen los pecados.

Pero me repuse inmediatamente. Así, pues, quedó aplazada mi purificación. (...) En aquella época yo era ya creyente; lo era mi madre y lo eran todos los de casa, menos mi padre. Éste no neutralizó en mi corazón los fueros del amor maternal hasta el punto de que yo dejase de creer en Cristo, fe que mi padre no tenía aún. Ella era quien hacía las diligencias para que tú, Dios mío, fueras mi padre e hicieras sus veces” (Libro I, cap. 11, nº 17).

### **Ninguna gana de estudiar**

“En esta mi niñez (...) no me gustaba estudiar ni que me obligaran a ello. Sin embargo, me obligaban, y con ello me hacían un bien. Estoy convencido de que, si no me hubiesen obligado, mi aprendizaje hubiese sido nulo. Pero, nadie hace bien lo que

hace a la fuerza, aunque sea bueno lo que hace. Tampoco hacían bien los que me obligaban, sino que el único que me hacía bien eras tú, Dios mío. (...) Tú, que tienes contados los cabellos de nuestra cabeza (cfr. Mt 10, 30), te servías del error de todos los que me instaban a aprender, y lo hacías en provecho mío. También te aprovechabas de mi error en no querer aprender, y lo hacías para castigo mío, del que no era indigno, siendo yo como era un niño tan chiquito y un pecador tan grande. Así, pues, te servías de los que no actuaban bien, para hacerme bien a mí. Y a mí, que era pecador, me dabas una paga justa. En efecto, tú mandaste -y esto es así- que toda alma desordenada sea su propio castigo” (Libro I, cap. 12, n° 19).

“Todavía no es suficientemente clara la causa por la cual yo odiaba la lengua griega que me inculcaban desde pequeñito. Les tenía, eso sí, mucho cariño a las letras latinas, no las que enseñan los maestros de primaria, sino las que imparten los llamados gramáticos. (...) De hecho adquiriré algo que ahora conservo: leer cuantos escritos caen en mis manos y escribir lo que me viene en gana. (...) Me obligaban a memorizar acerca de los errados derroteros de no sé qué Eneas y a llorar la muerte de Dido y su suicidio por amor, Y, mientras tanto, me mantenía con los ojos enjutos ante mi propia muerte que, lejos de ti, Dios mío y vida mía (cfr. Jn 11, 25-26; Jn 14, 6), yo encontraba en tal literatura. ¿Qué mayor miseria que la de un miserable que no tiene conmiseración de sí mismo? ¿Del que lloraba la muerte de Dido, motivada por el amor de Eneas, pero no lloraba su propia muerte, que tenía como causa no amarte a ti, Dios mío, luz de mi corazón (...)? No te amaba, y fornicaba lejos de ti. Y, mientras fornicaba, llegaban a mis oídos las exclamaciones de «¡bravo!; ¡muy bien!», porque la amistad de este mundo es un fornicar, dándote las espaldas a ti” (Libro I, cap. 13, n° 20-21).

“(…) Pecaba, pues, siendo niño, al anteponer aquellas realidades vanas o inútiles a éstas útiles; mejor dicho, al

aficionarme a aquéllas y odiar a éstas. Pero ya entonces el «uno más uno dos, y dos más dos cuatro» me resultaba un estribillo tedioso, mientras que el caballo de madera preñado de gente armada, el incendio de Troya y la sombra espectral de Creusa<sup>5</sup> constituían para mí un sabrosísimo espectáculo de vanidad” (Libro I, cap. 13, nº 22).

“El mismo Homero, maestro en urdir fabulillas, es dulcísimamente vano. Pero para mi niñez resultó realmente amargo. (...) Es el caso que yo tenía desconocimiento total de los vocablos, pero me urgían en demasía a que los aprendiera, y lo hacían con amenazas y castigos llenos de crueldad. Sin embargo, recuerdo épocas de mi niñez en que también tenía desconocimiento total de los vocablos latinos y, a pesar de todo, los aprendí por simple observación, sin miedo ni torturas. (...) Los aprendí sin la presión de los responsables de la enseñanza. (...) Resulta, pues, evidente que para el aprendizaje de estas cosas tiene más mordiente la curiosidad espontánea que la meticulosa coacción” (Libro I, cap. 14, nº 23).

“(...) ¡No y mil veces no! No es este tipo de torpezas el que más facilita el aprendizaje de las palabras del vocabulario, sino que es este mismo léxico el que va fomentando la familiaridad con esta clase de torpezas. Ningún cargo tengo contra las palabras, que son como vasos selectos y preciosos (cfr. Pr 20, 15), pero sí contra el vino del error que nos propinaban maestros borrachos. El caso es que (...) aprendí gustosamente todas esas lindezas; y de esto tomaban pie para decir que yo era un chico que prometía mucho” (Libro I, cap. 16, nº 26).

“Señor, escucha mi oración (...) para que sigas siendo para mí más dulce que todas las seducciones que yo secundaba, para

---

<sup>5</sup> Hija de Príamo, último rey de Troya, y de Hécuba. Fue esposa de Eneas. Desapareció mientras huía de Troya incendiada. Cfr. Virgilio (70-19 a. C.), *Eneida*, 2, 772.

que te ame con todas mis energías. (...) Que todo cuanto de útil aprendí en mi niñez redunde en servicio tuyo. Y que redunde en servicio tuyo todo lo que converso, escribo, leo y calculo” (Libro I, cap. 15, nº 24).

### ***Jovencito talentoso***

“Permíteme, Dios mío, que hable también un poco de mi ingenio y agudeza, dones tuyos, y de los delirios en que los despilfarraba. Las tareas que me proponían constituían una ocupación bastante incómoda para mi sensibilidad, pues, por un lado, tenían el aliciente del elogio y del pequeño honor personal, y por otro, el miedo al ridículo y a los castigos. (...) La expresión más elegante era la de aquel que, teniendo en cuenta el protagonismo del personaje imitado, expresaba con mayor desenvoltura los sentimientos de ira y dolor, dándole al texto el ropaje de palabras más en consonancia con el tema. Pero, ¿de qué me sirvieron, Dios mío y verdadera vida mía, aquellos aplausos que siguieron a mi interpretación y que eran más nutridos que los de muchos compañeros míos, de mi misma edad? ¿No era esto humo y viento? ¿Es que no había otros temas para ejercitar mi talento y mi lenguaje?” (Libro I, cap. 17, nº 27).

### ***Extrañas contradicciones***

“¿Qué tiene, pues, de extraño que me dejara llevar a remolque de esta clase de vanidades, y me descaminara lejos de ti, Dios mío, cuando me proponían como modelos dignos de imitación a personas que si incurrían en algún solecismo o barbarismo, al relatar algún hecho de su vida -hechos buenos, por supuesto-, se llenaban de confusión cuando se lo hacían notar; y que en cambio, si contaban con gallardía y riqueza de léxico sus desvergüenzas, y lo hacían con palabras cabales



y sintaxis perfecta, eran objeto de alabanza y gozaban de popularidad?

Ves esto, Señor, y te callas, generoso, lleno de misericordia (cfr. Sal 85, 15; 102, 8) y de verdad. Pero, ¿es que vas a estar siempre callado? (...) Vivir rodeado de pasiones sensuales equivale a vivir en un ambiente tenebroso, es decir, a vivir lejos de tu rostro.

Fíjate, Señor Dios, y contempla, con esa paciencia tuya en observar, cómo los hijos de los hombres se esmeran meticulosamente en cumplir los cánones y normas sobre letras y sílabas que recibieron de sus antepasados, mientras, por otra parte, descuidan las reglas eternas de la vida perdurable recibida de ti. Y esto lo hacen de tal modo que aquel que sabe y enseña las antiguas reglas establecidas para las pronunciaciones, si en contra de la gramática pronuncia la palabra ‘hombre’ sin aspirar la primera sílaba, desagrada más a la gente que si, en contra de tus preceptos, odiara a un hombre, siendo él mismo un hombre. Como si fuera posible que el hombre tuviera un enemigo más peligroso que el mismo odio con que se irrita contra él, o como si persiguiéndole pudiera hacerle mayor daño que el que causa a su corazón odiando. Indiscutiblemente, no hay un conocimiento de letras más íntimo que el de las escritas en la propia conciencia (cfr. Rm 2, 15): «*Lo que no quieras para ti no se lo hagas a otro*» (cfr. Tb 4, 16; Mt 7, 12; Lc 6, 31)” (Libro I, cap. 18, n° 28-29).

### ¿A ésta llamamos “inocencia infantil”?

“Yo no veía entonces el remolino de mi torpeza, en el que yo me había arrojado lejos de tu mirada (cfr. Sal 30, 23). ¿Podía haber algo más repulsivo a tus ojos que mi persona urdiendo mentiras sin cuento, no sólo ante el pedagogo y los maestros, sino incluso ante los mismos padres cuando trataba de engañarlos?

A todos estos extremos me llevaba la pasión por el juego, la afición a los espectáculos frívolos y las ganas de imitar

personalmente a los actores. También practicaba algunos hurtillos de la despensa casera, unas veces por gula, otras por tener algo que dar a los chiquillos a cambio de los juegos que me vendían y de los que disfrutábamos juntos. En estos mismos juegos, en que con frecuencia me ganaban, usaba de trucos para conseguir victorias a base de trampas, todo por afán de sobresalir. Y la cosa que peor me sentaba y me alteraba más era sorprenderlos en las mismas trampas que yo les hacía a ellos. Y si el sorprendido era yo, prefería pelearme. Pero no ceder.

¿Y a esto lo llamamos inocencia infantil? ¡No lo es, Señor, no lo es! Pues esta misma pasión tiene una trayectoria que abarca desde la época de los pedagogos a base de nueces, canicas y pajarillos, hasta el estamento de los prefectos y los reyes, que se valen de oro, de tierras y de esclavos. Y esta misma pasión pasa irremisiblemente a otras edades superiores, de la misma manera que a los golpes de palmeta le suceden tormentos más refinados” (Libro I, cap. 19, nº 30).

### **Agradecido al Señor por todos sus dones**

“A pesar de todo, te doy gracias, Señor soberano, óptimo creador y gobernador del universo (...) porque yo gozaba de la existencia, tenía vida, sentía y me preocupaba de mi integridad, huella de la unidad misteriosa de donde procedía. Con el instinto interior, mantenía la integridad de mis sentidos. Me recreaba con la verdad, con mis pequeños pensamientos, con las cosas menudas. No me gustaba que me engañaran, tenía una memoria pujante, me educaba en el lenguaje, me encantaba la amistad, huía del dolor, de la bajeza y de la ignorancia. (...) Todos ellos son dones de Dios: yo no me los di. Todo esto son bienes, y todo esto soy yo. Por consiguiente, el que me creó es bueno, él es mi bien, y salto de gozo en su honor por todos los bienes por los cuales yo era niño. Pero pecaba en una cosa: en la búsqueda de

placeres, honores y verdades, no en Dios, sino en las criaturas, en mí y en las demás. Por eso incurría en dolores, confusiones y errores.

Gracias, dulzura mía, honor mío, confianza mía, Dios mío, gracias por tus dones. Sigue conservándomelos. De este modo me guardarás a mí, y los dones que me hiciste se verán incrementados y perfeccionados. Y yo estaré contigo, porque mi misma existencia es un don tuyo” (Libro I, cap. 20, nº 31).

## ADOLESCENCIA

“En distintos momentos de mi adolescencia me abrasó la fiebre causada por el hartazgo de las realidades de rango inferior. Tuve asimismo la osadía de internarme en la espesura de amores diversos y sombríos” (Libro II, cap. 1, nº 1).

### *Efervescencia de la pubertad*

“(…) ¿Y qué era lo que más me deleitaba sino amar y ser amado? Lo cierto es que, desde los apetitos cenagosos de mi carne y desde la efervescencia de mi pubertad, surgían jirones de niebla que encapotaban y nublaban mi corazón, privándole de toda capacidad de análisis entre la serenidad del amor y la oscuridad de la pasión. Ambas cosas, apetitos y ardor de pubertad, en confusa mezclanza, hervían e iban llevando a remolque mi edad aún sin consistencia por lo escabroso de las pasiones y sumiéndola en el remolino de la torpeza. (...) Iba alejándome cada vez más de ti, y tú hacías la vista gorda. (...) No anda muy lejos de nosotros tu omnipotencia, incluso cuando andamos alejados de ti. (...) Tú siempre estabas a mi lado, piadosamente duro, rociando de amarguísimos sinsabores todos mis placeres ilícitos para que yo acudiera en demanda de goces inofensivos.

(...) ¡Dónde estaba yo y qué lejano era mi exilio, apartado del confort de tu casa en el transcurso de mis dieciséis años, que era ésa la edad de mi carne! Ésta tomó en sus manos el control de mi persona. Y yo le entregué incondicionalmente las mías, atacado por el frenesí de mis apetitos, de esos apetitos que para la degradación humana gozan de carta blanca, pero que ante tu ley son ilícitos” (Libro II, cap. 2, nº 2-4).

### ***Regreso de Madaura y vacaciones forzosas***

“Aquel año quedaron interrumpidos mis estudios. Al volver yo de Madaura, ciudad cercana donde había iniciado los estudios de literatura y oratoria, ya se estaban haciendo los preparativos para un viaje más lejano: a Cartago<sup>6</sup>. Estos preparativos corrían a cargo de mi padre, vecino de Tagaste y económicamente débil, aunque con un empuje digno de todo elogio. (...) ¿Quién no iba a elogiar grandemente a este hombre, que era mi padre, el cual, por encima de las posibilidades económicas de la familia, gastaba por el hijo todo lo que fuera necesario para un viaje de estudios incluso tan largo? Personas había mucho más pudientes que no abrigaban tales proyectos para sus hijos. Ciertamente tampoco mi padre tenía especial interés en los progresos que yo pudiera hacer en tus sendas. Tampoco le preocupaba el problema de mi castidad. Lo que le importaba era que yo llegara a ser un personaje *diserto*, mejor dicho, *desierto*, sin cultivar, sin ese laboreo tuyo, Dios mío, dueño único, verdadero y bueno, de tu campo que es mi corazón (cfr. Mt 13, 24-30)” (Libro II, cap. 3, nº 5).

---

<sup>6</sup> Cartago, antigua ciudad enemiga de Roma, en el actual territorio de Túnez, era en esa época una de las más importantes ciudades del Imperio romano, en fuerte rivalidad con Alejandría de Egipto.

“Pero, a mis dieciséis años, cuando por razones económicas me tomé unas vacaciones forzosas en casa de mis padres, es cuando cobraron vigor y medraron por encima de mi cabeza las zarzas de mis pasiones. Y no había mano que las arrancase de raíz. Más bien al revés. Porque recuerdo que cierto día, estando yo en los baños, vio mi padre las señales de mi pubescencia, así como el porte de mi mocedad en ciernes, y se le caían las babas de satisfacción ante la expectativa de los nietos que yo podría darle. Así se lo llegó a insinuar a mi madre. (...) Mi padre era catecúmeno desde hacía poco. Mi madre, por su parte, se estremeció de temor y de piadosa aprensión (cfr. 2Cor 7, 15). Aunque yo no estaba bautizado aún, temió que me internara por sendas tortuosas, camino ordinario de los que te vuelven la espalda y no te dan la cara (cfr. Jr 2, 27b).

¡Pobre de mí! ¿Y tengo el atrevimiento de decir que tú guardabas silencio, Dios mío, cuando era yo el que me iba alejando más y más de ti? ¿Es cierto que te hacías el callado conmigo? ¿Y de quién sino tuyas eran aquellas palabras que me venían por conducto de mi madre, tu sierva fiel, y que tú cantaste a mis oídos? Ciertamente que ninguna de ellas caló hondo en mi corazón como para ponerla en práctica. Anhelaba ella, y recuerdo que así me lo recalcó con gran interés, que evitara la fornicación, haciendo especial hincapié en la huida del adulterio con mujeres casadas.

Todo ello se me antojaban consejos mujeriles, y me parecía algo humillante hacer caso de ellos. Pero eran avisos tuyos, sin darme por enterado. Es más, estaba convencido de que tú seguías mudo y de que era ella la que hablaba. Por conducto personal suyo ya no estabas callado conmigo, pero yo te desautorizaba en ella. Yo, que era su hijo, el hijo de tu sierva, y siervo tuyo también.

En mi ignorancia, iba cayendo en el precipicio con una ceguera tal que el ser menos libertino que mis compañeros de edad constituía para mí un motivo de humillación.

(...) ¿Hay algo más reprehensible que el vicio? Sin embargo, para evitar que me humillaran, me iban enviciando progresivamente. Y cuando no tenía razones para empatar con los más sinvergüenzas, inventaba cosas que no había hecho, para no dar la imagen de menos degradación, por ser más inocente, ni de menos prestigio, por ser más casto.

(...) Mi madre (...) estimaba que mis estudios no sólo no me iban a perjudicar, sino que me serían de gran ayuda para llegar hasta ti. (...) De todos modos creo que, frente a los juegos, (mis padres) me dieron demasiada rienda suelta y no supieron conjugar rigor y condescendencia” (Libro II, cap. 3, nº 6-8).

### ***Un extraño gusto de hacer lo prohibido, y el poder de las malas compañías***

“Lindando con nuestra viña había un peral bien cargado de fruta, no muy atractiva, por cierto, ni por su aspecto ni por su sabor. A altas horas de la noche, una pandilla de muchachos (...) nos fuimos a sacudir el árbol y llevarnos las peras. (...) De la huerta sacamos unas considerables cargas de peras, no para saborearlas, sino, más probablemente, para echárselas a los cerdos. Y, aunque probamos algunas, para nosotros lo principal fue darnos el gustazo de hacer lo que no estaba permitido.

(...) Yo quise robar, y robé. No lo hice obligado por la necesidad (...); porque robé aquello que yo tenía en abundancia y aun de mejor calidad. Ni siquiera pretendía disfrutar del producto del robo apetecido, sino del robo en sí mismo, del pecado de robo” (Libro II, cap. 4, nº 9).

(...) Y sin embargo, estando solo no lo habría hecho. Tengo muy presente en la memoria mi disposición anímica de aquel día. Estoy seguro de que, estando solo, no lo habría hecho. Entonces, en buena lógica (...), puesto que mi placer no estribaba en aquellas peras, el placer radicaba en el mismo hecho malo y

en la complicidad de la pandilla en cuya compañía pecaba yo” (Libro II, cap. 8, nº 16).

“¡Oh amistad descaradamente enemiga! ¡Oh fascinación incomprensible del espíritu! Ganas de hacer daño por burla y por diversión, ganas de hacer el mal a otros sin beneficiarse personalmente, sin afán de revancha, sino por secundar la expresión ‘¡Vamos allá, manos a la obra!’ y por sentir sonrojo de no ser un sinvergüenza” (Libro II, cap. 9, nº 17).

## JUVENTUD

### Estadía en Cartago

#### *Amores secretos*

“Llegué a Cartago<sup>7</sup>, y a mi alrededor chirriaba por doquier aquella sartén de amores depravados. (...) Amar y ser amado era para mí una dulce ocupación, sobre todo si lograba disfrutar del cuerpo de la persona amada. Lo que hacía, pues, era mancillar el manantial de la amistad con las impurezas de la pasión y empañar su tersura con las corrientes infernales de mi pasión carnal. Caí también en las redes del amor, que era mi trampa favorita. Dios mío y misericordia mía, ¡qué bueno fuiste al rociar de tanta hiel aquella suavidad! Porque mi amor fue correspondido y llegué a disfrutar de un enlace secreto, y contento me iba atando con sus lazos angustiosos, para luego caer bajo las varas de hierro candente de los celos, las sospechas, los temores y las riñas” (Libro III, cap. 1, nº 1).

---

<sup>7</sup> San Agustín utiliza aquí la figura de la sartén, cuyo nombre latino (“*sartago*”) le permite contraponerla con un juego de palabras al nombre de la ciudad (“*Cartago*”) que lo hospedó.

## ***Fuerte atracción por el teatro***

“Me sentía fuertemente atraído por las representaciones teatrales, repletas de las imágenes de mis propias miserias y de los incentivos de mi propia fogosidad. Me pregunto: ¿qué explicación tiene que el hombre quiera, por una parte, sentir dolor ante espectáculos luctuosos y trágicos, mientras que, por otra, no desea sufrírselos en carne propia? No obstante, observamos que el espectador lo que busca realmente en los espectáculos es compartir el dolor y que este dolor se le convierta en fuente de placer. ¿Qué es todo esto sino una locura fuera de lo común? (...) Entonces, en los espectáculos teatrales, disfrutaba haciendo causa común con los enamorados cuando se solazaban en sus vicios. Disfrutaba, aunque se tratara de una representación teatral, producto de la imaginación. Pero cuando la desgracia separaba a estos amantes, me invadía una especie de tristeza llena de compasión. Las dos situaciones eran de mi agrado. (...) Por aquellas fechas (...) me gustaba dolerme de las desgracias ajenas, tanto en los espectáculos de carácter ficticio como en los de entretenimiento. Y, de las actuaciones del comediante, la que más me cautivaba era aquella que más lágrimas me arrancaba. (...) Ésta era mi vida. Pero, Dios mío, ¿era vida esto?” (Libro III, cap. 2, nº 2- 4).

## ***Ambigua actitud frente a las pandillas estudiantiles***

“¡En qué cantidad de maldades me fui enviando! Me fui tras la pista de una sacrílega curiosidad. (...) He tenido la osadía de concebir deseos impuros y bregar para coger frutos mortíferos (cfr. Rm 7, 5), incluso en tus solemnes y concurridas liturgias entre las paredes de tu iglesia. Motivo por el cual tú me fustigaste con severas penas, que no eran nada en comparación de mi culpa, Dios mío. (...) Yo me mantenía totalmente lejos de las



gamberradas que hacían los ‘revoltosos’ (calificación siniestra y diabólica que sin embargo era considerada como un distintivo de buena educación) entre los cuales vivía avergonzándome de no ser como ellos. Frecuentaban sus reuniones, a veces disfrutaba de su compañía, pero siempre me apartaba con horror de sus acciones, es decir, aquellas gamberradas con que insolentemente atacaban la timidez de los novatos, que provocaban burlándose de balde para después dar pábulo a sus malévolas diversiones. No hay otra acción más semejante a las acciones de los demonios” (Libro III, cap. 3, nº 5-6).

### ***Número uno de su promoción***

“Los estudios calificados de nobles a que yo me dedicaba tenían como meta la carrera forense, los tribunales y los pleitos. Tenía que promocionarme en esta profesión, donde se adquiere tanto mayor fama cuanto con mayor éxito se recurre a procedimientos fraudulentos. La ceguera humana es tan grande, que llega a presumir de esta misma ceguera. Yo era el número uno de mi promoción en la escuela de retórica, y disfrutaba arrogantemente, lleno de orgullo” (Libro III, cap. 3, nº 6).

### ***Lectura de Cicerón y apasionamiento por la sabiduría***

“Rodeado de estos compañeros y en una edad todavía sin consistencia, me dedicaba al aprendizaje de los textos de elocuencia. Trataba de sobresalir en esta materia, no sin antes trazarme unas metas por demás censurables y fantasiosas para regodeo de la vanidad humana.

Siguiendo el programa usual de mis estudios, me topé con un libro de un tal Cicerón, cuyo lenguaje, no así el talante, casi todos admiran. Este libro suyo contiene una exhortación

a la filosofía y lleva por título «*Hortensio*»<sup>8</sup>. Ese libro cambió mi afecto y encaminó hacia ti, Señor, mis oraciones e hizo que mis propósitos y deseos fueran otros. De golpe toda vana esperanza perdió su valor para mí, que con una increíble sed del corazón anhelaba la inmortalidad de la sabiduría y comenzaba a levantarme para volver a ti (cfr. Lc 15, 18-20).

Hay quienes a través de la filosofía, matizando y coloreando sus errores con palabras sanas y respetables, practican el encanto de la seducción. Casi todos estos filósofos, próximos o lejanos en el tiempo, aparecen en aquel libro y son objeto de recensión o desenmascaramiento. (...) En aquella época, tú lo sabes bien, Señor, luz de mi corazón (cfr. Tb 3, 16), (...) me deleitaba únicamente en aquella exhortación, porque su discurso me estimulaba, me encendía y yo ardía para amar, buscar, alcanzar, conservar y abrazar no esta o aquella escuela filosófica, sino la sabiduría misma, cualquiera que fuera.

Lo único que aguaba en mí aquella hoguera tan grande era el no hallar en aquel libro el nombre de Cristo. Porque este nombre, Señor, este nombre de mi Salvador, de tu Hijo, lo había mamado piadosamente mi tierno corazón con la leche de mi madre, lo había mamado por tu misericordia, y lo tenía profundamente grabado. Por eso, aunque este libro fuera una obra literaria bien escrita y seria, en el fondo no acababa de entusiasmarme del todo” (Libro III, cap. 4, n° 7-8).

### ***Decisión de estudiar la Sagrada Escritura***

“Así pues tomé la resolución de dedicarme al estudio de las Sagradas Escrituras y evaluar su contenido. Y entonces es cuando me doy cuenta de que son algo que no está al alcance de

---

<sup>8</sup> Se refiere a la obra de Marco Tulio Cicerón, que él consideraba como lo máximo.

la gente orgullosa, de algo que está asimismo oculto a los niños. Algo que de entrada es humilde, pero en el fondo es sublime y plagado de misterios. (...) Cuando me interesé por su lectura, (...) la estimación que me merecieron era la de que no tenían categoría suficiente para sufrir un careo con la majestad tuliana<sup>9</sup>. (...) Pero, en el fondo, esta Escritura está hecha para crecer con los pequeñuelos (cfr. Mt 18, 3-4). Y, claro, yo desdeñaba ser pequeñuelo e, hinchado de orgullo, me consideraba un fuera de serie” (Libro III, cap. 5, n° 9).

### *Enredado en las doctrinas de los maniqueos*

“Así que vine a caer en manos de unos hombres de orgullo delirante, carnales y charlatanes a más no poder. (...) Por lo demás, su corazón estaba vacío de verdad. Y repetían machaconamente: -¡Verdad, verdad!-. Me hablaban muchas veces de ella, pero nunca se hallaba en ellos, sino que sus palabras eran pura falsedad. No sólo lo que decían de ti, que eres realmente la Verdad (cfr. Jn 14, 6), sino también de los elementos de este mundo (cfr. Col 2, 8), creación tuya.

(...) ¡Ay Verdad, Verdad! ¡Cuán íntimamente suspiraban por ti en aquel entonces las fibras más íntimas de mi corazón, cuando aquellos hombres me hablaban de ti, frecuentemente y de muchas maneras, de palabra y en numerosos y gigantescos libros! Ésta era la vajilla en que a una persona como yo, hambrienta de ti, me servían, en vez de ti, el sol y la luna, bellezas salidas de tus manos, pero, al fin y al cabo, obras tuyas, no tú mismo. (...) Pero yo (...) tenía hambre y sed de ti mismo, que eres la Verdad, en la que no hay mutación ni oscurecimiento alguno (cfr. St 1, 17).

(...) Indudablemente, aquellas ficciones vacías no eran tú mismo, ni me alimentaban. Todo lo contrario: me sentía cada vez

---

<sup>9</sup> Lapso que fue de nueve años, como acabamos de leer.

más exhausto. La comida de los que sueñan se parece muchísimo a la comida de los que están despiertos; sin embargo, la comida de los que sueñan no alimenta a los que duermen. (...) De este tipo de vaciedades me alimentaba yo por aquel entonces, pero en realidad me quedaba en ayunas. (...) Sin embargo, aquellos embustes sí los creí a pie juntillas. ¡Pobre de mí! (...) Pero tú me eras más íntimo que mi propia intimidad"<sup>10</sup> (Libro III, cap. 6, nº 10-11).

“Yo era desconocedor de la otra realidad, de la realidad verdadera, y en esta citación me vi sutilmente inducido a hacerles el juego a aquellos engañabobos que me hacían preguntas cómo éstas: ¿Cuál es el origen del mal? ¿Está Dios demarcado por una forma corporal? (...) Y yo, que era analfabeto en estos temas, estaba hecho un lío” (Libro III, cap. 7, nº 12).

## El sueño revelador de la madre

“Pero enviaste tu mano de lo alto (cfr. Sal 143, 7) y sacaste mi alma de esta profunda oscuridad (cfr. Sal 85, 3), mientras mi madre, tu sierva fiel, lloraba en tu presencia por mí mucho más de lo que lloran las madres la muerte física de sus hijos. Gracias a la fe y al Espíritu (cfr. Gal 5, 5) que le habías dado, veía ella mi muerte. Y tú la escuchaste, Señor. La escuchaste y no mostraste desdén por sus lágrimas, que profusamente regaban la tierra allí donde hacía oración.

Tú la escuchaste. Porque si no, ¿cómo explicar aquel sueño con que la consolaste hasta el punto de readmitirme a vivir y compartir con ella la mesa y el hogar que había comenzado a negarme ante el horror y la aversión que le provocaban las blasfemias de mi error?

Ella se vio a sí misma sobre una viga de madera, mientras un joven resplandeciente, alegre y sonriente, venía hacia ella, que

---

<sup>10</sup> Aquí y en adelante los subrayados son nuestros.

se afligía, abatida por la tristeza. Al preguntarle este joven por los motivos de su tristeza y de sus lágrimas de cada día (...), y al responderle ella que lloraba mi perdición, le mandó que se tranquilizara y que observara con detenimiento que donde ella estaba ahora allí estaba yo también. Cuando ella fijó su vista en este punto, me vio a su lado de pie sobre la misma viga.

¿Qué explicación darle a este hecho, sino que tus oídos estaban muy cerca de su corazón, Dios todopoderoso y bueno, que te preocupas de cada uno de nosotros como si fuera el único objeto de tus cuidados, y cuidas de todos como si cada uno fuera un ser único?” (Libro III, cap. 11, n° 19).

“¿Cómo explicarme asimismo el hecho que sigue? Recuerdo que, al contarme mi madre esta visión, y al tratar yo, por mi parte, de convencerla de que no perdiera la esperanza de que un día, andando el tiempo, ella sería lo que yo era en la actualidad, al momento y sin dudar lo más mínimo me respondió: -No me dijo: ‘Donde está él, también estarás tú’, sino al revés: ‘Donde estás tú, allí estará también él’-.

Te confieso, Señor, este recuerdo, y, en la medida en que puedo evocarlo -y de ordinario no me lo he llamado- realmente me impresionó tu respuesta por conducto de mi avispada madre, que no se sintió alterada por esa falacia interpretativa tan sutil y por haber visto tan pronto lo que debía verse y que yo, por supuesto, no había advertido antes de que ella lo dijera. Me impresionó más tu respuesta que el sueño mismo con que anunciaste a esta piadosa mujer, con tanta antelación y para consolar sus inquietudes, lo que había de realizarse, pero mucho más adelante.

Transcurrieron casi nueve años. Seguí revolcándome en el profundo pantano y en las tinieblas de la falsedad, con ligeros intentos de levantarme. Pero la caída era cada vez más grave.

Ella seguía siendo la viuda casta, piadosa y sobria (cfr. Tit 2, 5), como tú la quieres. La esperanza la tenía más animada,

pero no por ello descuidaba sus lágrimas y lamentos ni cesaba de llorar ante ti por mí a todas las horas en sus rezos. Y sus plegarias entraban en tu presencia (cfr. Sal 87, 3), pero tú dejabas que yo siguiera envuelto y arrastrado por aquella oscuridad” (Libro III, cap. 11, n° 20).

### Otra respuesta de Dios a las lágrimas de la madre

“En este lapso, volviste a darle otra respuesta, que yo recuerde. (...) Esta vez por conducto de un sacerdote tuyo, obispo por más señas<sup>11</sup>, nutrido en tu Iglesia e instruido en tus Escrituras.

Al rogarle mi madre a este hombre que hablase conmigo, refutase mis errores, me desaconsejase mi mala vida y me adoctrinara en el bien -costumbre que ella practicaba cuando se encontraba con alguien dispuesto a escucharla- este hombre no consideró oportuno acceder a sus demandas, y creo que con buen criterio, por lo que pude observar más adelante.

Por toda respuesta, le dijo que yo era refractario a todo consejo, porque estaba infatuado ante el esnobismo de la herejía maniquea. Tenía además referencias de que yo había confundido y atosigado a muchos ignorantes, suscitando algunas polémicas de menor cuantía. Las referencias ella misma se las había dado.

-¡Déjalo como está!- dijo. -Limitate a pedir al Señor por él. Él mismo en sus lecturas irá viendo personalmente en qué errores y en qué clase de impiedad se encuentra metido-.

Al mismo tiempo, le contó su experiencia personal: cómo, siendo niño, su misma madre, engañada, le había puesto en manos de los maniqueos. Y él no se había limitado a leer casi la totalidad de sus libros, sino que incluso los había copiado. Y

---

<sup>11</sup> Este obispo no era San Ambrosio, porque Agustín todavía no había viajado a Roma y de allí a Milán.

el mismo, sin necesidad de argumentos ni convicciones ajenas, había visto bien clara la necesidad de apartarse definitivamente de aquella secta. Por eso la abandonó.

Pero, ya que mi madre, a pesar de las manifestaciones de este hombre, no se tranquilizaba, sino que seguía insistiendo y llorando a lágrima viva para que tuviera una entrevista conmigo, con miras a tratar este asunto, ya cansado de su machaconería, le dijo: -Anda, vete, y que vivas muchos años. ¡Es imposible que se pierda el hijo de esas lágrimas!-.

Esta respuesta sonó en sus oídos como un oráculo celestial, según me contaba muchas veces en sus charlas conmigo” (Libro III, cap. 12, nº 21).

### **Nueve años de extravíos**

“En este período de nueve años, que abarca desde los 19 hasta los 28, éramos seducidos y seducíamos, éramos engañados y engañábamos, como juguetes de varias ambiciones” (Libro IV, cap. 1, nº 1).

“(…) Por aquellos años enseñaba yo retórica. Víctima de la ambición, vendía una palabrería destinada a cosechar laureles. Sin embargo, tú sabes, Señor, que prefería contar con buenos discípulos, pero buenos de verdad. Y yo sin engaños les enseñaba el arte de engañar, no para que lo utilizaran contra los inocentes, sino para valerse de estas técnicas de modo eventual a favor de algún delincuente.

(…) En aquellos años tenía yo una mujer que convivía conmigo, no por lo que se denomina matrimonio legítimo, sino que yo la había cazado en mi afán aventurero, carente de juicio. Pero sólo tenía esta mujer y le guardaba fidelidad de marido. En esta unión tuve la experiencia personal de ver en mi propio caso la distancia que hay entre el amor conyugal, pactado con vistas a los hijos, y el pacto del amor lascivo, en el que los hijos nacen

contra el deseo de los padres, aunque una vez nacidos se sientan obligados a quererlos” (Libro IV, cap. 2, nº 2).

### **Obstinación en consultar a los astrólogos**

“Por otra parte, no dejé de consultar expresamente a aquellos embusteros llamados matemáticos, estimando que en sus horóscopos no se servían de sacrificios ni de conjuros a los espíritus. Pero eso es rechazado y condenado por parte de la auténtica piedad cristiana consecuente consigo misma.

(...) Estos astrólogos pretenden dar al traste con nuestra salvación mediante expresiones como éstas: «De los cielos te viene la necesidad ineludible de pecar»; y «Venus y Saturno hicieron esto, lo otro y lo demás». O sea, lo que con estas frases se pretende es poner de relieve la total exculpación del hombre, que es carne, sangre y corrupción presuntuosa, mientras que el Creador y armonizador del cielo y de los astros aparece como el verdadero culpable.

(...) Vivía por aquellas fechas un personaje inteligente, competentísimo en medicina y por eso muy famoso. (...) Fui familiarizándome poco a poco con él, prendado de su persona e interesado en sus conversaciones, no por su lenguaje culto, cosa que no tenía, sino por la viveza de sus expresiones. Pronto se dio cuenta, por el contexto de mis conversaciones, de que yo era adicto a la lectura de los libros de genetliacos o echadores de horóscopos. Me aconsejó benévola y paternalmente a que los dejara a un lado y no gastara inútilmente en aquellas necedades mi atención y mis esfuerzos, necesarios, por otra parte, para tareas más provechosas.

Luego añadió que también él se había dedicado al aprendizaje de la astrología hasta el punto de haber querido abrazar esta profesión en sus años mozos, como medio de ganarse la vida. Pensaba que, si había logrado entender a Hipócrates, también



podía entender este tipo de literatura. Pero después no por otro motivo dejó esos libros y se dedicó a la medicina, sino porque comprobó que eran falsísimos, y él, como hombre serio, no quería ganarse la vida engañando a la gente.

Y, dirigiéndose a mí, me dijo: -Pero tú tienes el sustento asegurado por tus clases de retórica, y sin embargo vas en pos de estas falacias no por imperativos económicos, sino por curiosidad espontánea. Razón de más para que me creas cuanto te digo sobre la astrología. Conste, además, que personalmente me esforcé en estudiarla a fondo e hice tantos progresos, que quise vivir exclusivamente de ella-

Le pregunté por qué muchos de los pronósticos de la astrología resultan ciertos. (...) Me respondió que esto era producto del poder del azar, extendido por todos los rincones de la naturaleza. (...) Pero entonces ni este anciano ni mi querido amigo Nebridio, un jovencito muy bueno y casto que se reía de todas estas técnicas adivinatorias, fueron capaces de persuadirme a que dejara de una vez todos esos disparates.

En aquellos momentos era para mí mucho más convincente la autoridad de los que habían tratado estos temas. Por otra parte, andaba buscando, y aún no lo había encontrado, un argumento apodíctico que me demostrara sin ambigüedades que la certeza de los horóscopos astrológicos se debía a la casualidad o al azar, y no a las técnicas de la observación de los astros” (Libro IV, cap. 3, nº 4-6).

### **Muerte de un queridísimo amigo**

“En aquellos años, apenas senté cátedra en mi ciudad natal, conquisté a un amigo que llegó a ser íntimo, porque compartía los mismos estudios, era de mi misma edad y ambos estábamos en la flor de la juventud. Juntos habíamos crecido desde niños, juntos habíamos ido a la escuela y juntos habíamos jugado. Pero

entonces no era tan amigo como lo fue más tarde. (...) Yo le había desviado de la verdadera fe que, al ser adolescente aún, no tenía en él carta de naturaleza ni arraigo. Había logrado arrastrarlo hacia las fábulas supersticiosas y nefastas que eran la causa de las lágrimas de mi madre. La mente de este joven erraba ya conmigo, y mi alma no podía vivir sin él.

Pero he aquí que tú, (...) que haces que volvamos a ti (cfr. Sal 50, 15) y te sirves de medios sorprendentes, pisando los talones a estos dos que huían de ti, te lo llevaste de esta vida cuando apenas hacía un año que yo disfrutaba de su amistad. Este amigo mío era para mí más dulce que todos los placeres de aquella época de mi vida. (...) Atacado de una elevada fiebre, privado de sentido y con un sudor mortal, se temió por la vida de mi amigo. Se le administró el bautismo en estado de inconsciencia, sin que yo le diera importancia, presumiendo yo que su alma retendría mayormente lo que había recibido de mí y no lo que se realizaba en su cuerpo en aquel estado de inconsciencia.

Pero sucedió algo muy diferente. En efecto, recuperó el conocimiento y se restableció, y tan pronto como pude hablar con él (pues pude hacerlo en seguida, apenas él pudo, porque no me apartaba de su lado y dependíamos demasiado uno del otro), en presencia suya y creyendo que iba a secundarme, traté de ridiculizar el bautismo que había recibido sin conocimiento y privado de los sentidos, de cuya administración le habían informado ya.

Pero él se horrorizó de mí como de un enemigo, y, con una admirable y repentina espontaneidad, me advirtió que si quería ser su amigo, dejara de decirle tales cosas. Yo, por mi parte, atónito y turbado, aplacé todas mis reacciones, a la espera de que primero se restableciera y, al recuperar las fuerzas de la salud, estuviera en condiciones de que yo pudiera hacer con él lo que yo quisiera. Pero él quedó rescatado de mi locura, para ser depositario de mi consuelo en tu presencia,

Señor. Pocos días después, en ausencia mía, le repitió la fiebre y murió.

¡Qué angustia ensombreció mi corazón! (...) Todo lo que con él había compartido se convirtió en un tormento insufrible. Mis ojos le buscaban con ansia por todas partes, pero estas ansias quedaban insatisfechas. Llegué a odiarlo todo, porque todo estaba vacío de él. (...) Sólo el llanto me resultaba dulce. Sólo él había tomado posesión del vacío que mi amigo había dejado en los goces de mi corazón. (...) Me limitaba simplemente a llorar. Me sentía miserable y había perdido mi alegría” (Libro IV, cap. 4-5, n° 7-10).

### **Tedio de vivir y miedo de morir**

“(...) Sí, yo era desdichado. Y desdichado es todo ser humano prisionero de su afición a las realidades percederas. Cuando las pierde, queda destrozado. Y entonces es cuando se da cuenta de su desdicha, de la miseria que le hacía miserable incluso antes de perderlas. Así estaba yo en aquel tiempo, y lloraba muy amargamente y descansaba en la tristeza.

(...) Pero había surgido en mí un sentimiento que no sé explicar (...): por un lado, el hastío de la vida se me convertía en una carga pesadísima. Por otro, le tenía miedo a la muerte. Creo que cuanto mayor era el amor que profesaba a mi amigo, tanto mayores eran mi odio y mi temor a la muerte. La odiaba y la temía como enemiga brutal que me lo había arrebatado. Llegaba incluso a pensar que, puesto que pudo acabar con él, era capaz de liquidar de golpe a la humanidad entera. Éste era mi estado de ánimo. Lo recuerdo muy bien. (...) Al haber muerto aquel a quien yo había amado como si nunca fuera a morir, me parecía raro que el resto de los mortales siguiera viviendo.

Y mi extrañeza era aún mayor ante el hecho de seguir viviendo yo mismo, que era como un doble de su persona. ¡Dijo muy bien

alguien de su amigo: que era «la mitad de su alma»<sup>12</sup>! Siempre tuve la impresión de que mi alma y la suya eran una sola alma en dos cuerpos<sup>13</sup>. Por eso la vida me resultaba terrible. Por un lado, no me sentía con ganas de vivir una vida a medias. Por otro, le tenía mucho miedo a la muerte, quizá para que no muriera en su totalidad aquel a quien yo había amado tanto” (Libro IV, cap. 6, n° 11).

### De Tagaste se muda a Cartago buscando consuelo

“¡Qué locura el no saber amar a los humanos humanamente!<sup>14</sup> ¡Qué necio el hombre que sufre excesivamente por asuntos humanos! Ése era yo entonces: me abrazaba, suspiraba, lloraba, me agitaba sin hallar descanso ni consejo. (...) No hallaba sosiego ni en los bosques amenos, ni en los juegos, ni en los cantares, ni en los jardines fragantes, ni en los banquetes espléndidos, ni en los placeres de la alcoba, ni siquiera en los libros ni en los versos. Todo me era repulsivo, hasta la luz misma. Todo lo que no era él me resultaba tedioso y abrumador.

(...) Mi alma era para mí un paraje miserable donde no resultaba posible estar, pero de donde tampoco podía evadirme. ¿Adónde iba a ir yo huyendo de mí? ¿Adónde iba a ir yo sin seguir mis propias huellas? Sin embargo, huí de mi ciudad natal esperando que mis ojos aminoraran el rastreo del amigo en sitios donde no tenía la costumbre de verle. Por eso partí de Tagaste con dirección a Cartago” (Libro IV, cap. 7, n° 12).

---

<sup>12</sup> Horacio (65-8 a. C.), *Odas* 1, 3-8.

<sup>13</sup> Cfr. Ovidio (43- hacia 17 a. C.), *Tristes* 4, 4-72.

<sup>14</sup> Más adelante (Libro IV, cap. 8, n° 13) dirá claramente lo que significa esto: significa amar a un mortal como si no fuera tal.

## Ventajas de la estadía en Cartago

“El tiempo no se toma vacaciones, ni los días pasan sobre nuestros sentidos sin hacer nada. Por el contrario, realizan en nuestro ánimo cosas maravillosas. Venían y pasaban días, y al venir y pasar iban imprimiendo en mí otras expectativas y otros recuerdos. Paulatinamente se iba colmando mi vacío con mis antiguos placeres. Mi dolor se iba replegando ante la vuelta de éstos.

(...) Porque, vamos a ver, ¿por qué razones aquel dolor había penetrado en lo más íntimo de mi persona sino por haber derramado mi alma en la arena, amando a un mortal como si no lo fuera? Pero, lo que más influía en mi convalecencia y rejuvenecimiento era el calmante de mis nuevos amigos” (Libro IV, cap. 8, nº 13).

### *Elogio de la amistad*

“Había todo un montón de detalles por parte de mis amigos que me hacía más cautivadora su compañía: charlar y reír juntos; prestarnos atenciones unos a otros; leer en común libros de estilo ameno; bromear unos con otros dentro de los márgenes de la estima y respeto mutuos; discutir a veces, pero sin acritud, como cuando uno discute consigo mismo, y con esa misma rarísima divergencia sazonar muchos acuerdos; instruirnos mutuamente en algún tema; sentir nostalgia de los ausentes y acogerlos con alegría a su vuelta. Estos gestos y otras actitudes por el estilo, que proceden del corazón de los que se aman y se ven correspondidos, y que hallan su expresión en la boca, lengua, ojos y otros mil ademanes de extrema simpatía, eran como estímulos que fundían las almas y de muchas hacían una sola” (Libro IV, cap. 8, nº 13).

## *Elogio de la amistad de Dios*

“Todo esto es lo que se ama en los amigos. Y se ama de tal modo, que la conciencia humana se considera culpable si no ama a quien la ama ni corresponde al amor con amor, sin pretender del ser amado otra cosa que las muestras de afecto. Así se explica el llanto que nos provoca la muerte de alguien (...). ¡Feliz el que te ama a ti, (mi Dios), al amigo en ti y al enemigo por ti! (cfr. Mt 5, 44. Lc 6, 27-30). No pierde a ningún ser querido aquel y sólo aquel para quien todos son seres queridos en Aquel que nunca se pierde.

¿Y quién es Éste, sino nuestro Dios, que hizo el cielo y la tierra (cfr. Gn 1, 1)? A ti nadie te pierde, sino el que te vuelve las espaldas. Y, al volverte las espaldas, ¿adónde va o adónde huye (cfr. Sal 138, 7-12), sino de ti apacible, a ti irritado? ¿Dónde no se topará con tu ley para castigo suyo? Porque tu ley es la verdad (cfr. Sal 118, 142), y la Verdad eres Tú (cfr. Jn 14, 6)” (Libro IV, cap. 9, nº 14).

## *Precariedad de las criaturas frente a Dios, el único inmutable*

“¡Que te alabe, Señor, mi alma por las criaturas, pero que no se pegue a ellas con la liga del amor a través de los sentidos del cuerpo, porque estas bellezas andan su camino que desemboca en el no ser (...)! En ellas no se encuentra apoyo para descansar, porque carecen de estabilidad, son fugitivas. (...) En tu Palabra, que es quien las crea, pueden oír el eco de esta orden: -¡Desde aquí... hasta aquí!-. (...) Mucho mejor que todas las cosas es el que las ha hecho, que es nuestro Dios, que no pasa nunca, (...) que goza siempre de estabilidad y permanencia.

Si te agradan los cuerpos, alaba a Dios por ellos. Haz que revierta tu amor sobre el Artífice que los plasmó, no sea que le desagrades precisamente en aquello que te agrada a ti. Si te agradan las almas, ámalas en Dios, porque, aunque de suyo son

mudables, cuando se anclan en Dios llegan a adquirir estabilidad. Si así no fuera, serían transitorias y perecerían. Ámalas, pues, en Él y arrastra hacia Dios a todas las almas que puedas y diles: -Amémosle a Él, porque Él ha hecho todas las cosas y no está lejos. Pues no las hizo y se marchó, sino que proceden de Él y están en Él-.

(...) Todo cuanto hace referencia a Él es bueno y suave. Pero todo cuanto procede de Él será amargo, y con toda justicia, si injustamente se convierte en objeto de amor, previo abandono de Dios. (...) El descanso no está donde lo buscáis. (...) Estáis buscando la vida feliz en la región de la muerte. No está allí. ¿Cómo va a haber allí vida feliz, si ni siquiera hay vida?” (Libro IV, cap. 10-12, nº 15-18).

### **Conversaciones con los amigos y breves escritos acerca de la belleza**

“Nada de esto sabía yo entonces. Amaba las hermosuras de rango inferior y me caminaba hacia el abismo. Les preguntaba a mis amigos: -¿Amamos algo que no sea bello? ¿Y qué es bello? ¿Qué es la belleza? ¿Qué es lo que nos atrae y aficiona en las cosas que amamos?-.

(...) Escribí unos libros que titulé “*Lo hermoso y lo apto*”, creo que dos o tres. Tú los sabes, Señor. Yo no lo recuerdo ya, y he perdido la pista de estos libros, que no sé dónde paran.

Pero, ¿qué motivos me indujeron, Señor y Dios mío, a dedicar aquellos libros a Hierio, retórico de la ciudad de Roma?

Yo no le conocía personalmente, pero sentía un gran aprecio por él, por la fama de su doctrina, fama bien merecida, por cierto, y por haber oído algo de sus expresiones que me impactaron mucho. Pero lo que más influyó en mi decisión fue el hecho de que este orador era del gusto de la masa popular, que le colmaba de elogios. La gente estaba realmente admirada de

que un sirio, originalmente educado en la elocuencia griega, se hubiera convertido en orador admirable en la latina, haciéndose un profundo conocedor de los temas relativos al estudio de la sabiduría. (...) Por eso se ama a la persona que es objeto de elogios, pero de elogios sinceros, no de elogios que proceden de corazones falsos. En una palabra, cuando se alaba con aprecio y amor.

El amor que profesaba a los hombres por aquel entonces era un amor basado en criterios y juicios humanos.

(...) Este orador del que hablo pertenecía a la categoría de los que yo amaba de tal manera que quería ser como él. Pero el orgullo me hacía andar a la deriva, juguete de toda clase de vientos. Por otra parte tú, (Dios mío), pilotabas mi nave con demasiado misterio. (...) Me hacía muchísima ilusión que aquel hombre tuviera conocimiento de mi estilo oratorio y de mis estudios, caso de que él los aprobara, mi entusiasmo sería aún mucho mayor. Y, si no los tuviera por buenos, me destrozaría el corazón, este corazón tan vacío y tan falto de solidez...” (Libro IV, Cap. 13-14, nº 20-23).

### **Buscando la clave para entender el misterio de la belleza**

“Yo no acababa de ver que la clave de un tema tan importante radicaba en tu arte, Dios todopoderoso, el único que hace maravillas. Mi espíritu iba recorriendo las formas corpóreas y definía lo *bello* como algo que está bien por sí mismo, y lo *apto* como lo que está bien porque se acomoda a algo. Ésta era la distinción que yo hacía y que corroboraba con ejemplos tomados del plano corpóreo. Pasé a continuación a estudiar la naturaleza del alma, pero el falso concepto que tenía de las realidades espirituales no me permitía ver la verdad. (...) Los errores y las opiniones falsas son contaminantes de la vida cuando el alma racional está viciada. Así estaba la mía. No sabía que debía ser iluminada por



otra luz para poder participar de la verdad (...) Tendría yo unos veintiséis o veintisiete años cuando redacté aquellos volúmenes. (...) Pero el alboroto de mi error me arrastraba hacia fuera y el peso de mi orgullo iba hundiéndome en el abismo.

¿Qué beneficios me reportaba, al filo de mis veinte años, haber leído y entendido sin ayuda de nadie una obra de Aristóteles titulada “Las diez categorías”, obra que por entonces había venido a mis manos? (...) ¿De qué me servía todo esto? Más que servirme, creo que lo que hacía era perjudicarme. (...) Sentía gran placer en su lectura, pero desconocía el origen de todo cuando de cierto había en ellos. Estaba de espaldas a la luz y de frente a los objetos iluminados. Por eso mi rostro veía las cosas iluminadas, pero él se quedaba sin iluminar.

Todo cuanto entendí sin grandes dificultades y sin explicaciones de nadie sobre elocuencia, retórica, dialéctica, geometría, música y aritmética, tú lo sabes, Señor Dios, porque tanto la rapidez de comprensión como la agudeza de observación son dones tuyos. Pero yo no te hacía oferta de ellos, y por eso no me reportaban utilidad alguna, sino perjuicio.

(...) ¿Y de qué me servía todo esto a mí, si seguí pensando que tú, Señor Dios Verdad, eras un cuerpo luminoso e inmenso, y que yo no era más que una partícula de ese cuerpo? ¡Qué perversión tan mayúscula! Pero así era yo.

(...) Por otra parte, ¿qué rémoras se interponían entre tus pequeñuelos y tú si, con un nivel intelectual mucho más bajo, no se alejaban de ti y, seguros en el nido de tu Iglesia, echaban plumas y vigorizaban sus alas con el reconstituyente de una fe sana?

Señor, Dios nuestro, esperamos a la sombra de tus alas. Cobíjanos y llévanos. Tú nos llevarás, tú serás el portador de los pequeñuelos (...) Cuando tú eres nuestra seguridad, entonces sí estamos seguros, mientras que, cuando sacamos a relucir nuestra solidez, lo que aparece es nuestra flaqueza.

En ti vive de continuo nuestro bien. (...) A tu lado vive nuestro bien indefectible que eres tú mismo. (...) Nuestra casa es tu eternidad” (Libro IV, Cap. 15-16, n° 24-31).

## Las redes y el hechizo del maniqueo Fausto

“Voy a declarar en presencia de Dios lo que me ocurrió a mis veintinueve años. Acababa de llegar de Cartago cierto obispo maniqueo, Fausto de nombre, gran lazo del diablo (cfr. 1Tim 3, 7; 6, 9; 2Tim 2, 26). Muchos caían en sus redes por el encanto de su pulida elocuencia. Yo también, aunque la alababa, la distinguía de la realidad de las cosas, que era lo que yo era ávido de discernir. No me llamaba la atención el valor artístico de la vajilla en que me servía la palabra. Lo que me importaba era el contenido que me ofrecía aquel famoso Fausto<sup>15</sup>.

(...) Yo, como había leído mucho sobre temas filosóficos y retenía en la memoria muchos de sus contenidos, hacía que me sirvieran parcialmente como punto de referencia frente a las farragosas invenciones de los maniqueos.

(...) Tú eres grande, Señor, (...); no te acercas sino a los contritos de corazón, ni te dejas hallar por los orgullosos, aunque su capacidad de observación los lleve a contar las estrellas del cielo y las arenas del mar y aunque midan los espacios siderales y rastreen las órbitas de las estrellas. (...) Con un orgullo irreverente se apartan de tu luz y se marchitan. Y, detectando con tanta antelación el eclipse del sol, que tendrá lugar en un día concreto, son incapaces de detectar su propio eclipse actual. Y esto se debe a que no buscan con los ojos de la fe el origen de la destreza con que investigan estos temas. (...) Y como tu sabiduría no es susceptible de cálculos numéricos, no

---

<sup>15</sup> Contra las enseñanzas de este autor, Agustín escribió más tarde la obra “*Réplica a Fausto*”.

conocieron el Camino, que es tu Palabra, mediante la cual lo hiciste todo (cfr. Jn 1, 3).

(...) Claro que éstos descubren muchas verdades en torno a la creación, pero no buscan religiosamente a su autor. Por eso no lo encuentran. Y, caso de encontrarlo, no le glorifican como Dios ni le dan gracias, sino que se entontecen en sus razonamientos y alardean de sabios (cfr. Rm 1, 21), usurpando lo que es tuyo.

(...) Sin embargo, yo retenía en mi memoria muchas verdades que ellos habían expresado en torno a las criaturas. (...) El caso es que por ninguna parte pude ver las razones de los solsticios, equinoccios, eclipses ni otros temas afines que yo había estudiado en los libros profanos. Se me ordenaba creer todo esto, pero no se me daba explicación satisfactoria alguna sobre aquellas materias que yo tenía bien averiguadas tanto en base a mis cálculos personales como por el testimonio de mis ojos. ¡La diferencia era inmensa!” (Libro V, cap. 3, nº 3-6).

## Ciencia y conocimiento de Dios

“Yo te pregunto, Señor, Dios de la verdad (cfr. Sal 30, 6): ¿basta el conocimiento de estas cosas para agradarte? ¡Infeliz aquel que conoce todas esas cosas, pero no te conoce a ti! ¡Bienaventurado, en cambio, aquel que te conoce a ti, aunque no conozca esas cosas! Por otra parte, aquel que te conoce a ti y conoce aquellas cosas, no es más feliz por éstas, sino por ti solo es feliz, si te conoce de manera que te glorifique y te dé gracias y no se extravíe en sus pensamientos.

Porque, así como quien posee un árbol y te da gracias por la utilidad que le reporta, aunque ignore cuántos codos tiene de altura y de perímetro, es mejor que aquel que contabiliza sus medidas exactas y conoce el número de sus ramas, pero no lo posee, ni conoce ni ama a su Creador, lo propio le ocurre al

hombre de fe. De él son todas las riquezas del mundo. Sin poseer nada, lo tiene todo (cfr. 2Cor 6, 10), porque está unido a ti, a quien sirven todas las cosas. Y esto ocurre así, aunque este hombre no tenga idea de las órbitas de la Osa Mayor” (Libro V, cap. 4, n° 7).

### **Arrogancia y pretensiones de Manés<sup>16</sup>, iniciador del maniqueísmo**

“(…) Como resulta que ese tal Manés no tenía conocimiento de esas cosas, aunque sí la desfachatez de enseñarlas, se sigue que tampoco tenía la más remota idea de la piedad. (...) Sus pretensiones de estima personal no eran pequeñas. Trató de persuadir a la gente de que poseía personalmente y con plena autoridad al Espíritu Santo (...). De manera que, cuando quedaron al desnudo sus errores sobre el cielo, las estrellas y los movimientos del sol y de la luna -aunque estos temas no sean de competencia de la esfera doctrinal y religiosa- quedaba al descubierto su osadía sacrílega, al formular con vanidad y orgullo rayano en locura no sólo cosas ignoradas, sino incluso falsedades, y al tratar de atribuírselas a sí mismo como si fuera una persona divina.

(…) Tratándose de aquel personaje que, con toda frescura, usurpó los títulos de maestro, autor, caudillo y soberano de sus secuaces, hasta el punto de estar éstos persuadidos de que seguirle a él no era seguir a un cualquiera, sino al mismo Espíritu Santo, a tu Espíritu Santo, ¿quién, viendo todo este cúmulo de falsedades, no iba a aborrecer ni rechazar una locura de tales proporciones?” (Libro V, cap. 5, n° 8-9).

---

<sup>16</sup> Manés o Mani (216-277).

## Agustín decepcionado de Fausto

“En estos nueve años aproximadamente en que, con talante de nómada, presté oídos a los maniqueos, estuve esperando con gran tensión y anhelo la llegada de aquel dichoso Fausto. El resto de los maniqueos con quienes casualmente topaba eran todo un chasco cuando trataban de replicar a las objeciones que yo les presentaba. Se limitaban a remitirme a él. Me decían que, nada más llegar él, con una simple entrevista, quedarían explicadas facilísimamente y con la mayor claridad estas dificultades y eventualmente otras de mayor entidad que yo le planteara.

Tan pronto como llegó, vi que era un hombre lleno de simpatía, de fácil conversación, que decía lo mismo que los otros, pero con más dulzura y desenfado. Pero, ¿qué respuesta daba a mi sed aquel correctísimo escanciador de copas preciosas? Mis oídos estaban ya saturados de este tipo de palabras. Ya no me parecían mejores por estar mejor dichas, ni más verdaderas por estar mejor presentadas. Aplicando este criterio, tampoco su alma era más sabia por ser más agradable su semblante y más pulido su lenguaje.

Por lo que respecta a aquellos que tanto me lo habían encarecido, creo que no eran buenos evaluadores. Se imaginaban que era prudente y sabio porque les daba gusto oírle hablar. (...) Pero mi Dios me tenía ya aleccionado con procedimientos admirables y misteriosos. (...) Ya había aprendido de ti, repito, que una cosa no tiene por qué ser cierta por el hecho de estar bien dicha, ni tiene por qué ser falsa por el hecho de una inadecuada articulación de las palabras.

(...) Por otro lado, me sentía incómodo en las asambleas de los oyentes, porque no me permitían intervenir en sus exposiciones y compartir con él los problemas que me acuciaban, en diálogo fraterno y familiar, alternando preguntas y respuestas. Cuando, por fin, se me ofreció una oportunidad en compañía de unos

amigos, comencé a hablarle, aprovechando una coyuntura propicia de tiempo y lugar para poder charlar. Le presenté algunas objeciones que me tenían preocupado. Y entonces fue cuando me di cuenta por primera vez de que era un sujeto carente de la cultura que dan las artes liberales.

(...) Una vez que pude comprobar satisfactoriamente que aquél era un profano en aquellas artes en que yo lo creía una eminencia, comencé a perder las esperanzas de que él en persona fuera capaz de despejar y resolver las incógnitas que me tenían angustiados.

(...) Los libros de esta secta están atestados de fábulas interminables sobre el cielo, los astros, el sol y la luna. (...) Pero... Fausto no era tan inexperto como para ignorar su propia inexperiencia. Por eso no quiso exponerse de un modo irreflexivo a meterse en un callejón sin salida ni en situaciones de resultados inciertos. Este rasgo de su personalidad hizo que su figura me resultara más atractiva. Porque el talante modesto de quien reconoce sus propias limitaciones me resultaba mucho más incitante que todo cuanto yo quería saber. Según pude observar, su actitud en todos los problemas que revestían mayor complejidad era siempre inalterable.

Rotas, pues, las ilusiones que tenía depositadas en los libros de Manés y cundiendo progresivamente mi desconfianza en los demás doctores maniqueos, visto que el más famoso de todos había patentizado su mal papel en muchos de los problemas que me embargaban, continué frecuentando su trato, dado el interés que él había mostrado por mis enseñanzas literarias, que por aquel entonces yo impartía a mis jóvenes alumnos de Cartago en calidad de profesor de retórica.

(...) Por lo demás, todos los proyectos que me había forjado acerca de mi promoción personal en la secta se vinieron totalmente abajo.

Sin embargo, no hubo una ruptura total. Al no encontrar otra cosa mejor que aquellas doctrinas en que me había precipitado un tanto locamente, tomé la resolución de quedarme de momento en la secta hasta que eventualmente apareciera otra opción mejor. (...) Y mi madre, Dios mío, te ofrecía por mí, llorando día y noche, el sacrificio de su corazón sangrante” (Libro V, cap. 6-7, n° 10-13).

### **Agustín traslada su cátedra de Cartago a Roma**

“También fue obra tuya en favor mío la sugerencia que me hicieron de ir a Roma y enseñar allí lo que enseñaba en Cartago.

No voy a omitir la confesión de los motivos que me indujeron a tomar esta resolución. Precisamente en estos detalles es donde hay que hacer hincapié para celebrar tus elevadísimos planes y tu misericordia siempre a punto con nosotros.

Mi pretensión de ir a Roma por indicación de mis amigos no se basaba en una oferta de mayores ingresos pecuniarios o de mayor reputación -aunque también estos objetivos figuraban en mi espíritu-, sino que la razón principal y casi única era la referencia que me habían dado de que los estudiantes de allí eran más pacíficos en clase, merced a la rigurosa disciplina de sus estatutos. De acuerdo con éstos, no les estaba permitido entrar en las aulas de quien no era su maestro cuando les diera la gana ni en tropel. Asimismo, bajo ningún pretexto eran admitidos a ella sin el competente permiso del maestro.

El caso de Cartago era justamente lo contrario (...) Por eso me halagaba la idea de trasladarme a un sitio donde los que estaban al tanto me indicaban que no ocurriría nada por el estilo. Tú, Señor, (...) para que yo cambiara de emplazamiento geográfico en bien de mi alma, ponías espinas en Cartago, para desarraigarme de allí, y reclamos en Roma que me sirvieran de enganche.

(...) Los que me invitaban a emprender otro camino sólo paladeaban las realidades de la tierra (cfr. Flp 3, 19c). (...) Pero las verdaderas razones de mi marcha de Cartago y de mi viaje a Roma las sabías tú, Dios mío. No nos las dejabas traslucir ni a mí ni a mi madre, que lloró atrozmente mi partida y que me fue siguiendo hasta el mar.

Yo la engañé cuando estaba fuertemente asida a mí, tratando de convencerme de que desistiera de mi propósito o le permitiera ir en mi compañía. Me inventé el pretexto de que no quería dejar solo a un amigo que esperaba vientos favorables para zarpar. Y le mentí a mi madre, ¡a aquella madre!, y me escabullí.

(...) Ella regaba día tras día con las lágrimas de sus ojos la tierra donde reclinaba su frente.

Como, a pesar de todo, mi madre se negaba a volver sin mí, apenas sí logré convencerla de que aquella noche se quedara en un paraje cercano a nuestra nave, que era una capilla dedicada a la memoria de San Cipriano. Y aquella misma noche me escapé a hurtadillas, y ella se quedó en tierra rezando y llorando.

¿Y qué era lo que te pedía, Dios mío, con tanta profusión de lágrimas, sino que me impidieras zarpar? Pero tú, en tus elevados designios y aplicando tu oído al núcleo de sus anhelos, desestimaste su demanda de momento, para hacer de mí aquello que constituía el objeto continuo de sus plegarias.

Sopló el viento, hinchó nuestras velas y fueron desapareciendo de nuestra vista aquellas playas donde mi madre, al amanecer, enloquecía de dolor y con sus quejas y gemidos atronaba tus oídos que no tomaban en consideración tales extremos. Tú, mientras tanto, me llevabas a remolque de mis pasiones para darles el carpetazo definitivo y fustigabas en ella el apego carnal con el justo látigo de los sufrimientos.

Como todas las madres, y aun más que la mayoría de ellas, deseaba tenerme a su lado, sin sospechar las grandes satisfacciones que tú proyectabas para con ella en mi ausencia. Nada de esto



sospechaba: por eso son perfectamente explicables sus lágrimas y lamentos. (...) Pero, después de acusarme de mentiroso y cruel y de volver a suplicarte por mí, se fue a sus quehaceres acostumbrados, y yo a Roma” (Libro V, cap. 8, n° 14-15).

### **Agustín, apenas llega a Roma, se enferma gravemente**

“Llegado a esta ciudad, me alcanzó el azote de una enfermedad corporal. Ya me veía camino del sepulcro, con la carga de todas las maldades que había cometido no sólo contra ti, (Dios mío), sino también contra mí y contra el prójimo. (...) Ninguna de ellas me habías condonado en Cristo todavía, ni éste había dado muerte en su cruz a las enemistades (cfr. Ef 2, 16) que yo contigo había contraído con mis pecados. ¿Cómo iba a darles muerte aquel fantasma que colgaba de la cruz, tal como concebía yo a Cristo por aquellas fechas? Cuanto más falsa me parecía la muerte de su carne, más verdadera era la muerte de mi alma. Y cuanto más verdadera era la muerte de su carne, más falsa era la vida de mi alma, que no creía en nada de esto.

Al agravarse la fiebre, ya me sentía a punto de irme y de expirar. (...) Mi madre no estaba enterada de mi postración, pero oraba en mi ausencia por mí. Y tú, que estabas continuamente presente donde ella oraba, la oías a ella. (...) El caso es que ni siquiera entonces, en aquel trance tan peligroso, deseaba tu bautismo. (...) Pero tú no consentiste que yo muriera en tal estado, puesto que esto sería como morir dos veces. Y si el corazón de mi madre sufría un desgarrón de este tipo, ya no tendría recuperación posible. No tengo palabras para describir el amor que me tenía y con cuánto mayor empeño procuraba darme a luz en el espíritu, muy por encima del empeño con que me había dado a luz según la carne (cfr. Gal 4, 19).

Así que no acabo de ver cómo hubiese podido convalecer ante el golpe de mi muerte en tal estado. Habría sido una auténtica

puñalada en sus entrañas amorosas. ¿Y dónde estarían ahora tantas y tantas oraciones como sin cesar te dirigía (cfr. 1Tes 5, 17)? Por supuesto que muy cerca de ti y en ninguna otra parte.

¿Y tú, Dios de las misericordias, ibas a desairar el corazón contrito y humillado (Cfr. Sal 50, 19) de una viuda casta y sobria, que hacía tantas limosnas, que era obsequiosa servidora de tus santos, que ni un solo día se olvidaba de presentar su ofrenda ante tu altar, que iba dos veces al día -mañana y tarde- a tu iglesia, sin fallar nunca, y no para dedicarse a conversaciones tontas ni a cotilleos de viejas, sino para oír tu palabra en los sermones y para que tú escucharas sus oraciones (cfr. 1Tim 5, 10; 4, 7)?

¿Ibas a despreciar tú las lágrimas con que ella te pedía no oro ni plata, ni bienes mudables o volubles, sino la salvación del alma de su hijo? ¿Ibas a desairar y a negar tu ayuda a aquella mujer que, por don tuyo, era lo que era? De ninguna manera, Señor, sino todo lo contrario. Tú la apoyabas y la escuchabas, secundando sus peticiones según el orden que tenías predestinado para tu actuación.

Estoy muy lejos de pensar que tú la engañaras en sus visiones y en tus respuestas, a las que he aludido y a las que he pasado por alto<sup>17</sup>. Estas visiones y respuestas tuyas las guardaba fielmente en su pecho, y en sus oraciones te las presentaba como documentos firmados por tu puño y letra (cfr. Col 2, 14). Como tu misericordia es infinita, accedes a endeudarte haciendo promesas a aquellos mismos a quienes perdonas toda la deuda” (Libro V, cap. 9, n° 16-17).

## Nuevamente con los maniqueos

“Hiciste, pues, que convaleciera de aquella enfermedad y salvaste al hijo de tu sierva. Por entonces te limitaste a

---

<sup>17</sup> Cfr. Libro III, Cap. 11, n° 19.

restablecerme corporalmente, esperando la oportunidad de regalarme una salud mejor y más segura.

En Roma frecuentaba también, por aquellos días, los círculos de los maniqueos, que se decían «santos», y que eran a la vez engañados y engañadores. Ya no me limitaba a tratar con los «oyentes», de los que era miembro numerario aquel en cuya casa yo había enfermado y convalecido; frecuentaba los círculos de los que se llaman «electos».

Aún seguía pensando que no somos nosotros los que pecamos, sino que la que peca en nosotros es una naturaleza extraña que no sé definir. Así mi orgullo se sentía a sus anchas por verse libre de culpa. Lógicamente, tampoco tenía que confesar mis pecados, cuando obraba mal, para que tú sanases mi culpa porque pecaba contra ti (cfr. Sal 40, 5). Me gustaba excusarme y prefería acusar a no sé qué otro elemento extraño que estaba en mí y que no era yo. Pero, a decir verdad, yo era todo aquello.

Mi incredulidad me había fragmentado, me había hecho malquistarme conmigo mismo. Mi pecado más incurable era el no considerarme pecador.

(...) Ésta era la razón de que aún siguiera frecuentando los círculos de los «electos» maniqueos. Pero en el fondo ya había perdido la esperanza de toda posibilidad de progreso en aquella falsa doctrina. Es más, ya no era tan intransigente en defender aquellos puntos o proposiciones que había decidido mantener, caso de no hallar otra cosa mejor” (Libro V, cap. 10, nº 18).

### **Acercamiento a los filósofos “académicos”**

“Además, comenzó a obsesionarme la idea de que aquellos filósofos que llaman «académicos» habían sido más sesudos y ponderados al adoptar como principio la duda de todo y de todos y la imposibilidad de que el hombre pueda comprender nada.

Aunque yo no había profundizado aún en su pensamiento, creía que esto era con toda sinceridad lo que ellos pensaban, como se les atribuía comúnmente.

Con mi anfitrión no pude andar ya con más disimulos. (...) Por otra parte, (...) cuando mi espíritu ensayaba el recurso a la fe católica, al momento sentía un rechazo, porque lo que yo pensaba (de ella) no era la fe católica” (Libro V, cap. 10, nº 19-20).

### **Decepcionante mundo estudiantil romano**

“Con toda presteza había comenzado a poner en práctica los objetivos de mi viaje a Roma: la docencia de la retórica.

Comencé, pues, a reunir en mi casa a un pequeño grupo de estudiantes para introducirme a ellos y, por conducto suyo, darme a conocer a los demás. Y he aquí que me entero de que en Roma los estudiantes hacen unas malas jugadas que yo no sufría en África. En realidad, se me ha dicho que aquí no hay esas perradas de jóvenes calaveras, pero que de repente, para no pagar lo que le deben al maestro, muchos jóvenes se ponen de acuerdo para pasarse a otro, desertando del trato hecho, (demostrando), por amor del dinero, que para ellos la justicia no vale nada.

(...) Incluso en estos momentos siento aversión a estos individuos tan malos y retorcidos, aunque los amo, para que rectifiquen su proceder y estimen más las enseñanzas que reciben que el dinero que pagan. Y sobre todo que te amen a ti, Dios mío (...). Pero entonces trataba de evitar sus trapacerías por amor propio y no trataba de que se hiciesen mejores por amor tuyo” (Libro V, cap. 12, nº 22).

### **Agustín llega a Milán y es acogido por el obispo Ambrosio**

“Con motivo de haber cursado la ciudad de Milán una solicitud al Prefecto de Roma para que se proveyera a aquella

ciudad de un profesor de retórica, con derecho a disfrutar de los transportes públicos, presenté personalmente mi solicitud por conducto de aquellos amigos míos, embriagados de las fantasías maniqueas. De estos errores iba a liberarme yo, pero ni ellos ni yo nos lo figurábamos. Asimismo solicité del entonces Prefecto Símaco<sup>18</sup> que, después de realizar unas pruebas de oratoria sobre un tema propuesto, me enviase a Milán.

(...) Allí me encontré con Ambrosio, su obispo, célebre y popular en todas partes entre los mejores, siervo tuyo piadoso. Sus elocuentes sermones proporcionaban generosamente a tu pueblo la flor de tu harina (cfr. Sal 80, 17; 147, 14), la alegría de tu aceite (cfr. Sal 44, 8) y la sobria embriaguez de tu vino<sup>19</sup>.

Inconscientemente me veía encarrilado a él por tu mano, para que, siendo yo consciente, él me encarrilara hacia ti. Aquel hombre de Dios (cfr. 2Re 1, 9-13; 1Tim 6, 11) me acogió paternalmente y con afabilidad propia de un obispo se interesó por los pormenores de mi viaje.

Por mi parte, comencé a estimarle, pero inicialmente no lo hice como a maestro de la verdad, pues no tenía la más mínima esperanza de hallarla en tu Iglesia. Le estimaba principalmente por su benevolencia para conmigo.

---

<sup>18</sup> Quinto Aurelio Símaco (345-405), estadista y orador romano, natural de Bordeaux (Galía, actual Francia), antes de asumir el cargo de Prefecto de Roma fue Procónsul en África. Notables son sus “*Orationes*” (Discursos) y sus “*Epistolae familiares*” (Cartas familiares). No debe confundirse con Quinto Aurelio Símaco Memnio († 526), patricio romano, suegro del gran filósofo latino Boecio (470-525).

<sup>19</sup> Cfr. San Ambrosio. *Himnos* 4, 21-24: “Nuestro alimento sea Cristo, / sea la fe nuestra bebida, / alegres bebamos la sobria / embriaguez del Espíritu” (Traducción, presentación y anotación de de Julio Picasso Muñoz. Lima, UCSS, 2009, p. 289).

Yo ponía todo mi interés en escucharle cuando hablaba al pueblo, pero mis móviles no eran bien intencionados. Lo que intentaba era hacer un análisis minucioso y detallado de su elocuencia, por ver si estaba a la altura de su fama o por debajo de lo que sobre él se rumoreaba. Estaba pendiente y suspenso de sus palabras, pero no sentía curiosidad alguna por los temas que tocaba. Sencillamente, los desdeñaba.

Disfrutaba asimismo de la suavidad de su discurso que, aunque más erudito que el de Fausto, era menos vibrante y halagador en cuanto al modo de decir. Por lo demás, en cuanto al fondo de las materias, no había ni punto de comparación. En efecto, Fausto se extraviaba entre las falacias maniqueas, mientras que Ambrosio muy provechosamente enseñaba la salvación. Pero la salvación está lejos de los pecadores (cfr. Sal 118, 155) como era yo entonces. Y sin embargo me acercaba a ella gradualmente y sin saberlo” (Libro V, cap. 13, nº 23).

### **Gracias a Ambrosio, Agustín se aleja de los maniqueos**

“No tenía, pues, interés en asimilar lo que Ambrosio decía, sino en prestar oído a cómo lo decía.

Desilusionado y escéptico de que el hombre hallara un camino que le llevara hasta ti, ya sólo contaba con esta inútil preocupación. Pero, perfectamente sincronizados con las palabras objeto de mi interés, iban surgiendo los contenidos objeto de mi desdén. No podía disociar lo uno de lo otro. Y, mientras abría el corazón para dar acogida a su elocuente arte oratoria, de paso se intrometía la verdad de lo que decía, pero gradualmente.

Inicialmente pude apreciar la posibilidad de defensa que tenían las tesis que él exponía. Luego me fui convenciendo de que no era aventurado sostener la fe católica, aunque hasta la fecha hubiera estado convencido de la imposibilidad de

responder a las impugnaciones maniqueas. Máxime después de oír resolver repetidas veces algunos pasajes del Antiguo Testamento, que, interpretados literalmente por mí, me estaban causando la muerte. Pero al recurrir a la interpretación espiritual de muchos pasajes de aquellos libros, comencé a censurar aquella desconfianza personal mía que me llevaba a creer de todo punto imposible hacer frente a quienes se mofaban y ridiculizaban la Ley y los Profetas.

Pero no por eso me sentí obligado a abrazar el camino católico. (...) La fe católica no se me antojaba derrotada, pero tampoco me parecía vencedora aún” (Libro V, cap. 14, n° 24).

### **Agustín abandona la secta maniquea y decide hacerse catecúmeno**

“Y entonces concebí el firme propósito de ver el modo de convencer de falsedad a los maniqueos mediante argumentos definitivos.

Si hubiera sido capaz de concebir una sustancia espiritual, al punto quedaría destruida toda aquella tramoya, desapareciendo definitivamente de mi imaginación. Pero no era capaz de hacerlo.

No obstante, profundizando más y más en la reflexión y comparación de las opiniones de los filósofos en torno al ser físico de este mundo y de toda la naturaleza que abarcan los sentidos de la carne, juzgaba que muchas de sus opiniones gozaban de mayor probabilidad que las de los maniqueos.

Así que, dudando de todo al estilo de los (filósofos) académicos, según el concepto en que comúnmente se los tiene, y dando bandazos entre todo tipo de opiniones, tomé la resolución de abandonar a los maniqueos. Pensaba que, mientras siguiera el proceso de mi duda, no debía permanecer

en aquella secta, pues ya en mi estima personal anteponía a ella el sentir de algunos filósofos. Sin embargo, tampoco a éstos, desconocedores del nombre saludable de Cristo, quería confiar en términos absolutos la curación de la enfermedad de mi alma (cfr. Mt 9, 35; Lc 9, 1).

En consecuencia, a la espera de que surgiese algo seguro adonde encaminar mis pasos, tomé la resolución de ser catecúmeno en la Iglesia católica, que me había sido recomendada por mis padres” (Libro V, cap. 14, n° 25).

## Lento acercamiento a la fe católica

### *Mónica, la madre de Agustín, se reúne con él en Milán*

“... Caminaba por un lóbrego resbaladero, te buscaba fuera de mí y no hallaba al Dios de mi corazón (cfr. Sal 72, 26). (...) Había perdido las esperanzas de encontrar la verdad.

Ya había llegado y se hallaba conmigo mi madre, siguiéndome por tierra y por mar, con su piedad llena de bríos, segura de ti, (Dios mío), en todos los peligros. Y esto hasta tal punto que en las borrascas del mar había infundido ánimo a la tripulación, cuando lo corriente es que sea ésta la que anime a los navegantes poco experimentados en medio del nerviosismo y el desconcierto. Les aseguró que llegarían sanos y salvos, porque tú se lo habías prometido en una visión (cfr. Hch 27, 20-26).

A mí me encontró en una situación verdaderamente crítica, cuando ya desesperaba de dar con la verdad. Sin embargo, cuando le comuniqué que ya no era maniqueo, aunque tampoco católico cristiano, no exteriorizó alegría, como si la noticia no constituyera novedad alguna. Como si ya estuviera segura de que iba a ocurrir así. (...) Por eso su corazón no se estremeció de alegría incontrolada al enterarse de la realización parcial, pero importante, de lo que diariamente te pedía con lágrimas que



sucediera: yo no había conquistado aún la verdad, pero ya me había liberado de la falsedad. Más aún, como estaba segura de que también le ibas a conceder todo lo demás, puesto que lo habías prometido todo, me respondió con toda la tranquilidad del mundo y con el pecho inundado de confianza, que estaba segura en Cristo de que antes de salir de esta vida iba a verme católico bautizado.

Ésa fue la respuesta que me dio a mí. Pero, por otro lado, frente a ti, fuente de misericordia, intensificó sus oraciones y sus lágrimas, para que aceleraras tu ayuda (cfr. Sal 37, 23; 69, 2) y alumbraras mis tinieblas (cfr. Sal 17, 29). Asimismo, acudía con mayor entusiasmo a la iglesia, quedando extasiada ante los labios de Ambrosio, como ante un surtidor de agua viva que brota hasta la vida eterna (cfr. Jn 4, 14). Amaba a aquel hombre como a un ángel de Dios (cfr. Gal 4, 14) desde el momento en que supo que por conducto de él yo había llegado a aquella situación interina de perpleja ambigüedad, que iba a ser como un estadio transitorio entre la enfermedad y la salud...” (Libro VI, cap. 1, n° 1).

### ***Mónica acata religiosamente las disposiciones de Ambrosio***

“Aconteció que mi madre, siguiendo la costumbre de África, fue a llevar a las tumbas de los mártires una ofrenda de *acemitas*, pan y vino. El portero le salió al paso y se lo impidió. Y cuando ella se enteró de que el obispo había prohibido este tipo de ofrendas, acató esta decisión con espíritu de fe y obediencia. Yo mismo quedé admirado de la facilidad con que mi madre se convirtió más en fustigadora de aquella costumbre que ella tenía, que en censuradora de semejante prohibición.

(...) Pronto averiguó que este popular predicador y maestro de piedad había determinado que la práctica no siguiera adelante, ni siquiera por parte de aquellos que la realizaban dentro del

marco de la sobriedad. Él había tomado esta resolución, para no dar pie a los excesos de la posible embriaguez de algunos, y también por el hecho de que estas prácticas, a estilo de las «*parentalia*»<sup>20</sup>, se parecían muchísimo a la superstición de los paganos. Al conocerlo, ella se abstuvo de buen grado.

En vez del canastillo lleno de frutos de la tierra, aprendió a llevar a los sepulcros de los mártires su pecho lleno de ofrendas más puras. Aprendió, asimismo, a dar lo que podía a los pobres. De este modo celebraba allí la comunión del cuerpo del Señor, a ejemplo de cuya pasión fueron inmolados y coronados los mártires.

Tengo, no obstante, la impresión, Señor y Dios mío -y éstos son los sentimientos de mi corazón en tu presencia- de que mi madre no habría renunciado con tanta facilidad a estas prácticas -que, por lo demás, había que cortar por lo sano- si esta prohibición hubiera salido de otra persona que ella no amaba tanto como a Ambrosio.

Mi madre lo amaba cordialmente por su influencia en mi salvación, y él la apreciaba a ella por su buen talante, por la vida piadosísima con que asistía asiduamente a la iglesia y por el gran fervor espiritual (cfr. Hch 18, 25) de las buenas obras (cfr. Rm 12, 11). Siempre que Ambrosio me veía, prorrumplía en alabanzas tuyas, felicitándome por tener una madre como ella” (Libro VI, cap. 2, n° 2).

### ***Perfil de Ambrosio***

“Por lo que a mí respecta, ya ni siquiera recurría a la oración para desahogarme en ella y suplicar tu ayuda. Mi espíritu se hallaba engolfado en las tareas de la búsqueda y acalorado por las polémicas.

---

<sup>20</sup> Cfr. Cicerón (106-43 a. C.), *La naturaleza de los dioses*, 1.1.2.

A Ambrosio le conceptuaba como a un hombre feliz según los cánones mundanos, pues era objeto de honores por parte de las altas instancias sociales.

Sólo su celibato me parecía algo difícil de llevar. Pero yo no tenía la más ligera idea ni la más remota experiencia personal de la gran reserva de esperanza que su persona acumulaba. Tampoco me figuraba la clase de luchas que tenía que mantener contra las tentaciones de su propio rango y de su valía personal.

Asimismo, tampoco tenía idea del consuelo que le deparaban las contrariedades ni de los exquisitos goces que experimentaba su paladar secreto, el paladar de su corazón, cuando saboreaba tu Pan.

Claro que tampoco él conocía mis zozobras, ni el peligroso hoyo en que me hallaba. Me era prácticamente imposible abordarle en plan de consulta sobre los puntos cuya prioridad había yo establecido. Tampoco podía hacerlo como era mi intención. De su audiencia y de sus palabras me tenía marginado todo un montón de negocios humanos a cuya urgencia y atenciones prestaba sus servicios.

Cuando quedaba libre de ellos, a intervalos muy breves sin duda, reponía fuerzas con el alimento imprescindible o nutría su espíritu con la lectura. Al leer, pasaba su vista por las páginas, mientras su mente penetraba en el sentido de las palabras, sin pronunciarlas ni mover la lengua. De este hecho soy testigo presencial, pues a nadie le estaba prohibida la entrada, ni tenía la costumbre de que le anunciaran las visitas. Muchas veces le vi leer en silencio. Nunca le vi hacerlo de otro modo. Yo me quedaba largo rato sentado en un silencio interminable -¿quién iba a atreverse a interrumpir tanta concentración?-. Al fin, optaba por marcharme, con la fundada sospecha de que esos ratitos que se iba agenciando para el cultivo de su espíritu, libre de la barahúnda de los negocios ajenos, no quería ocuparla con otros temas.

(...) Lo cierto es que a mí no se me concedía un resquicio ni la oportunidad de consultar a aquel santo oráculo tuyo (...) los asuntos que yo quería, a no ser que me contentara con una respuesta concisa. El caso es que mis inquietudes reclamaban una persona muy desocupada a quien dirigir mis consultas, pero esta persona no era precisamente él. Pero yo le oía todos los domingos predicar al pueblo rectamente la palabra de la verdad (cfr. 2Tim 2, 15), y al mismo tiempo iba aumentando mi convicción personal de que tenían posibilidad de solución todas las dificultades que las maliciosas imputaciones de aquellos embaucadores míos achacaban a los libros divinos. (...) Pero me alegré de ruborizarme por no haber ladrado tantos años contra la fe católica, sino contra las ficciones de mis pensamientos carnales. Mi actitud había sido temeraria e impía, porque lo que debía aprender preguntando lo había formulado acusando” (Libro VI, cap. 3, n° 3-4).

### ***Ambrosio enseña a Agustín la interpretación espiritual de las Escrituras***

“Me alegraba escuchar a Ambrosio que a menudo en sus sermones al pueblo recomendaba muy enfáticamente como regla: *«La letra mata, mas el espíritu da vida»* (2Cor 3, 6), aplicable a aquellos textos que, tomados a la letra, parecían enseñar la perversidad, pero que, interpretados en sentido espiritual, una vez liberados del embalaje místico que los ocultaba, no tenían contenidos repugnantes a mi pensamiento, aunque yo siguiera desconociendo si lo que expresaban estos pasajes era o no era la verdad.

(...) El problema consistía en mi pretensión de querer entender, como comprendía esta proposición matemática, también el resto de las cosas, tanto corporales no presentes a mis sentidos como espirituales, que yo no sabía representarme sin cuerpo.

(...) Desde estas fechas comencé a dar preferencia a la doctrina católica. Pude comprobar que en ella se practicaba mayor tolerancia, equilibrio y sinceridad en la aplicación del mandato de creer en lo que no se ha demostrado, sea porque a veces no hay pruebas o bien porque sí que hay pruebas, pero no son accesibles a todos. Esta actitud no existía entre los maniqueos.

(...) Tiempo después, Señor, al ponerme a reflexionar sobre la cantidad de cosas que creía, que no había visto jamás y que ni siquiera vivía cuando ocurrieron, con tu mano llena de suavidad y de ternura ibas plasmando y moldeando mi corazón. Tú me hiciste considerar el número incalculable de sucesos históricos que se narran en las historias de las naciones, de tantas y tantas cosas referentes a lugares y ciudades que nunca visité, de tantas cosas oídas a los amigos, a los médicos y a todo tipo de gente. De no dar crédito a estas personas, la vida sería algo imposible y no haríamos en ella absolutamente nada.

(...) No había fuerza combativa en ningún tipo de planteamientos calumniosos, ni en ninguno de lecturas filosóficas antagónicas que pudiera forzarme jamás a dejar de creer en tu existencia, aunque yo desconociera cuál era tu naturaleza. Tampoco consiguieron que yo dejara de creer que la gestión y el gobierno de los asuntos humanos es competencia tuya. Mi fe relativa a estos puntos era unas veces más vigorosa y otras pecaba de más débil. Pero siempre creí en tu existencia y en tu solicitud sobre nosotros, aunque de hecho ignorara cómo concebir tu esencia o qué caminos llevaban o reconducían hasta ti.

Por eso, al verme enfermo y débil para encontrar la verdad basado en la pura razón, y al tener necesidad, por lo dicho, de la autoridad de las Sagradas Letras, comenzaba a irrumpir en mí la convicción de que tú no le habrías conferido a aquellas Escrituras, a lo largo y a lo ancho del mundo, tal prestigio y

competencia si no hubieras querido que te creyéramos y te buscáramos por conducto de ellas.

(...) Pensaba yo en estas cosas, y tú estabas a mi lado; suspiraba, y tú me oías; zozobraba, y tú era mi piloto; iba por el camino ancho del mundo (cfr. Mt 7, 13), y tú no me dejabas solo” (Libro VI, cap. 4, nº 6; Cap. 5, nº 7-8).

### ***La firme alegría de un mendigo comparada con la infelicidad de Agustín***

“Mi sueño dorado eran los honores, las riquezas y el matrimonio. Y tú te reías de mí (cfr. Sal 2, 4; 36, 13; Sb 4, 18). En estas pretensiones me salían al encuentro grandes inconvenientes. Tú te mostrabas tanto más favorable conmigo cuanto menos me facultabas para gozar de las dulzuras que no eran tú mismo. (...) ¡Qué miserable era mi alma! ¡Y qué procedimiento empleaste conmigo para que me percatara de mi propia miseria! Un día me preparaba para pronunciar un panegírico del emperador. En este panegírico me disponía a urdir un montón de mentiras que iban a granjearme los favores de otras personas (...). Al cruzar por un barrio milanés me tropecé con un pobre mendigo, creo que bastante ebrio, pero que se estaba divirtiendo de lo lindo.

Hablando con los amigos que me acompañaban deploré los muchos sufrimientos causados por nuestras locuras. (...) Nuestra pretensión no era otra que arribar al puerto de una alegría segura, donde ya se nos había adelantado aquel mendigo y adonde tal vez nosotros no llegaríamos nunca. Lo que éste se había agenciado con unas poquitas monedas de limosna era exactamente lo mismo que yo ambicionaba por vericuetos y laberintos trabajosos: la alegría de la felicidad temporal.

El mendigo de marras no disfrutaba de la auténtica alegría, pero la que yo andaba buscando con mis ambiciones era mucho más falsa aún. Una cosa era clara: él estaba de buen humor, yo

andaba angustiado. (...) Pero había otra distancia entre los dos: él era más dichoso, porque una risa retozona inundaba todo su ser, en tanto que a mí las preocupaciones me roían las entrañas. Él era más dichoso porque (...) había gastado el dinero en vino, mientas que yo, a base de mentiras, lo que buscaba eran puras fantasías y ventolera.

Con mis amigos hice numerosos comentarios al respecto. Este tipo de reflexiones me servía para evaluar cómo me iba. Y veía que me iba francamente mal” (Libro VI, cap. 6, nº 9-10).



Uno de los tantos pueblos a lo largo de los caminos andinos.

### *Alipio, discípulo y amigo de Agustín*

“Lamentábamos esta situación los que convivíamos como buenos amigos, pero de manera especial en tono familiar con Alipio y Nebridio.

Alipio había nacido en el mismo municipio que yo, de padres pertenecientes a la aristocracia de la localidad. Era más joven

que yo, pues lo había tenido de alumno en mis comienzos de profesorado en nuestra villa natal y posteriormente en Cartago. Me quería mucho, por tener en buen concepto mi bondad y mi preparación académica.

Yo también sentía aprecio por él, debido a su gran personalidad y a su fondo de virtud, bastante sobresaliente para sus pocos años.

Esto no obstante, el torbellino de la moda cartaginesa, llena de espectáculos frívolos, le había arrastrado a la locura de los juegos circenses<sup>21</sup>. Cuando se debatía miserablemente en aquel torbellino, aún no asistía a mis clases de retórica en la escuela pública, por ciertas diferencias que habían surgido entre su padre y yo.

Yo tenía referencias de su afición loca por el circo, y esto me tenía muy preocupado, por estimar que iban a irse al garete, si es que no se habían ido ya, tantas esperanzas como yo tenía puestas en él. Pero no se me ofrecía la oportunidad de prevenirle a este respecto ni de apartarle de ellos mediante algún remedio. En este punto no me asistían ni razones de amistad ni derechos de magisterio, al estimar que él pensaría de mí lo mismo que su padre, aunque en realidad no era así. Efectivamente, haciendo caso omiso del deseo de su padre, había empezado a saludarme, tomando asiento entre mi auditorio, escuchando algunas de mis intervenciones y yéndose luego.

Pero con el tiempo se me había ido de la memoria mi propósito de hablar con él para que no se malograra un talento tan bueno con aquella afición tan ciega y alocada por los espectáculos vanos.

Pero tú, Señor, que manejas el timón de todas las cosas que creaste, no te habías olvidado de aquel que entre tus hijos iba a

---

<sup>21</sup> En ellos se practicaba la lucha personal entre gladiadores, condenados a muerte, etc.



ser ministro de tu sacramento<sup>22</sup>. Y, para que su enmienda fuera atribuida exclusivamente a tu competencia, la realizaste por conducto mío, pero sin darme yo cuenta de ello.

Es el caso que, estando cierto día sentado en el lugar de costumbre, rodeado de mis alumnos, llegó Alipio, saludó, se sentó y centró su atención en el tema de estudio que yo trataba. Casualmente traía entre manos un texto en cuyo comentario me pareció oportuno emplear el símil de los espectáculos circenses, para hacer más atractivo y comprensible el tema, al mismo tiempo que ponía en ridículo con expresiones mordaces a todos los que estaban esclavizados por aquella locura de atar.

Tú sabes, Dios nuestro, que entonces no se me pasó por la cabeza curar a Alipio de aquella peste. Pero él tomó la alusión como algo personal, convencido de que mis palabras no tenían otro blanco que su persona. Y lo que otro habría tomado como pretexto para sentirse molesto conmigo, este honrado muchacho lo tomó como ocasión para enojarse consigo mismo y para sentir una simpatía más acentuada hacia mi persona.

(...) Yo no había reprendido a este joven, sino que tú (Dios mío) -al servirte de todos, sean conscientes o no, según los designios ordenados por ti, designios que son justos- has hecho de mi corazón y de mi lengua brasas candentes (cfr. Ez 1, 13) con las que cauterizaras y sanaras (cfr. Is 6, 6-7) aquella mente esperanzadora, pero en estado de degradación. (...) Y Alipio, en efecto, después de aquellas palabras mías, se salió de aquel hoyo tan profundo en el que con gusto se hundía y con asombroso deleite era deslumbrado. Sacudió su espíritu con una decidida templanza y, abandonadas todas las ruindades de los espectáculos circenses, desde aquel punto no los frecuentó más.

Después venció por completo la reluctancia del padre a que me tomara a mí como maestro: aquél cedió y concedió (el permiso).

---

<sup>22</sup> Alipio llegaría a ser Obispo de Tagaste.

Y, comenzando de nuevo a ser oyente mío, se vio envuelto conmigo en la superstición de los maniqueos. En ellos admiraba la ostentación de austeridad, que él creía auténtica y sincera, aunque de hecho esta austeridad no pasara de pura ficción y fascinación seductora para cazar las almas valiosas que aún no sabían hacer pie en el fondo de la virtud y por eso eran fáciles de engañar con las apariencias superficiales de una virtud postiza y simulada” (Libro VI, cap. 7, nº 11-12).

### ***Recaída de Alipio en la pasión por los cruentos duelos de los gladiadores***

“Alipio me había precedido en Roma para realizar los estudios de Derecho. Aquí se dejó cautivar de nuevo, de una manera increíble y con un embeleso sorprendente, por los espectáculos de los gladiadores.

Cuando evitaba y aborrecía este tipo de espectáculos, ocurrió que cierto día, al toparse casualmente con unos amigos y condiscípulos que venían de comer, y a pesar de sus enérgicas protestas y de su resistencia, le condujeron con una violencia amistosa al anfiteatro en una fecha en que se celebraban espectáculos crueles y sangrientos, mientras él les decía: -Podéis arrastrar mi cuerpo a aquel lugar y hacer que ocupe una localidad, pero ¿podréis conseguir que mi alma y mis ojos contemplen esos espectáculos? Estaré allí, pero ausente. De este modo triunfaré de ellos y de vosotros.

Pero ellos, sin hacer caso de tales palabras, se lo llevaron consigo, pretendiendo quizá averiguar si era capaz de llevar a efecto su propósito.

Una vez llegados y tras ocupar las localidades que pudieron conseguir, el ambiente reflejaba todo un hervidero de diversiones inhumanas. Alipio, tras cerrar las puertas de sus ojos, le intimó a su espíritu a que no saliera a contemplar tales muestras de

salvajismo. ¡Ojalá hubiera cerrado también los oídos! Porque, en un lance de la lucha, tremendamente alterado por el enorme griterío del público, vencido por la curiosidad y creyéndose suficientemente fuerte y dispuesto para despreciar y vencer también lo que entrara por los ojos, fuese lo que fuese, los abrió, y se sintió herido en su alma con un desgarrón mucho mayor que el que había recibido el gladiador en el cuerpo, precisamente ese mismo gladiador que él había querido contemplar.

La caída de Alipio fue más digna de lástima que la del gladiador que provocó el griterío. (...) Tan pronto como Alipio contempló aquella sangre, bebió en ella la crueldad y no apartó los ojos de ella, sino que los fijó con detenimiento. (...) Ya no era el mismo hombre que acababa de llegar. Era uno del montón, del populacho con que se había mezclado. Era ya un auténtico camarada de aquellos que le habían traído.

¿Para qué seguir? Contempló el espectáculo, se desgañitó, se entusiasmó, y de allí se llevó consigo la locura que iba a servirle de estímulo para volver, no ya en compañía de aquellos que le llevaron aquel día, sino para volver sin ellos arrastrando consigo a otros.

A pesar de todo esto, tú, (Dios mío), con tu mano poderosísima y misericordiosísima lo liberaste, enseñándole a no confiar en sí mismo, sino a poner su confianza en ti (cfr. Pr 3, 5; Is 57, 13). Pero esto ocurrió mucho más adelante” (Libro VI, cap. 8, nº 13).

### ***Agustín, Alipio y Nebridio en Milán***

“Cuando me lo encontré en Roma, Alipio se pegó a mi persona con un lazo de amistad muy fuerte. Partió conmigo a Milán por dos razones: para no separarse de mí y para hacer algunas prácticas de Derecho, pues había acabado la carrera más por agradar a sus padres que por gusto propio. Por tres veces

había ejercido el cargo de asesor jurídico con una integridad que causaba admiración en todos y con profunda extrañeza, por su parte, de que hubiera magistrados que anteponían el oro a la honestidad profesional.

Esta integridad suya fue puesta a prueba no sólo con los alicientes de la ambición, sino con la intimidación y el chantaje.

En Roma hacía de asesor jurídico del conde que tenía a su cargo las finanzas de las tropas itálicas. Por aquellas mismas fechas, había un senador de mucha influencia, que tenía obligada a mucha gente a golpe de favores. A muchos otros los tenía avasallados con el terror. Siguiendo métodos autoritarios, se le antojó realizar un proyecto que no estaba de acuerdo con las leyes.

Alipio se opuso a tales pretensiones. Le prometieron una recompensa, pero él animosamente la tomó a broma. A continuación vinieron las amenazas, pero él pasó por encima de ellas, ante la admiración general de un temple tan extraordinario, que se había enfrentado a hombre tan poderoso y tan jaleado por los mil recursos de que se servía para obligar a la gente o para perjudicarla.

A este senador no había nadie que no quisiera tenerle como amigo. Tampoco había nadie que dejara de temerle como enemigo. Incluso el mismo juez que tenía a Alipio como asesor no quería que el senador llevase a cabo su proyecto, pero tampoco se atrevía a darle una negativa formal. Se limitaba a descargar la responsabilidad sobre Alipio, afirmando que éste no daba su aprobación al proyecto. Por otra parte, si él actuaba por su cuenta, Alipio presentaría la dimisión.

(...) Así era entonces Alipio y tal era su amistad conmigo. Ambos compartíamos la perplejidad en torno a la decisión sobre qué giro íbamos a dar a nuestras vidas.

También Nebridio había venido a Milán sin otra razón que la de vivir conmigo para participar en la búsqueda ardiente de

la verdad y la sabiduría. Para ello había abandonado su ciudad natal, próxima a Cartago. Había dicho adiós a la misma Cartago, adonde viajaba con frecuencia, había abandonado una magnífica hacienda de su padre, había dejado su casa y había dicho adiós a su madre, que no le acompañaría en el viaje.

Al igual que nosotros, Nebridio también andaba perplejo y anhelante. Era un investigador apasionado de la felicidad humana y un explorador profundísimo de las cuestiones más intrincadas. Éramos tres bocas hambrientas. Éramos tres indigentes que compartíamos nuestra hambre y nuestra miseria.

(...) En el mal sabor de boca que tu misericordia, (Dios mío), hacía aparecer en nosotros como consecuencia de nuestra actividad mundana, tratábamos de averiguar el motivo de por qué sufríamos tal tipo de angustias, pero en torno a nosotros se cernían las tinieblas.

Entonces torcíamos el gesto, lamentándonos y diciendo: -¿Hasta cuándo va a durar esta situación?-. Una y otra vez nos repetíamos esta misma pregunta, pero sin acabar de decir adiós a la clase de vida que llevábamos. No teníamos ni un resquicio de luz ni de certeza adonde agarrarnos, caso de dejar a un lado nuestro sistema de vida” (Libro VI, cap. 10, nº 16-17).

### ***Agustín se debate en el dubio y permanece indeciso***

“Ya contaba treinta años de edad y seguía perplejo en el mismo lodo. Estaba lleno de avidez por disfrutar las realidades presentes, que se desvanecían y que al mismo tiempo me iban desintegrando.

Mientras tanto, yo me decía: -Mañana la hallaré. Mañana aparecerá con toda claridad y me abrazaré a ella. (...) Mira: para comenzar, ya no me parecen absurdos aquellos pasajes de los libros eclesiásticos que antes me lo parecían. Admiten otra interpretación distinta y razonable. Voy a afianzar mis pies

en aquel peldaño donde me instalaron mis padres hasta que encuentre la verdad pura y cristalina. Pero, ¿dónde y cuándo buscarla? Ambrosio no dispone de horas libres. Yo no tengo tiempo para leer. Por otra parte, ¿dónde voy a encontrar códices? ¿De dónde voy a sacar dinero para adquirirlos? ¿Cuándo podré comprarlos? ¿Quién puede prestármelos?

Con todo, señalemos un horario y hagamos una distribución del tiempo, de modo que podamos atender a la salud del alma. Estamos en los albores de una gran esperanza: las enseñanzas de la fe católica no son las que pensábamos ni lo que como necios le achacábamos. Sus expertos consideran algo execrable creer que Dios está configurado por los perfiles del cuerpo humano. ¿Y aún dudamos en llamar a la puerta para que a la vez se nos descubra todo lo demás?

El horario de la mañana lo tengo ocupado con la atención al alumnado. ¿Y qué hago con el resto del tiempo? ¿Por qué no emplearlo en estos menesteres? Pero, en este caso, ¿cuándo voy a saludar a los amigos importantes, cuya ayuda tanto necesito? ¿Cuándo preparar los temas que me compran los alumnos? ¿Cuándo reparar energías y aliviar la tensión mental producida por las preocupaciones?

¡Que se hunda todo de una vez, y dejémonos de cosas fútiles e insustanciales! ¡Consagrémonos exclusivamente a la búsqueda de la verdad! La vida es miserable, la muerte es una incógnita. Y, si nos asalta de improviso, ¿en qué situación saldríamos de este mundo? ¿Dónde vamos a aprender lo que aquí desatendimos? Mirándolo bien, ¿no tendremos que expiar la pena de esta negligencia?.

(...) Mientras me expresaba en estos términos, (...) iba pasando el tiempo y tardaba en convertirme al Señor. Iba aplazando día tras día vivir en ti, pero no aplazaba morir en mí mismo cada día. Amaba la vida feliz (...). Pensaba que iba a ser muy desgraciado privándome de las caricias de una mujer, y no pensaba en la

medicina de tu misericordia que podía curar precisamente esa debilidad. Carecía de experiencia y creía que la continencia dependía de las propias fuerzas. Era tan necio que desconocía el testimonio de las Escrituras, según la cual nadie puede ser continente si tú no se lo concedes (cfr. Sb 8, 21).

Y sé también que tú me lo habrías concedido si yo hubiera llamado a tus oídos (cfr. Mt 7, 7-11; Lc 11, 9-13) con el gemido del corazón y si, con una fe sólida, hubiera descargado en ti todas mis preocupaciones (cfr. Sal 54, 23)” (Libro VI, cap. 11, nº 18-20).

### **Agustín no desdeña casarse, y Alipio mismo termina deseando el matrimonio**

“Cierto que Alipio me desaconsejaba de tomar mujer, argumentando que, si lo hacía, ya no podríamos de ninguna manera vivir juntos dedicando el apacible tiempo libre al amor de la sabiduría, como hacía tiempo anhelábamos. Personalmente, Alipio era algo sorprendente, dado que había iniciado sus experiencias sexuales en los albores de la adolescencia. No se había hecho un adicto a ellas, sino al contrario, las había deplorado y desaprobado, viviendo en lo sucesivo en continencia total.

Yo le rebatía alegando ejemplos de personalidades casadas que se habían dedicado al estudio de la sabiduría, habían alcanzado méritos ante Dios y habían mantenido una amistad leal con los amigos. Claro que yo distaba mucho de ese temple espiritual. Yo cargaba mis cadenas, atado por la mortífera suavidad de la pasión carnal y temiendo desatarme. Hacía caso omiso de las palabras del buen consejero y rechazaba la mano que iba a liberarme y a curar mi herida.

(...) Se sorprendía Alipio de que un hombre como yo, una persona a la que él tenía no poca estima, estuviera tan apegado

con la pasta gelatinosa de los deleites carnales. Estaba yo tan apegado, que llegué a afirmar, siempre que surgía este tema de conversación, que yo no era capaz en absoluto de llevar una vida célibe. Si a estas experiencias las cohonestábamos con el respetable nombre de matrimonio, ya no hay razón para admirarse de por qué yo no podía despreciar aquel sistema de vida.

A partir de entonces, el mismo Alipio comenzó a sentir también el deseo de casarse, vencido no por la voluptuosidad, sino estimulado por la curiosidad. Decía que deseaba saber qué era aquello sin lo cual mi vida, que tanto le agradaba a él, ya no era vida para mí, sino un tormento.

(...) Por supuesto que a ninguno de los dos nos movían los objetivos del decoro y la honestidad del matrimonio, como son la formación de una familia y la educación de los hijos. Estos objetivos tenían poco peso para nosotros. Lo que a mí me atormentaba y esclavizaba principalmente y con dureza era la costumbre de saciar mi pasión insaciable.

Y, en lo que respecta a él (Alipio), era la admiración (hacia mí) lo que lo tenía dominado. Tal era nuestra situación, altísimo Señor, hasta que tú, que no te desentendes de nuestro fango, compadecido de nosotros miserables, nos socorriste de manera maravillosa y misteriosa” (Libro VI, cap. 12, nº 21-22).

### **Agustín pide la mano de una doncella no núbil todavía**

“Se me instaba con empeño a tomar esposa. Personalmente ya había hecho yo la petición de mano. Ya me la habían prometido, dado que era mi madre la que básicamente gestionaba este asunto, para que, una vez casado, me purificara con el bautismo de la salvación. Ella se alegraba de verme cada día mejor dispuesto, viendo en mí la realización de sus deseos y de tus promesas, (Dios mío).



Cierto que, a petición mía y por expreso deseo suyo, te suplicaba cada día con el ardiente grito del corazón que le manifestaras mediante una visión algún indicio de mi propio matrimonio. Pero tú nunca quisiste hacerlo. Es verdad que tuvo algunas visiones irreales y fantásticas, forjadas por la tensión de su espíritu, muy preocupado por este problema. Luego, me iba contando estas impresiones, pero no con la seguridad con que lo hacía cuando tú le manifestabas algo, sino desestimándolas. A propósito de estas visiones, decía que, por una especie de sabor que no podía explicar con palabras, discernía la diferencia que había entre cuando tú le revelabas y cuando su espíritu soñaba.

No obstante, se seguía insistiendo en mi matrimonio. Ya se había pedido la mano de una joven a la que le faltaban dos años para la edad núbil. Y, como esta joven nos satisfacía a todos, había que esperar” (Libro VI, cap. 13, nº 23).

### **Agustín y sus amigos tienen planeado unirse en una forma aún imperfecta de vida común**

“Por otra parte, un grupo numeroso de amigos teníamos pensado, después de comentar las azarosas contrariedades de la vida humana, vivir en un ocio tranquilo, apartados de la masa. Ya casi lo teníamos decidido. Este ocio lo habíamos programado de la manera siguiente: todos nuestros bienes los pondríamos en común, formando un patrimonio único, de modo que, en virtud de la sinceridad que supone la amistad leal, no hubiera cosas de éste ni cosas de aquél, sino que todo fuera de todos y de cada uno.

Calculábamos la posibilidad de asociarnos unas diez personas con esta finalidad. Entre éstas había gente rica, en especial nuestro convecino Romaniano, muy amigo mío desde la niñez, a quien entonces graves fluctuaciones de los negocios habían

traído a la Corte (al Tribunal). Era el que más urgía la realización del plan y el que mayor fuerza de persuasión ejercía, porque su capital era muy superior al de los demás.

Habíamos decidido también que, a estilo de los magistrados, dos de nosotros se hicieran cargo durante un año de proveernos de todo lo necesario, quedando despreocupados los demás. Pero, cuando surgió el problema de si nuestras mujercitas aprobarían este proyecto -pues alguno de nosotros ya la tenía, y otros aspirábamos a tenerla- todos aquellos planes que teníamos tan bien estudiados se esfumaron en nuestras manos, se hicieron añicos y quedaron definitivamente descartados.

Tras este fracaso, vuelta otra vez a las quejas y lamentaciones. (...) Tú, (Dios mío), te burlaste de nuestros proyectos e ibas preparando tus planes, dispuesto a darnos alimento a horas oportunas y a abrir tu mano para colmar nuestras almas de bendición (cfr. Sal 144, 15-16)” (Libro VI, cap. 14, n° 24).

### **Agustín, cuando se marchó a África la mujer con la que había tenido un hijo, se consiguió a otra mujer**

“Entretanto, iban multiplicándose mis pecados. Cuando apartaron de mi lado, como impedimento para el matrimonio, a aquella mujer con quien solía compartir mi lecho, el corazón rasgado por el punto en que estaba adherido a ella quedó llagado y manando sangre.

Ella se marchó a África tras hacer la promesa de no conocer a otro hombre y dejando en mi compañía al hijo natural que yo había tenido de ella.

Pero yo, desventurado, no imitando a esta mujer e impaciente por el tiempo de espera, ya que después de dos años recibiría a aquella cuya mano había pedido, y porque no era un enamorado del matrimonio, sino un esclavo de la pasión, me busqué otra

mujer. Claro que no me la procuré en calidad de esposa” (Libro VI, cap. 15, nº 25).

## Discusión con Alipio y Nebridio acerca del fin de los buenos y de los malos

“Yo me iba haciendo más miserable. (...) Lo único que me detenía ante el abismo más profundo de los placeres carnales era el miedo a la muerte y a tu juicio futuro. Este miedo nunca se apartó de mi pecho, aun en medio de la heterogeneidad de mis opiniones.

Me había puesto a discutir con mis amigos Alipio y Nebridio acerca del fin de los buenos y de los malos<sup>23</sup>. Personalmente me hubiera gustado darle la palma a Epicuro<sup>24</sup>, si no creyera que, después de la muerte, queda la vida del alma y la sanción de nuestras acciones, cosa que Epicuro no quiso creer. (...) Yo estaba tan hundido y ciego, que no podía imaginarme el esplendor de la virtud y de la belleza que debe ser abrazada desinteresadamente, ya que no la ve el ojo carnal, sino que se ve desde lo íntimo (del corazón).

(...) Por otra parte, dado como pensaba entonces, tampoco podía ser feliz sin los amigos, por grande que fuese la abundancia de los placeres carnales, amigos que yo por cierto amaba desinteresadamente, y a mi vez sentía que ellos me amaban desinteresadamente.

¡Qué caminos complicados! ¡Ay del alma temeraria (cfr. Is 3, 9.11) que, al apartarse de ti, (mi Dios), confió en que iba a hallar algo mejor!” (Libro VI, cap. 16, nº 26).

---

<sup>23</sup> Cfr. Cicerón, *De finibus* 1, 17.55.

<sup>24</sup> Epicuro (341-271 a. C.), filósofo natural de Samos, en el año 306 a. C. fundó en Atenas su propia escuela, llamada epicúrea.



*En los pueblos  
de la Cordillera  
los pobres esperan con ansia...  
a jóvenes en camino.*

## CAMINO ASCENSIONAL DE AGUSTÍN HACIA LA VERDAD

### Cuestión de la naturaleza del mal

#### *Ideas de Agustín acerca de Dios*

“Ya había muerto mi juventud mala y repugnante, y me adentraba en la madurez. Cuantos más años tenía, más atolondrada era mi vanidad.

Me resultaba totalmente imposible pensar en sustancias distintas de aquellas que suelen contemplar estos ojos carnales.

Es cierto que desde el momento en que tuve los primeros atisbos de sabiduría, ya no te concebía a ti, Dios mío, bajo la figura de un cuerpo humano. Siempre fui refractario a imaginarte así, y me sentía satisfecho de haber realizado este hallazgo en la fe de nuestra madre espiritual, tu Iglesia católica. El caso es que no se me ocurría otra manera de pensarte.

(...) Desde lo más íntimo de mi ser te creía incorruptible, inviolable e inmutable. (...) Yo te imaginaba grande, extendido por los espacios infinitos. Te concebía como un ser que penetra por todas partes la mole entera del universo, como un ser que, fuera de esta mole cósmica, penetra por todas partes a través de la inmensidad sin término, de modo que la tierra, el cielo y todas las cosas están llenas de ti, tienen sus límites dentro de ti, sin que tú tengas límite alguno” (Libro VII, cap. 1, nº 1-2).

#### *El libre albedrío de la voluntad es la causa del mal*

“Aunque sostenía y creía firmemente que tú, Dios nuestro, Dios verdadero, eras incorruptible, inalterable y totalmente inmutable, no sólo creador de nuestras almas, sino también de nuestros cuerpos, y no sólo de nuestras almas y nuestros cuerpos,

sino también de todos los seres y de todas las cosas, yo no tenía suficientemente aclarada y averiguada la causa del mal.

(...) Así pues, mi proceso de búsqueda de esta causa del mal daba por sentado y cierto que lo que ellos (los maniqueos) decían no era verdad. Huía de ellos con toda el alma, porque veía que sus investigaciones sobre el origen del mal estaban llenas de malicia. Esta malicia les llevaba incluso a opinar que era preferible que tu naturaleza padeciera el mal a que la naturaleza de ellos lo cometiera.

Trataba de comprender una cosa que había oído: que el libre albedrío de la voluntad es la causa de que nosotros obremos el mal (...).

Según eso, cuando quería algo o cuando no lo quería, estaba segurísimo de que era yo el que quería o el que no quería. Ya desde entonces me daba cuenta de que en esto radicaba la causa del pecado (...) Pero yo volvía a la carga preguntándome: -¿Y a mí quién me ha hecho? ¿No ha sido mi Dios, que no sólo es bueno, sino que es el bien mismo? ¿De dónde me viene el querer el mal y el no querer el bien? ¿Me ocurre esto para sufrir un castigo merecido? ¿Quién sembró en mí este semillero de amargura (cfr. Heb 12, 15), si he sido hechura total de mi Dios, que es dulcísimo? Si el autor ha sido el diablo, ¿de dónde procede el diablo? Pero si el diablo, habiendo sido ángel bueno, se hizo diablo por su mala voluntad, ¿de dónde procedió aquella mala voluntad que le convirtió en diablo, si el ángel fue creado en su totalidad por un Creador buenísimo?.

En este torbellino de pensamientos volvía a hundirme, veía que me ahogaba” (Libro VII, cap. 3, nº 4-5).

***¿Cuál es la raíz del mal, si Dios hace todas las cosas buenas?***

“Andaba yo buscando el origen del mal, pero lo buscaba mal. Ni siquiera veía el mal que radicaba en mi método de buscarlo.

(...) ¿De dónde, pues, procede el mal, si un Dios bueno hizo buenas todas las cosas (cfr. Gn 1, 31)?

(...) ¿Viene tal vez, de la materia de donde las hizo, una materia mala, y, al darle a ésta forma y proporción, dejó en ella algo que no transformara en bien? ¿Y por qué pudo ocurrir una cosa así? ¿Es que, siendo Dios todopoderoso, se vio impotente para transformarla y cambiarla en su totalidad, de modo que no quedaran residuos de mal? Por último, ¿por qué ha querido hacer de esta materia cosa alguna? ¿Por qué no optó por servirse de esta misma omnipotencia para aniquilarla del todo? ¿Es que la materia podía existir contra la voluntad del Creador? (...)

Tales eran los pensamientos que bullían dentro de mi pobre pecho, atenazado además por los problemas devoradores de la muerte y por no haber dado con la verdad.

De todos modos, iba adquiriendo estabilidad en mí la fe de tu Iglesia católica en tu Cristo, Señor y Salvador nuestro (cfr. 2Pe 2, 20). En muchos aspectos era una fe sin forma definida y fluctuante fuera de los límites de la ortodoxia. Pero mi espíritu ya no la abandonaba. Al contrario, cada día se iba empapando más en ella” (Libro VII, cap. 5, nº 7).

### ***Refutación de la astrología***

“Por otra parte, también había dado carpetazo a las predicciones falaces y a los impíos delirios de los astrólogos.

(...) Tú, (Dios mío), me curaste de la obstinación que me llevó a enfrentarme a aquel viejo sagaz, Vindiciano, y también a Nebridio, un muchacho de alma maravillosa. Yo rechazaba las apasionadas afirmaciones del primero y las palabras un tanto vacilantes del segundo. Uno y otro repetían machaconamente que no existía tal arte de prever el futuro, y que las predicciones humanas cuentan muchas veces con la colaboración del azar. A base de muchas conjeturas aciertan a enunciar algunas cosas del

porvenir. No es que las sepan, sino que a fuerza de tanto hablar tienen algún que otro acierto por pura casualidad.

Fuiste tú quien me deparó un amigo que, por lo demás, era un cliente bastante asiduo de los matemáticos o astrólogos, aunque no muy ducho en sus escritos. Pero, como acabo de decir, era un cliente lleno de curiosidad. Estaba al corriente de un hecho que había oído contar a su padre, pero desconocía el alcance de esta anécdota y su capacidad destructiva de todo el prestigio del arte adivinatoria.

Este hombre, de nombre Fermín, erudito en las artes liberales y hombre de lenguaje muy cultivado, vino a consultarme en calidad de amigo sobre ciertos asuntos personales en los que había dado alas a sus ilusiones mundanas. Me pidió que emitiera un dictamen de su situación sobre la base de lo que la gente ha dado en llamar sus constelaciones y horóscopos.

Yo, que en este asunto había comenzado a inclinarme por la opinión de Nebridio, no me negué de plano a hacer mi propio horóscopo ni a expresarle todo cuanto viniera a mi mente vacilante. Pero, eso sí, le puse en antecedentes de que personalmente estaba casi persuadido de que todo esto no eran más que tonterías y ridiculeces.

Entonces es cuando me contó que su padre había sido un empedernido consultor de literatura astrológica, y que, además, contaba con un amigo tan adicto a esta literatura como él.

(...) Me contaba asimismo Fermín que había oído de labios de su padre que, coincidiendo con el embarazo de la propia madre de Fermín, ocurrió también que, por las mismas fechas, la criada de un amigo de su padre iba avanzada en su estado de gravedad. Esta circunstancia no le pasó inadvertida al amo, que llevaba el más escrupuloso control de los partos (incluso) de sus perras.

Sucedió, pues, que, tras un cómputo minucioso y detallado de días, horas y minutos por parte de ambos, llevando uno los de



su esposa y el otro los de la criada, ambas dieron a luz a la vez. Se vieron, pues, obligados los hombres, hasta en los más mínimos detalles, a hacer el mismo horóscopo a los dos recién nacidos, uno al hijo y otro al esclavo.

(...) No obstante, el resultado fue que Fermín, al nacer dentro de una familia de la nobleza local, comenzó a transitar por caminos de rosas, crecía en riquezas y escalaba honores, mientras que aquel esclavo, que no consiguió sacudir el yugo de su condición, continuaba sujeto al servicio de sus amos. Así lo contaba Fermín, que conocía a fondo el caso.

Después de escuchar el relato de este hecho y darle crédito, dada la persona que me lo contaba, se desmoronó toda mi intransigencia y mi obstinada actitud. Y lo primero que hice fue tratar de apartar a Fermín de aquella manía morbosa.

Le hice ver cómo en el estudio de su horóscopo, si yo pretendía hacer una predicción que se ajustase a la verdad, tenía que tomar en consideración, en este horóscopo, el hecho de que sus padres eran gente distinguida, una familia noble dentro de la propia ciudad, su nacimiento ilustre, su educación esmerada, y la instrucción que había recibido, que era la que correspondía a un hombre libre.

También le dije que, si el siervo de marras viniera a consultarme sobre sus propios datos astrológicos, que, como hemos visto, eran coincidentes, y me pidiera un pronóstico ajustado a la verdad, tendría que ponerle de relieve la bajeza de su familia, su condición servil y todas las demás circunstancias tan distantes y tan distintas del caso anterior.

Esto nos llevaría a un hecho: ante observaciones coincidentes tenía que llegar a pronósticos diferentes, si quería ser veraz. Y si hacía pronósticos exactamente iguales, sería un mentiroso.

De este supuesto saqué una conclusión indiscutible: las predicciones verdaderas que se hacen tras la observación de las estrellas no son verdaderas o acertadas en base a una técnica,

sino por azar. (...) Para profundizar en el tema, me puse a estudiar el caso de los mellizos. Generalmente salen del seno materno con tanta rapidez uno tras otro, que ese pequeño lapso de tiempo, por mucha importancia que quieran darle dentro del curso normal de las cosas, escapa en todo caso a la observación humana y resulta totalmente imposible registrarlo en los signos que el astrólogo tiene que estudiar antes de emitir un pronóstico verdadero. Y este pronóstico no será verdadero, porque, partiendo del estudio de idénticos gráficos, debería decir lo mismo de Esaú y de Jacob, pero vemos que la realidad de estos dos personajes fue muy distinta en uno y en otro. Luego los pronósticos serían falsos. Y si resultaban verdaderos, necesariamente tenían que ser distintos, aunque los signos objeto de examen fueran idénticos. Consiguientemente, el astrólogo puede hacer un pronóstico verdadero, pero no en base a su técnica, sino por puro azar” (Libro VII, cap. 6, nº 8-10).

### ***Agustín investiga sin resultado de dónde viene el mal***

“Así me vi libre de aquellas ataduras gracias a ti, ayudador mío (cfr. Sal 58, 18). Seguía investigando el origen del mal, pero sin llegar a resultado alguno.

Tú no permitías que el oleaje de mis reflexiones me arrancase de aquella fe por la que creía que tú existes, que tu esencia es inmutable y que tienes providencia de los hombres. Creía en tu justicia. Creía que has puesto el camino de la salvación en Cristo, tu Hijo, Señor nuestro, y en las Santas Escrituras, avaladas por la autoridad de tu Iglesia Católica. Esta salvación de la humanidad está encaminada hacia aquella otra vida que tendrá lugar después de la muerte.

Salvadas estas creencias y vigorizadas de manera incuestionable en mi espíritu, seguía preguntándome ansioso de dónde procedía el mal.

¡Por qué dolores de parto pasó mi corazón! ¡Qué gemidos, Dios mío! (...) Sólo tú sabías cuanto sufría yo. Ningún hombre lo sabía. ¡Qué poquita cosa era lo que de mis sufrimientos reflejaba mi lengua a los oídos de los más íntimos!

(...) Tú me espoleabas con estímulos internos para fomentar mi inquietud hasta que yo estuviera seguro de ti mediante una visión interior. (...) La visión de mi mente, alterada y oscurecida, iba sanando progresivamente (cfr. 2Cor 4, 16) con el penetrante colirio de unos dolores saludables” (Libro VII, cap. 7-8, nº 11-12).

### ***Agustín encuentra muchas cosas verdaderas en los libros de los Platónicos***

“Lo primero que hiciste (Dios mío), sirviéndote de un individuo hinchado de descomunal soberbia, fue proporcionarme algunos libros de los Platónicos, traducidos del griego al latín<sup>25</sup>.

(...) Ante las sugerencias de aquellos escritos que me intimaban el retorno a mí mismo, penetré en mi intimidad, siendo tú mi guía. Fui capaz de hacerlo, porque tú me prestaste asistencia. Entré y vi con el ojo de mi alma, tal cual es, sobre el ojo mismo de mi alma, sobre mi inteligencia, una luz inmutable. No esta luz vulgar y visible a toda carne ni algo por el estilo. (...) Nada de esto era aquella luz, sino algo muy distinto, algo muy diferente de todas las luces de este mundo.

(...) Me vi lejos de ti, en la región de la semejanza (cfr. Lc 15, 13), donde me pareció oír tu voz que venía desde el Cielo: «Yo soy manjar de adultos. Crece y me comerás. Pero no me transformarás en ti como asimilas corporalmente la comida, sino que tú te transformarás en mí».

---

<sup>25</sup> Se trata probablemente, entre otras, de obras del filósofo Plotino, que nació en Licópolis (Egipto) el año 205 y falleció en Roma el año 270 d.C., considerado un neoplatónico, quien compuso 54 tratados, recogidos por su discípulo Porfirio en las “*Enneadas*” (es decir, en seis grupos de nueve tratados cada uno).

(...) Y yo me pregunté: «¿Es que la verdad carece de entidad, al no estar extendida en el espacio, sea finito, sea infinito?». Y tú me respondiste desde lejos: «Pero yo soy el que soy» (Ex 3, 14). Estas palabras las oí como se oye con el corazón. Ya no había motivos para dudar. Me sería mucho más fácil dudar de mi propia vida que de la existencia de aquella verdad que se hace visible a la inteligencia a través de las cosas creadas (cfr. Rm 1, 20)” (Libro VII, cap. 9, nº 13. cap. 10, nº 16).

### ***Ser y no ser de las criaturas***

“Me puse a observar el resto de las cosas que están por debajo de ti, (Dios mío), y vi que su existencia no era total, y su no existencia tampoco lo era. Son porque su esencia dimana de ti. No son, porque no son lo que eres tú” (Libro VII, cap. 11, nº 17)

### ***Mientras existen (por el hecho de que existen), las cosas son buenas***

“Se me patentizó que (...) son buenas todas las cosas que son. Y el mal, cuyos orígenes andaba investigando, no es una sustancia, porque, si fuera sustancia, sería un bien” (Libro VII, cap. 12, nº 18).

“(…) Luego me desperté en tus brazos y te vi totalmente distinto. Esta visión no procedía de mi carne” (Libro VII, cap.14, nº 20).

“Dirigí mis ojos al resto de las cosas y vi que te son deudas porque tienen la existencia y en ti todas son finitas, pero no en sentido local, sino porque tú, en tu Verdad, lo tienes todo como en la mano. Todas ellas son verdaderas en cuanto que tienen existencia. La falsedad no es otra cosa que atribuir entidad a aquello que no la tiene” (Libro VII, cap. 15, nº 21).

## ***La maldad es la perversidad de la voluntad desviada***

“Vi por experiencia que nada tiene de extraño que los paladares enfermos le hagan mohínes al pan, que es sabroso al paladar sano, y que a los ojos enfermos les resulte odiosa la luz, que es agradable a los ojos sanos. Lo propio ocurre con tu justicia: les resulta molesta a los malos.

(...) Por otra parte, me puse a investigar en qué consistía la maldad, y vi que no era sustancia, sino la perversidad de la voluntad que se aparta de la sustancia suprema, es decir, de ti, Dios mío, y que se desvía hacia las realidades inferiores” (Libro VII, cap. 16, nº 22).

## ***Agustín asciende gradualmente desde las criaturas corporales hacia Dios***

“Estaba realmente sorprendido de que lo que ahora amaba eras tú, no un fantasma de la imaginación que hiciera tus veces. (...) Estaba, además, firmemente convencido de que lo invisible de ti, tu eterno poder y divinidad, se comprenden desde lo creado.

(...) De manera escalonada fui subiendo, primero desde los cuerpos hasta el alma, que siente a través del cuerpo. (...) Por fin, en un golpe de visión estremecedora, llegué al Ser mismo.

Entonces fue cuando, finalmente, descubrí tus cosas invisibles, que se hacían inteligibles por medio de las cosas creadas, pero no fui capaz de fijar en aquéllas mis ojos, sino que (...) volví a mi vida habitual, llevando por todo ajuar la compañía del recuerdo amoroso que se contentaba con aspirar el olor de aquellos manjares que no podía comer todavía” (Libro VII, cap. 17, nº 23).

## ***Cristo es el Mediador entre Dios y los hombres***

“Andaba yo buscando el procedimiento para adquirir fuerzas que me capacitaran para gozarte, pero no lo hallaba sino abrazándome con el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (cfr. 1Tim 2, 5), que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos (cfr. Rm 9, 5). Él nos llama y nos dice: «Yo soy el camino la verdad y la vida» (Jn 14, 6).

(...) Al no ser humilde, no me cabía en la cabeza que ese Jesús humilde fuera mi Dios. Tampoco comprendía de qué podría ser maestra su debilidad. (...) Se ha construido una humilde casa con nuestro propio barro.

¡Buen sistema para hacer que desciendan de su encumbramiento personal todos aquellos que se le van a rendir!” (Libro VII, cap. 18, n° 24).

## ***Ideas falsas de Agustín y Alipio acerca de Cristo***

“Yo no tenía el más ligero asomo de los secretos que encierra aquella expresión: la Palabra se hizo carne. (...) Reconocía en Cristo un hombre completo, un hombre cabal. (...) Yo estimaba que debía ser antepuesto a todos los demás, no por ser la Verdad en persona, sino por una excelencia extraordinaria de la naturaleza humana y por una participación más perfecta en la sabiduría.

Alipio, por el contrario, pensaba que los católicos creían que Dios se había revestido de nuestra carne de manera que, fuera de Dios y de la carne, en Cristo no había alma. Lógicamente, estimaba que en Cristo no había mente humana. (...) Pero, tan pronto como se dio cuenta de que éste era precisamente el error de los apolinaristas, compartió mi alegría y fue amoldándose conmigo a la fe católica.

Personalmente confieso que, poco más adelante, vi en la interpretación del pasaje «*la Palabra se hizo carne*» (Jn 1, 14) la

diferencia existente entre la verdad católica y la falsedad de Fotino<sup>26</sup>.

La condena de los herejes pone de relieve el sentido de tu Iglesia y los contenidos de la sana doctrina (cfr. 2Tim 4, 3; Tit 1, 9; 2.1). Fue preciso que hubiera también herejías, para que se pusiera de relieve el contraste entre los probados y los débiles (cfr. 1Cor 11, 19)” (Libro VII, cap. 19, n° 25).

### ***Agustín se ha vuelto vanidoso, no humilde***

“(…) Después de la lectura de los filósofos platónicos, que me insinuaron la búsqueda de la verdad incorpórea, pude vislumbrar que tus perfecciones invisibles, (Dios mío), se comprenden a través de las criaturas.

Estaba seguro de que existías y de que eres infinito (...); estaba seguro de que todo el resto de las cosas procede de ti (cfr. Rm 11, 35) (...); estaba seguro, por supuesto, de todo ello, pero me hallaba demasiado enfermo para gozar de ti<sup>27</sup>.

---

<sup>26</sup> Fotino fue discípulo de Sabelio y de Pablo de Samosata, ambos herejes del siglo III que respecto de Cristo no seguían la doctrina tradicional de la Iglesia Católica. Sabelio, fuertemente apoyado sobre todo por Hipólito, fue condenado por el Papa Calixto I (218-222), por afirmar que Cristo era Dios, pero era el mismo Padre con una forma o modalidad especial (cfr. Llorca, B.; y otros. *Historia de la Iglesia Católica*. Vol. 1, p. 225). Sus seguidores fueron llamados “modalistas” y más tarde, “sabelianos”. Esta secta duró hasta fines del siglo IV. Pablo de Samosata, por su parte, fue excomulgado en el año 268, por sostener que Cristo no era propiamente Dios, sino sólo y simplemente hombre, aunque en él habitaba el *Logos* impersonal, el poder de Dios, una fuerza especial, superior a la que hubo en los profetas. Su doctrina se llamó “*adopcionismo*”.

<sup>27</sup> Ya hemos visto cómo más arriba escribía que “nada tiene de extraño que los paladares enfermos le hagan mohínes al pan, que es sabroso al paladar sano, y que a los ojos enfermos les resulte odiosa la luz, que es agradable a los ojos sanos. Lo propio ocurre con tu justicia: les resulta molesta a los malos” (Libro VII, cap. 16, n° 22).

Yo charlaba por los codos, como si fuera un sabio, pero (...) si no me ponía a reconocer tu camino en Cristo, Salvador nuestro (cfr. Tit 1, 4), de ser instruido iba a pasar a ser destruido. (...) Mi ciencia me hacía más pomposo.

(...) Entiendo que quisiste que estos libros<sup>28</sup> cayeran en mis manos antes de bucear en tus Escrituras, y esto por una razón: para que quedara impreso en mi memoria cómo yo había sido afectado por ellos y para que, después de quedar bien amansado con tus libros y de que mis heridas quedaran curadas al contacto con tus dedos, apreciase la diferencia que existe entre presunción y confesión, entre los que no pierden de vista la meta, pero no ven por dónde se llega a ella, y los que ven el camino que lleva a la patria bienaventurada, no sólo como objeto de contemplación, sino como lugar de residencia.

Si hubiese comenzado por instruirme en tus Sagradas Letras, saboreando tus dulzuras una vez familiarizado con ellas, y a continuación hubiesen caído en mis manos aquellos libros, tal vez me habrían erradicado de las bases sólidas de la piedad” (Libro VII, cap. 20, n° 26).

### ***Agustín lee a San Pablo con suma avidéz y provecho***

“Así, pues, con toda avidéz cogí las Escrituras venerables de tu Espíritu, y fueron desvaneciéndose todos aquellos problemas en que a veces me parecía descubrir contradicciones e incoherencias entre sus palabras y el testimonio de la Ley y de los profetas (cfr. Mt 5, 17; 7, 12; Lc 16, 16). Y apareció ante mis ojos la verdadera y única identidad de tus palabras castas (cfr. Sal 11, 7), y aprendí a alegrarme grandemente, estremeciéndome.

Inicié la lectura, y descubrí que todo cuanto de verdadero había leído allí, también se decía aquí, pero con la garantía de

---

<sup>28</sup> Se refiere a las obras de los filósofos platónicos.



tu gracia, para que el que ve no se gloríe como si no hubiera recibido no sólo lo que ve, sino también la facultad de ver. Porque, de hecho, ¿qué tiene que no haya recibido? (Cfr. 1Cor 4, 7). De este modo se le intima al hombre no sólo verte a ti (...), sino que también se le intima a que sane y te posea.

(...) Nada de esto contienen aquellos libros (de los platónicos). Sus páginas no tienen este semblante piadoso, ni lágrimas de confesión, ni tu sacrificio, ni un alma angustiada, ni un corazón contrito y humillado (cfr. Sal 50, 19), ni la salvación de tu pueblo, ni la ciudad esposa, ni las arras del Espíritu, ni la copa de nuestro rescate. (...) Tu escondiste todas estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a la gente sencilla” (Libro VII, cap. 21, n° 27).

## CONVERSIÓN AL ÚNICO Y VERDADERO DIOS

### Coloquio con el siervo de Dios Simpliciano

“Dios mío, (...) rompiste mis cadenas; te ofreceré un sacrificio de alabanza (cfr. Sal 115, 17). Voy a contar cómo las rompiste, para que al oír este relato, todos tus adoradores exclamen: ¡Bendito sea el Señor (cfr. Sal 71, 18) en el cielo y en la tierra, grande y admirable es su nombre! (cfr. Sal 8, 2.10; 75, 2) -.

Tus palabras se habían adherido a mis entrañas y el asedio que me habías puesto era total. (...) Lo que ahora andaba buscando no era una mayor certeza de ti, sino una mayor estabilidad en ti.

(...) El camino, que es el Salvador en persona (cfr. Jn 14, 6), me resultaba satisfactorio, pero aún sentía pereza al aventurarme por su angosto trazado (cfr. Mt 7, 14).

Entonces me sugeriste la idea, que a mis ojos resultaba buena, de acudir a Simpliciano, que me parecía un buen siervo tuyo. En él resplandecía tu gracia. A mis oídos había llegado la referencia

de su vida piadosísima, consagrada a ti desde la juventud. En la actualidad era ya un anciano.

Por eso pensé que una existencia tan larga, dedicada al estupendo ideal del seguimiento de tus caminos, supondría todo un montón de experiencias y un gran acervo de conocimientos. De hecho así era. Por eso quería yo entrevistarme con él y exponerle mis inquietudes, a fin de que me indicara el sistema adecuado para caminar por tus sendas en la situación anímica en que me hallaba.

(...) Por otra parte, yo sentía repugnancia y un profundo disgusto por toda mi actuación en el mundo. Me resultaba muy enojoso soportar su carga, dado que las pasiones ya no eran tan fogosas, ni me estimulaban tanto las expectativas de los honores y del dinero para aguantar un yugo tan pesado.

Frente a la dulzura y la belleza de tu casa, de la que yo estaba enamorado (cfr. Sal 25, 8), nada ejercía atractivo alguno sobre mí.

Pero era aún tenazmente atado a la mujer. Ya sé que el Apóstol no me prohibía el matrimonio, aunque me aconsejara seguir lo mejor, aspirando a que todos los hombres fueran como él (cfr. 1Cor 7, 25-38). Sin embargo yo, más débil, escogía el estado más blando. Ésta era la causa única y exclusiva de mi estado general de languidez.

(...) Pero tu mano derecha me rescató. Después de sacarme de entre ellos (de entre los que, conociendo a Dios, no le glorificaron ni le dieron gracias como a Dios), me instaló en un lugar donde convaleciera.

(...) Yo había encontrado ya la perla preciosa. Tenía que comprarla, aunque tuviera que vender todos mis bienes (cfr. Mt 13, 46). Pero dudaba” (Libro VIII, cap. 1, n° 1-2).

### ***Simpliciano narra la conversión del retórico Victorino***

“Me dirigí, pues, a Simpliciano, padre, según la gracia,

de Ambrosio, obispo a la sazón, y a quien éste amaba como a verdadero padre.

Le conté todas las alternativas de mi error. Y, cuando le hice una referencia a mis lecturas de algunos libros de los platónicos en su versión latina de Victorino, antaño retórico de Roma y muerto, según referencias, después de convertirse al cristianismo, me felicitó por no haber tropezado con los escritos de otros filósofos, atestados de falacias y mistificaciones a base de los elementos del mundo. En los platónicos, por el contrario, hay múltiples alusiones a Dios y a su Palabra.

Acto seguido, para exhortarme a la humildad de Cristo, escondida a los sabios y revelada a los sencillos (cfr. Mt 11, 25-26), evocó la personalidad de Victorino, a quien él había conocido y tratado muy de cerca en Roma.

De él me refirió algo que no quiero pasar por alto, porque constituye un estupendo motivo para confesar las alabanzas de tus gracias.

Este hombre poseía una vasta erudición y bien probada competencia en todas las doctrinas liberales. Había leído y criticado un número extraordinario de filósofos, había sido maestro de muchos y nobles senadores. Por todo ello, había sido acreedor de que le levantaran una estatua en el Foro, como distinción a su ilustre magisterio, honor que los hijos de este mundo consideran como algo extraordinario.

Hasta aquella época había sido adorador de los ídolos. (...) A estos dioses los había defendido durante muchos años el anciano Victorino con voz atronadora. Y este mismo anciano no tenía reparo alguno en hacerse ahora un niño de tu Cristo y un infante de tu fuente (cfr. Sal 35, 10; Jn 4, 14; Ap 21, 6), doblando su cuello (cfr. Si 51, 26) bajo el yugo de la humildad (cfr. Mt 11, 29; 18, 3-4) y agachando su frente al oprobio de la cruz (cfr. Gal 5, 11).

¡Oh Señor, Señor!, (...) ¿De qué métodos te serviste para penetrar en aquel pecho?

En expresiones de Simpliciano, este hombre leía la Sagrada Escritura e investigaba concienzudamente y a fondo toda la literatura cristiana. Le confesaba a Simpliciano, no en público, sino más en privado y de modo confidencial: «Quiero comunicarte una cosa: ya soy cristiano». Pero el otro le contestaba: «No me lo creeré ni te contaré entre los cristianos mientras no te vea en la iglesia de Cristo».

Victorino le replicaba medio en broma: «¿Es que las paredes hacen cristianos?». Solía repetir con frecuencia que ya era cristiano. Y Simpliciano le contestaba siempre del mismo modo, mientras Victorino esgrimía una vez más el estribillo de las paredes.

En realidad, Victorino tenía miedo de ofender a sus amigos, orgullosos adoradores de los demonios. (...) Pero luego, tras intensas lecturas e impaciencias, adquirió solidez y cogió miedo de que Cristo le negara delante de sus ángeles si él se acobardaba de confesarle ante los hombres (cfr. Lc 12, 9; Mc 8, 38; 10, 33).

Al sentirse reo de un gran crimen por avergonzarse de los sacramentos de la humildad de tu Palabra y no avergonzarse de los sacrificios sacrílegos a los demonios orgullosos, que él había aceptado e imitado con talante soberbio, depuso su actitud vergonzosa ante la vanidad y se ruborizó ante la verdad.

Sobre la marcha y como por sorpresa, según contaba Simpliciano, le dijo a éste: «¡Vamos a la iglesia! ¡Quiero ser cristiano!».

Éste, no cabiendo en sí de la alegría, se fue con él sin hacer preguntas.

Y, tan pronto como en la Iglesia adquirió instrucción sobre los misterios sagrados, sin pérdida de tiempo dio su nombre para obtener la regeneración bautismal, ante la sorpresa de Roma y la alegría de la Iglesia.

Los orgullosos lo veían y se ponían furiosos, rechinaban los dientes y se reconcomían (cfr. Sal 111, 10). Pero tu siervo había

puesto su esperanza en el Señor, y ya no reparaba en vanidades ni en locuras engañosas.

Por último, cuando llegó el momento de hacer la profesión de fe, que en Roma suele hacerse con determinadas fórmulas aprendidas de memoria y desde un lugar elevado en presencia del pueblo fiel, por los que van a acceder a tu gracia, los sacerdotes -contaba (Simpliciano)- le propusieron a Victorino que formulara esta profesión de fe en una ceremonia de carácter más privado, como se proponía de ordinario a aquellos de quienes se tenían fundadas sospechas de que la timidez les iba a jugar una mala pasada.

Pero Victorino prefirió hacer profesión de su salvación en presencia de la concurrencia santa, porque la salvación no estaba en la retórica que enseñaba, y sin embargo él la había enseñado públicamente. ¡Tanto menos debía temer, lógicamente hablando, a aquel manso rebaño tuyo, (Dios mío), al pronunciar tu palabra aquel que en sus propios discursos no se arredraba delante de las masas enloquecidas!

Así que, tan pronto como salió a recitar la fórmula de profesión de fe, todos los presentes paseaban su nombre de boca en boca con murmullos de aprobación. ¿Quién de los presentes no le conocía?

De la boca de todos cuantos exteriorizaban la alegría compartida salió un grito contenido: ¡Victorino! ¡Victorino!-. Espontáneo sonó este grito de júbilo, motivado por el gozo de verle. Repentino fue también el silencio que siguió por el deseo de oírle.

Él recitó la profesión de la fe verdadera con gran autodominio. Y todos querían llevárselo en su corazón, y se lo disputaban jaloneándolo con gestos de amor y alegría” (Libro VIII, cap. 2, nº 3-5).

### **Mayor es la alegría del hombre liberado de un peligro mayor**

“Dios bueno, ¿qué es lo que ocurre en el hombre para que se alegre de la salvación de un alma desesperada y liberada de un

peligro grave, mucho más que si siempre hubiera mantenido la esperanza o que el peligro hubiera sido más pequeño?

De hecho, tú mismo, Padre misericordioso, sientes mayor alegría por un pecador arrepentido que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse (cfr. Lc 15, 7).

(...) ¿Qué es, pues, lo que ocurre en el alma para que de hecho sienta mayor placer cuando encuentra o recobra las cosas queridas, que si siempre las hubiera tenido? Todo está lleno de testimonios que proclaman que la realidad es así.

Triunfa el general victorioso, pero no habría vencido si no hubiera peleado. Cuanto mayor fue el peligro que corrió en la batalla, tanto mayores son sus gozos y alegrías en el triunfo.

El temporal zarandea a los navegantes y aumenta el riesgo de naufragio. Todos palidecen ante una muerte inminente. Pero sobreviene la bonanza en el cielo y en el mar, y se sienten inundados de alegría, porque el susto fue de marca mayor.

Enferma un ser querido y el pulso indica su mal. Todos los que desean su recuperación se enferman anímicamente junto con él. Vuelve a sentirse bien, y aunque no camine con la energía y el vigor de antes, es tal su alegría, que no la tuvo nunca igual cuando estaba sano y caminaba con paso firme. (...) Siempre la alegría más desbordante va precedida de un tormento mayor” (Libro VIII, cap. 3, n° 6-8).

### **La conversión de personajes ilustres alegra a muchos y es causa de salvación**

“(...) Cuando el gozo es compartido por muchos es más intenso en cada uno en particular, pues el afecto y el entusiasmo son contagiosos. Por último, los hombres que gozan de notoriedad entre las masas gozan asimismo de prestigio entre mucha gente en orden a la salvación, por su ascendiente entre los partidarios.

(...) ¡Lejos, pues, de mí el pensar que en tus tiendas se acoja a los ricos prefiriéndolos a los pobres, o a los aristócratas prefiriéndolos a los plebeyos (cfr. Dt 1, 17; 16, 19; Si 42, 1; St 2, 1-9). Más bien ocurre lo contrario: has escogido la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes, y lo plebeyo del mundo, la basura, lo que no era, para anular a lo que es (cfr. 1Cor 1, 27-29). Incluso el más pequeño de tus Apóstoles (cfr. 1Cor 15, 9), de cuya lengua te serviste para propagar estas palabras, una vez que dismanteló con su estrategia la soberbia del procónsul Paulo haciéndole pasar bajo el yugo suave de Cristo (cfr. Mt 11, 29-30), y convirtiéndole en simple vasallo del gran Rey, quiso tomar como divisa, en memoria de una victoria tan sonada, el nombre de Paulo en sustitución del de Saulo, que había ostentado hasta la fecha. En efecto, mayor es la victoria sobre un enemigo cuando éste es más poderoso y por eso mismo domina a muchos.

Justamente por eso, cuanto más atractiva resultaba la contemplación del corazón de Victorino, (...) tanto más desbordante tenía que ser el júbilo de tus hijos, porque nuestro Rey había encadenado al fuerte (cfr. Mt 12, 29)” (Libro VIII, cap. 4, nº 9).

### **Dos voluntades disgregaban el alma de Agustín, dominada por una mala costumbre**

“A partir del momento en que tu siervo Simpliciano concluyó su relato sobre Victorino, ardí de deseos de imitarle. Tal era el objetivo que se había propuesto Simpliciano al contarme el caso de este hombre.

Cuando momentos después añadió el detalle de que, en tiempos del emperador Juliano, se había dado una ley prohibiendo a los cristianos dictar cátedra de literatura y oratoria, y de que él (Victorino), acatando esta ley y prefiriendo alejarse de la escuela

de la locuacidad a alejarse de tu Palabra con la que tú (Dios mío), haces elocuentes las lenguas de los niños (cfr. Sb 10, 21; Mt 21, 16), él no me apareció más valiente que afortunado, porque encontró la ocasión de dedicarse a ti.

Idénticas eran mis aspiraciones por liberarme yo, que me veía inmovilizado no con grillos extraños, sino por el férreo cepo de mi propia voluntad.

Mi voluntad estaba en manos del enemigo. De ella se había forjado una cadena con que me tenía bien atado. En efecto, de la voluntad pervertida nace la pasión, de servir a la pasión nace la costumbre, y de la costumbre no combatida surge la necesidad. Con estos, a modo de eslabones pequeños, íntimamente trabados entre sí -por eso la he llamado cadena-, me tenía bien cogido una dura esclavitud.

En cuanto a mi voluntad nueva, ese deseo que acababa de estrenar, de ponerme a tu servicio gratuitamente y de gozar de ti, Dios mío, único gozo que ofrece garantías, aún no me sentía capaz de vencer a la primera, que se había ido reforzando con los años.

De este modo, mis dos voluntades, una vieja y otra nueva (cfr. Ef 4, 22-24; Col 3, 9-10), una carnal y otra espiritual (cfr. Rm 7, 14; 1Cor 3, 1), peleaban entre sí. Este antagonismo destrozaba mi alma.

(...) Yo me encontraba (...) entre ambas voluntades beligerantes, pero la mayor parcela de mi yo estaba situada más en aquello que aprobaba en mí, que en aquello que en mí desaprobaba.

(...) Tampoco me valía ya aquella excusa con que solía persuadirme a mí mismo, alegando que si aún no me había puesto a tu servicio despreciando el mundo era porque no tenía un conocimiento claro de la verdad. Ya lo tenía, y bien claro. Pero yo, apegado aún a la tierra, rehusaba militar en tus filas (cfr. 2Tim 2, 4). Tenía miedo de desembarazarme de todo el bagaje, cuando lo que hay que temer es ser impedido por él.



(...) Ya no me quedaba respuesta que dar a tu intimación: «¡Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará» (Ef 5, 14). (...) Sólo me salían palabras lentas y soñolientas: ¡Ahora mismo! ¡Ahora, enseguida! ¡Espera un poquito más!-. Pero este «¡ahora mismo!» y este «¡enseguida!» iban para largo.

(...) ¡Infeliz de mí! ¿Quién me libraría de este cuerpo mortal, sino tu gracia por medio de Jesucristo nuestro Señor? (cfr. Rm 7, 24-25)” (Libro VIII, cap. 5, nº 10-12).

## Relato de Ponticiano a Agustín y Alipio

### *Ocupaciones y tiempo libre de Agustín, Alipio y Nebridio*

“Voy a contar, Señor, también el procedimiento que empleaste para liberarme de las ataduras del deseo de unión carnal que me tenía cogido, y de la esclavitud de las ocupaciones mundanas.

(...) Yo actuaba como de ordinario, pero con una angustia progresiva. Diariamente dirigía mis suspiros hacia ti y frecuentaba tu iglesia en la medida en que me lo permitían las ocupaciones bajo cuyo peso me lamentaba.

En mi compañía estaba Alipio, libre ya de sus actuaciones judiciales tras la gestión de su tercera asesoría jurídica. Se hallaba a la espera de alguien a quien vender de nuevo sus consejos, lo mismo que yo vendía las técnicas de la elocuencia, suponiendo que ésta pueda transmitirse mediante enseñanza.

En cuanto a Nebridio, accediendo a los ruegos de nuestra amistad, se había hecho cargo, en calidad de adjunto, de la cátedra de Gramática que Verecundo, ciudadano y gramático de Milán, íntimo amigo nuestro, regentaba. Éste deseaba con todo interés y solicitaba por derecho de familiaridad un auxiliar de confianza tomado de entre los componentes de nuestro grupo. Estaba realmente muy necesitado de él. No fue, pues, el afán de

mayor retribución económica lo que movió a Nebridio a ir allá (...)” (Libro VIII, cap. 6, nº 13).

### ***Ponticiano cuenta acerca del monje Antonio***

“Cierta día, pues, -no recuerdo los motivos de la ausencia de Nebridio-, llegó a casa a vernos a Alipio y a mí un tal Ponticiano, africano y compatriota nuestro, que a la sazón desempeñaba un alto cargo en la corte. En realidad no sé qué pretendía de nosotros.

Casualmente, encima de la mesa de juego que teníamos delante vio un códice. Lo cogió, lo abrió y vio que se trataba de las cartas del Apóstol Pablo. Se quedó sorprendido, porque había estimado que se trataría de uno de tantos textos que mi profesión me obligaba a consultar. Sonriéndose y mirándome con actitud complaciente, manifestó su sorpresa por haberse topado de improviso, delante de mis ojos, precisamente con ese libro y con ningún otro más. Él era cristiano, estaba bautizado y muchas veces se postraba ante ti, Dios nuestro, en la iglesia con reiteradas y copiosas oraciones.

Tan pronto como le expresé mi personal interés por aquellos escritos, surgió la conversación, llevando él la voz cantante, sobre Antonio<sup>29</sup>, monje de Egipto, cuyo nombre gozaba de meritoria fama entre tus siervos, pero que nosotros desconocíamos hasta ese preciso momento. Al darse cuenta de que así era, se demoró en aquella conversación, informándonos sobre una personalidad tan importante, dada nuestra ignorancia sobre el tema, cosa que a él le causó profunda extrañeza.

---

<sup>29</sup> Se refiere a San Antonio Abad († 356), conocido como el padre del monaquismo de Oriente y de Occidente. San Atanasio († 373), Patriarca de Alejandría y primado de todo Egipto, lo conoció personalmente y escribió su biografía (“*Vida de Antonio*”, año 357). De San Antonio Abad han llegado hasta nosotros siete “*Cartas*” (dirigidas a sus discípulos) y algunos “*Dichos*”.

Quedamos boquiabiertos, oyendo tus portentos (cfr. Sal 144, 5), tan documentados, de tan reciente memoria y tan próximos a nuestra época, realizado en la fe verdadera y dentro de la Iglesia Católica.

Todos nos quedamos maravillados: nosotros por tratarse de hechos tan notables; él, de nuestra ignorancia sobre el particular” (Libro VIII, cap. 6, n° 14).

### ***Qué le sucedió a Ponticiano y a sus tres amigos durante un paseo en la campiña de Tréveris***

“De aquí derivó la conversación sobre las comunidades monásticas, sobre sus costumbres impregnadas de tu buen olor, (Dios mío), sobre los fértiles desiertos del yermo, de los que no teníamos la más remota idea. Y, lo que es más extraordinario, incluso extramuros de Milán había un monasterio poblado de buenos hermanos bajo la dirección de Ambrosio, y nosotros no lo sabíamos.

Alargaba él la conversación, y nosotros le escuchábamos en silencio. En contexto con lo anterior, incidentalmente nos contó que, en cierta ocasión -no recordaba ahora la fecha exacta-, él y tres camaradas suyos en la ciudad de Tréveris, mientras el emperador se entretenía asistiendo a los espectáculos circenses de la tarde, salieron a dar un paseo por unos huertos contiguos a las murallas. Se pusieron a pasear emparejados al azar: uno en compañía de Ponticiano, y los otros dos formando grupo aparte. Tomaron caminos divergentes. Estos últimos, paseando sin rumbo fijo, toparon con una cabaña donde habitaban algunos siervos tuyos, pobres de espíritu, de quienes es el Reino de los Cielos (cfr. Mt 5, 3).

En esta cabaña encontraron un códice en que se halla escrita la «*Vida de Antonio*»<sup>30</sup>. Uno de los dos comenzó a leerla, y acto

---

<sup>30</sup> Se trata de la biografía del gran asceta del desierto y padre del monaquismo de Oriente y Occidente, San Antonio Abad (ca. 251-356), escrita por San Atanasio de Alejandría.

seguido a admirarse, a entusiasmarse y a pensar, mientras leía, en abrazar aquel género de vida, en servirte a ti y en abandonar las ocupaciones seculares. Ambos pertenecían al rango de funcionarios que se denominaban administrativos.

En aquellos momentos, embargado de repente de un amor santo y de una vergüenza honesta, a la vez enfadado consigo mismo, clavó sus ojos en el amigo y le dijo: -¿Me quieres decir, por favor, adónde queremos ir con todos nuestros afanes? ¿Qué pretendemos? ¿Qué objetivos persiguen nuestras actividades? Incluso en palacio, ¿pueden nuestras aspiraciones soñar algo más alto que pertenecer al rango de los amigos del emperador? Y en la vida misma de palacio, ¿hay algo que no sea inconsistente ni esté plagado de peligros? ¿Qué cantidad de riesgos hay que correr para llegar a un riesgo aún mayor! Y yo me pregunto ahora: ¿cuándo tendrá lugar todo eso a lo que aspiramos? En cambio, si quiero, puedo ahora mismo ser amigo de Dios (cfr. St 2, 23)-. Tales fueron sus palabras.

Aturdido, con las ansias de parto de una vida nueva, volvió los ojos a las páginas del libro. A medida que iba leyendo, iba operándose una profunda transformación en su interior, que es donde tú ves, (Dios mío). Y su mente se iba despojando del mundo, como pudo verse poco después. En efecto, mientras leía y crecía el oleaje de su corazón, lanzaba sollozos esporádicos. Vio con clarividencia y decidió lo que era mejor.

Ya amigo tuyo, le dijo al suyo: -Yo ya he roto con todas aquellas expectativas nuestras y he resuelto servir a Dios. Y lo he decidido desde ahora mismo. Voy a poner manos a la obra en este mismo sitio. Si tú no te sientes animado a imitarme, no te pongas-.

El otro respondió que quería asociársele para compartir la estupenda recompensa de tan alto servicio. Y estos dos hombres, ya tuyos, se habían puesto a construir la torre con fondos adecuados (cfr. Lc 14, 28), abandonándolo todo y siguiéndote (cfr. Mt 19, 27-29. Lc 5, 11.28).

A esta sazón, Ponticiano y su compañero, que se paseaban por otros parajes del huerto, yendo en busca de los otros, llegaron al mismo lugar. Les aconsejaron el regreso, puesto que el día caminaba a su fin.

Entonces ellos, exponiéndoles su proyecto y la resolución que habían tomado, cómo había surgido en ellos y cómo había ido tomando cuerpo, les rogaron que no manifestaran su oposición, si personalmente rehusaban unirse a ellos.

Pero los recién llegados, sin cambiar en nada su tenor de vida, lloraron sobre sí mismos -así se expresaba Ponticiano-, les felicitaron afectuosamente y se encomendaron a sus oraciones. Arrastrando su corazón por tierra, volvieron a palacio, mientras los otros se quedaron en la cabaña, anclando su corazón en el Cielo. Ambos tenían novias, y cuando éstas se enteraron de lo sucedido, ellas también te consagraron su virginidad” (Libro VIII, cap. 6, nº 15).

### ***Agustín se siente miserable y turbado***

“Hasta aquí el relato de Ponticiano.

Y tú, Señor, entre palabra y palabra, hacías que me replegara y me retorciera sobre mí mismo, (...) para carearme conmigo mismo y contemplar lo feo, deforme, sucio, manchado y ulceroso que estaba.

Mi propia visión me infundía horror, pero no tenía adónde huir de mí mismo. Al menor intento de apartar mi vista de mí, proseguía Ponticiano con su relato, y tú volvías a hacer que me careara conmigo mismo. Me restregabas contra mis propios ojos para que descubriese mi iniquidad y la odiase. Ya la conocía, pero hacía la vista gorda, la mantenía bien oculta y me olvidaba de ella.

Pero en aquellos momentos, cuanto mayor era el amor que sentía por aquellos de quienes oía contar las sanas efusiones

de haberse entregado a ti, para que tú los sanaras totalmente, tanto más virulento era el odio que tenía contra mí mismo al compararme con ellos.

Muchos eran los años que habían ido desvaneciéndose conmigo -quizá doce- desde que, cumplidos los diecinueve, tras leer el «*Hortensio*» de Cicerón, me había sentido estimulado al estudio de la sabiduría. Es el caso que iba dando largas a la tarea de su búsqueda y al desprecio de la felicidad terrena, cuando de hecho, no ya el hallazgo de la sabiduría, sino la simple búsqueda debería haber gozado de prioridad frente a todos los tesoros, todos los reinos de las naciones y todos los placeres corporales.

(...) Y yo, desventurado mozalbeta, sí, desventurado de verdad, en los mismísimos comienzos de mi adolescencia había llegado a pedirte incluso la castidad y te había dicho: -Dame la castidad y la continencia, pero no ahora-. Temía que me escucharas enseguida y me sanaras de la enfermedad de la concupiscencia, cuando lo que yo quería era satisfacerla, no extinguirla.

(...) Pensaba yo que la razón de diferir de un día para otro el momento de seguirte únicamente a ti, desdeñando toda expectativa mundana, era la falta de algo seguro adonde encaminar mis pasos. Pero había llegado el día en que me hallaba desnudo ante mí mismo y en que mi conciencia me echaba en cara: -¿Dónde están tus bravatas? Tú andabas diciendo por ahí que no estabas dispuesto a sacudir la carga de la vanidad por no estar seguro de la verdad. El caso es que ya estás seguro de la verdad y, sin embargo, la vanidad sigue avasallándote-.

(...) En medio de estas reflexiones me reconcomía interiormente. Me invadía una confusión tremenda mientras Ponticiano continuaba su relato.

Una vez que acabó de hablar y que me ventiló el asunto que le había traído, se marchó.

Y entonces es cuando yo me encaré conmigo mismo. ¡Qué cosas me dije! ¡Con qué pensamientos restallantes como azotes

flagelé mi alma para ver si me seguía en mi intento de ir en pos de ti! Pero ella se resistía. Rehusaba acompañarme, sin alegar excusa alguna. Ya estaban agotados y rebatidos todos los argumentos. Sólo quedaba un temblor mudo. Mi alma sentía verdadero pánico de verse apartada de la costumbre que la consumía hasta matarla” (Libro VIII, cap. 7, n° 16-18).

### ***¿Qué sucedió después en la casa, en el pequeño jardín adonde Agustín subió junto con Alipio?*** <sup>31</sup>

“Entonces, en medio de aquella encarnizada pelea con mi alma en los interiores de mi casa, y que yo había atizado con decisión en la intimidad de mi corazón, alterado tanto mi rostro como mi mente, abordé a Alipio exclamando: - Pero, ¿qué es lo que nos pasa? ¿Qué significan esas palabras que acabas de oír? Se levantan los indoctos y conquistan el Cielo (cfr. Mt 11, 12), y ahí tienes: ¡nosotros, con toda nuestra ciencia, pero sin corazón, nos revolcamos en la carne y en la sangre (cfr. 1Cor 15, 50)! ¿O es que sentimos vergüenza de seguirlos porque se nos han adelantado, y no nos da vergüenza siquiera el no seguirlos?-.

Dije no sé cuántas cosas por el estilo, pero me arrancó de su lado mi propia agitación, quedándose él desconcertado y contemplándome en silencio. Mi lenguaje en estos momentos no era el acostumbrado. La frente, las mejillas, los ojos, el color, la modulación de la voz reflejaban el estado de mi ánimo con mayor claridad que las palabras que lograba articular.

En la residencia donde nos hospedábamos había un jardincillo. Disfrutábamos de él como del resto de la casa por no ocuparlos su propietario. Allí me había llevado el tumulto

---

<sup>31</sup> El verbo “subir” usado aquí deja entender que el jardincito de la casa se encontraba en un lugar elevado respecto del resto de la residencia.

interior, donde nadie interfiriera el encarnizado combate que había entablado conmigo mismo y cuyo desenlace tú conocías, yo no. Lo único que hacía era volverme loco, pero de una locura saludable. Estaba muriendo para vivir. Sabía lo malo que estaba, pero no sabía lo bueno que iba a estar dentro de poco.

Me retiré, pues, al jardín. Alipio iba detrás de mí, pisándome los talones. En presencia suya mi secreto no dejaba de ser secreto. ¿Y cómo iba a abandonarme él, viéndome presa de tal agitación?

Nos sentamos lo más lejos que pudimos del inmueble. Mi espíritu vibraba indignado, con una rabia que era un auténtico torbellino, y todo porque no llegaba a un acuerdo contigo, Dios mío.

(...) ¡Que desaparezcan de tu vista, Señor, como desaparecen los fanfarrones y embaucadores (cfr. Tit 1, 10) de inteligencias, aquellos que cuando en el acto de deliberar observan dos voluntades, concluyen la existencia de dos naturalezas que se corresponden a estas dos almas: una buena y una mala! ¡Ellos sí que son malos al pensar en teorías tan detestables!

(...) Cuando yo deliberaba sobre mi entrega al servicio del Señor mi Dios, tal como ya tenía programado desde hacía mucho tiempo, era yo el que quería y yo el que no quería. Era yo mismo. Pero mi querer no era total y mi no querer tampoco lo era. Tal era el origen del conflicto que tenía conmigo mismo. Era yo mismo el que me estaba destrozando.

(...) Que se conviertan a la verdad y no nieguen que, cuando alguien delibera, es una sola alma la que fluctúa agitada por voluntades diversas. (...) Es la misma alma la que quiere esto o lo otro, pero no lo hace con una voluntad total. Por eso se desgarran con profunda angustia cuando la verdad le hace preferir una cosa y la costumbre no le permite dejar otra” (Libro VIII, cap. 8, nº 19; y cap. 10, nº 22-24).



## Agustín indeciso y contemporizador

“Aquejado espiritualmente de esta enfermedad, me atormentaba más de lo ordinario. (...) Yo decía para mis adentros: -¡Rápido! ¡Ya! ¡Ahora mismo!-; de la palabra me encaminaba a la ejecución. Ya estaba casi a punto de hacerlo, pero no lo hacía.

Sin embargo, ya no reincidía en mis acciones pasadas. (...) Y asimismo intentaba de nuevo, y me faltaba poco, cada vez menos, para llegar allí, a la meta, y ya la tocaba con la punta de los dedos y ya la hacía mía; pero no llegaba a la meta, ni la tocaba con la punta de los dedos, ni la hacía mía.

Dudaba entre morir a la muerte y vivir a la vida. Tenía más vigor en mí el mal inoculado que el bien inhabitual. Y cuanto más se me acercaba el momento en que yo iba a ser otro distinto, tanto mayor horror me infundía. Cierto que no llegaba a arredrarme y menos a disuadirme, pero me dejaba paralizado en el sitio.

Me retenían frivolidades de frivolidades y vanidades de desatinados. Estas viejas amigas mías tiraban del vestido de mi carne y me decían por lo bajo: -¿Con que nos dejas, eh? ¿Es cierto que a partir de ahora ya nunca vamos a estar contigo? ¿Es cierto que a partir de ahora nunca más te será lícito esto y lo otro?-

¡Hay que ver el cúmulo de sugerencias que había en aquellas palabras «esto y lo otro» que acabo de consignar! ¡Qué sugerencias, Dios mío! ¡Que tu misericordia las aleje del alma de tu siervo! ¡Qué inmundicias me sugerían, qué indecencias! (...) La costumbre brutal y agresiva continuaba diciéndome: -¿Te crees que podrás vivir sin ellas?-.” (Libro VIII, cap. 11, nº 25-26).

### *Exhortación a guardar la continencia*

“Pero estas últimas palabras eran ya muy apagadas. Del lado adonde tendía mi vista y en dirección al punto adonde

temía dirigir mis pasos, iba abriéndose paso la casta majestad de la continencia, serena y sonriente, sin malicia. Recatada y suavemente, me invitaba a que me acercara a ella sin miedo, extendiendo sus manos piadosas, llenas de infinidad de buenos ejemplos, dispuestas a acogerme y darme el abrazo. Allí había infinidad de niños y niñas, allí había profusión de jóvenes y de grupos de toda edad, viudas venerables y vírgenes de blancos cabellos.

En todos estos grupos, la continencia no era algo estéril, ni mucho menos, sino madre fecunda de hijos (cfr. Sal 112, 9), que eran los gozos obtenidos de ti, que eres su esposo.

Y se burlaba de mí con una burla de estímulo, como si dijera: -¿Acaso no podrás tú lo que han podido éstos y éstas? ¿O es que éstos y éstas lo pueden por sí mismos, y no apoyándose en el Señor su Dios? El Señor su Dios me ha entregado a ellos. ¿Por qué te apoyas en ti mismo, si careces de estabilidad? Lánzate en Él. No temas, que no se retirará para que caigas. Lánzate tranquilo, que Él te acogerá y te sanará.

Yo me sentía muy avergonzado. (...) Este debate que se desarrollaba en mi corazón era un debate exclusivo de mí mismo contra mí mismo. Alipio, por su parte, se mantenía continuamente a mi lado, esperando en silencio el desenlace de mi insólito nerviosismo” (Libro VIII, cap. 11, nº 27).

### ***Agustín implora con muchas lágrimas la misericordia de Dios***

“Pero cuando, desde los fondos más secretos de mi ser, en virtud de una profunda consideración, amontoné todo aquel cúmulo de miserias mías y las puse a la vista de mi corazón, se formó una borrasca enorme que se resolvió en abundante lluvia de lágrimas.

(...) Me levanté alejándome de Alipio (...). Me retiré lo más lejos que pude, para que incluso su presencia física no constituyera

obstáculo para mí. (...) Él se quedó en el lugar donde estábamos sentados. Me hallaba demasiado aturdido. Caí derrumbado a los pies de una higuera. No recuerdo los detalles del cómo. Solté las riendas de mis lágrimas.

(...) Si no con estas precisas palabras, sí con este sentido, te dije, (Dios mío), cosas como éstas -¿Hasta cuándo voy a seguir diciendo «mañana», «mañana»? ¿Por qué no ahora mismo? ¿Por qué no poner fin ahora mismo a mis torpezas?-. (Libro VIII, cap. 12, nº 28).

### **¡Toma y lee!**<sup>32</sup>

“Tales eran mis exclamaciones, y las lágrimas dolorosas y amargas de mi corazón. De repente, oigo una voz procedente de la casa vecina, una voz no sé si de un niño o una niña, que decía cantando y repitiendo a modo de estribillo: -¡Toma y lee! ¡Toma y lee!-.

En ese momento, con el semblante alterado, comencé a reflexionar atentamente si acostumbran los niños en algún tipo de juegos a cantar ese sonsonete, pero no recordaba haberlo oído nunca. Conteniendo, pues, la fuerza de las lágrimas, me incorporé, interpretando que el mandato que me venía de Dios no era otro que abrir el códice y leer el primer capítulo con que topase.

Por otra parte, las referencias que me habían llegado de Antonio<sup>33</sup> apuntaban a que una lectura del Evangelio que había oído por casualidad la había considerado como dicha expresamente para él. La lectura era ésta: «Vete, vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo.

---

<sup>32</sup> “Tolle, lege”.

<sup>33</sup> Cfr. la biografía de San Antonio Abad escrita por San Atanasio, Obispo de Alejandría y Doctor de la Iglesia († 373).

Y luego ven, y sígueme» (cfr. Mt 19, 21). Este oráculo provocó su inmediata conversión.

Así, pues, me apresuré a acudir al sitio donde se encontraba sentado Alipio. Allí había dejado el códice del Apóstol cuando de allí me levanté. Lo cogí, lo abrí y en silencio leí el primer capítulo que me vino a los ojos: «*Nada de comilonas ni borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos, más bien, del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias*» (Rm 13, 13-14).

No quise leer más, ni era preciso. Al punto, nada más acabada la lectura de este pasaje, sentí como si una luz de seguridad se hubiera derramado en mi corazón, ahuyentando todas las tinieblas de mi duda.

A continuación, (...) le conté a Alipio todo lo sucedido. Por su parte, me contó lo que también a él le estaba pasando y que yo desconocía.

Me rogó que le mostrara lo que había estado leyendo. Se lo enseñé, y él prosiguió la lectura del pasaje que venía a continuación. El texto era el siguiente: «*Acoged al que es débil en la fe*» (Rm 14, 1). Él se aplicó a sí mismo estas palabras y así me lo dio a entender. (...) Sin azoramiento ni vacilación de ningún tipo, se unió a mí.

Acto seguido, nos dirigimos los dos hacia mi madre. Se lo contamos todo. Se llenó de alegría. Le contamos cómo había ocurrido todo: saltó de gozo, celebró el triunfo, bendiciéndote a ti que eres poderoso para hacer más de lo que pedimos y comprendemos (cfr. Ef 3, 20). Estaba viendo con sus propios ojos que le habías concedido más de lo que ella solía pedirte con sollozos y lágrimas piadosas.

Me convertiste a ti de tal modo, que ya no me preocupaba de buscar esposa ni me retenía esperanza alguna de este mundo. Por fin, ya estaba situado en aquella regla de fe en que, hacía tantos años, le había revelado que yo estaría.

Cambiaste su luto en gozo (cfr. Sal 29, 12), en un gozo mucho más pleno de lo que ella había deseado, en un gozo mucho más íntimo y casto que el que ella esperaba de los nietos de mi carne” (Libro VIII, cap. 12, n° 29-30).

## BAUTIZO Y REGRESO A ÁFRICA

### En el retiro de Casiciaco<sup>34</sup>

“Señor, yo soy tu siervo y el hijo de tu sierva. Has roto mis cadenas, y yo voy a ofrecerte un sacrificio de alabanza (cfr. Sal 115, 16-17).

(...) Todo el fondo del problema estribaba en esto: en dejar de querer lo que yo quería y en comenzar a querer lo que tú querías (cfr. Mt 26, 39; Mc 14, 36).

Y yo me pregunto ahora: ¿dónde se hallaba mi libre albedrío durante el lapso de tantos años? ¿De qué escondite profundo y secreto se le sacó en aquel momento para que yo sometiera mi cuello a tu yugo suave y mis hombros a tu carga ligera (cfr. Mt 11, 30), Cristo Jesús, ayudador mío y redentor mío?

¡Qué dulce me resultó de golpe carecer de la dulzura de las frivolidades! Antes tenía miedo de perderlas, ¡y ahora me gustaba dejarlas! Eras tú quien las ibas alejando de mí. Tú, suavidad verdadera y suprema, las desterrabas lejos de mí y entrabas en lugar de ellas. (...) Mi espíritu estaba libre ya de las angustias inquietantes que entrañan la ambición, el dinero, el revolcarse y el rascarse la sarna de las pasiones. Y platicaba contigo, Señor,

---

<sup>34</sup> Casiciaco era una finca a unos treinta kms. de Milán (cfr. Beretta, Roberto. *Il nuovo Patrono della Brianza*. En: “Avvenire on line”, 23 de setiembre de 2009) y hoy corresponde al pueblo de Cassago Brianza, de unos 4.000 habitantes, perteneciente a la recién creada provincia de Lecco.

Dios mío, claridad mía, mi riqueza y mi salvación” (Libro IX, cap. 1, nº 1).

### *A la espera de las vacaciones*

“En presencia tuya opté no por una ruptura espectacular con el mercado de la charlatanería, sino por ir sustrayéndome poco a poco de la actividad propia del mercado de la palabrería.

Tomé esta decisión para que en lo sucesivo todos aquellos jóvenes que se ejercitan no precisamente en tu ley ni en tu paz, sino en delirios falaces y en disputas forenses, no compraran de mi boca armas para su frenesí.

Casualmente faltaban ya pocos días para las vacaciones de la vendimia<sup>35</sup>. Opté, pues, por aguantar esos pocos días, para retirarme como era habitual en tales circunstancias. De este modo, una vez rescatado por ti, (mi Dios), ya no volvería a venderme.

Estos planes los conocías tú. Fuera de los nuestros, nadie estaba enterado de ellos. Incluso entre nosotros habíamos llegado al acuerdo de no dar publicidad del hecho de manera indiscriminada ante cualquiera (...), para defendernos de las lenguas pérfidas (cfr. Sal 119, 2-4).

(...) Tuve la impresión de que mi actitud tendría visos de pedantería si, en vez de esperar la época de las vacaciones ya inminentes, nos retirábamos con antelación de una profesión pública y expuesta a las miradas de todos. Con tal gesto habría atraído todas las miradas y comentarios de cuantos tenían los ojos puestos en mí. Dirían la mar de cosas. Por ejemplo, que había querido adelantarme a las vacaciones de la vendimia para darme importancia” (Libro IX, cap. 2, nº 2-3).

---

<sup>35</sup> En el norte de Italia la vendimia suele realizarse en otoño, por el mes de octubre.

## *En ese entonces Agustín sufría de dolores al pecho*

“(…) A mayor abundamiento, aquel mismo verano<sup>36</sup> comenzaron a resentirse mis pulmones debido al exceso de trabajo académico. Empezaba a tener dificultades respiratorias. Los dolores de pecho eran un síntoma de que estaba lesionado. Esta lesión me impedía hablar con mayor claridad y ejercitar la palabra en sesiones prolongadas.

Al principio, esta situación me puso en aprieto, porque era casi como forzarme a abandonar el ejercicio del profesorado.

Ante la posibilidad de una curación o de una convalecencia, me obligaba por lo menos a una interrupción. Pero, desde el momento en que tomó consistencia en mí la firme resolución -tú lo sabes, Dios mío- de dedicar mi tiempo libre a considerar que tú eres el Señor, hasta llegué a alegrarme de que se me hubiera presentado esta excusa no fingida, que atemperaba el malhumor de aquellas personas que, en atención a sus hijos, pretendían que yo no gozara nunca de libertad.

Por eso, lleno de tal alegría, soportaba con paciencia que transcurriera aquel período de tiempo, aproximadamente unos veinte días, según creo” (Libro IX, cap. 2, nº 4).

## *Ansiedad de Verecundo*

“Verecundo<sup>37</sup> se consumía de congoja al ver la dicha que teníamos. Veía que ineludiblemente tenía que abandonar nuestra compañía a causa de los lazos que con insistencia lo aprisionaban.

---

<sup>36</sup> El verano en Italia abarca los meses de julio, agosto y setiembre.

<sup>37</sup> Se nos revela aquí no sólo el nombre del dueño de la finca de Casiciaco donde se alojaba Agustín con sus amigos, sino también algunos importantes rasgos de su alma generosa.

Aún no era cristiano, pero estaba casado con una mujer creyente. Era ella precisamente la que constituía el mayor obstáculo -sin contar los demás- que le impedía el acceso al camino que nosotros habíamos emprendido. Decía que no quería ser cristiano de otro modo, sino sólo de aquel en que le era imposible serlo.

Pero su oferta fue generosa: que viviéramos en su finca, mientras durara nuestra estancia allí. Tú, Señor, se lo pagarás el día de la recompensa de los justos (cfr. Lc 14, 14).

(...) En ausencia nuestra, cuando ya estábamos en Roma, atacado en su cuerpo por la enfermedad, durante el transcurso de ésta se hizo cristiano y se bautizó, partiendo luego de esta vida.

Esto constituyó, por su parte, un rasgo de piedad no sólo a favor suyo, sino también para con nosotros, ahorrándonos sufrimientos y dolores intolerables al tener que pensar en la generosidad exquisita de aquel amigo sin poder contarlo entre los miembros de tu rebaño.

¡Gracias, Dios nuestro! (...) Fiel a las promesas y a cambio de aquella finca de Casiciaco, donde descansamos en ti de la batahola del mundo, le darás a Verecundo la amenidad de tu paraíso de eterna primavera” (Libro IX, cap. 3, nº 5).

### ***Nebridio también, poco después, se hace católico***

“(…) Nebridio compartía nuestro gozo. (...) Era un investigador apasionado de la verdad. No mucho después de nuestra conversión y regeneración por el bautismo, también él se bautizó y se hizo católico y, tras servirte en África junto a los suyos en castidad y continencia perfectas, y después de haber convertido a la fe cristiana a toda la familia, lo liberaste de los lazos de la carne. Ahora vive en el seno de Abrahán (cfr. Lc 16, 22) (...). Allí vive mi Nebridio, mi dulce amigo, pero también hijo adoptivo tuyo, de liberto que era. Porque, ¿qué otro lugar sería adecuado para



un alma de tal temple? Allí vive, en aquel lugar sobre el que solía plantearme muchos interrogantes a mí, hombrecillo inexperto. Es infinitamente feliz. Pienso, no obstante, que su embriaguez de sabiduría no le llevará a olvidarse de mí, ya que tú, Señor, que eres su bebida, te acuerdas de nosotros (cfr. Sal 135, 23).

Tal era nuestra situación.

De un lado, consolábamos a Verecundo, apenado, sin perjuicio de la amistad, por nuestra conversión. Le exhortábamos a que aceptase la fe dentro de su propio estado, es decir, en la vida conyugal.

Por otra parte, estábamos a la expectativa de Nebridio, a ver si se decidía a seguirnos. Tenía facilidades para hacerlo, y estaba ya casi a punto cuando, por fin, transcurrieron aquellos días que se me habían hecho tan largos anhelando aquella libertad del tiempo libre, para cantarte desde lo más profundo de mi ser: «*Mi corazón te ha dicho: -He buscado tu rostro; tu rostro buscaré, Señor.-*» (Sal 26, 8)” (Libro IX, cap. 3, n° 6).

### ***Actividad de Agustín durante su permanencia en la finca de Casiciaco***

“Por fin llegó el día de mi liberación efectiva de la profesión de retórico, de la que ya me sentía espiritualmente libre. En efecto, librate mi lengua de aquella actividad de que habías liberado ya mi corazón. Camino de la casa de campo adonde me dirigía con todos mis amigos, te colmaba de bendiciones lleno de alegría.

Mis actividades literarias, puestas ya totalmente a tu servicio, (...) quedan atestiguadas en los libros producto de las discusiones con mis amigos presentes y conmigo mismo a solas en presencia tuya. Mi epistolario intercambiado con Nebridio indica claramente los temas que traté con él.

¿Cuándo tendré tiempo suficiente para recordar y poner por escrito todos tus grandes beneficios para con nosotros en aquel

período de tiempo, teniendo como tengo prisa para recordar otros mayores?

(...) También recuerdo el modo con que sometiste a Alipio mismo, hermano de mi corazón, al nombre de tu Unigénito Jesucristo, Señor y Salvador nuestro (cfr. 2Pe 3, 18)” (Libro IX, cap. 4, nº 7).

### ***Agustín lee los Salmos de David***

“(…) ¡Qué voces te di, Dios mío, leyendo los Salmos de David, esos cantos de fe, esas cadencias de piedad que están en tan marcado contraste con todo espíritu de orgullo!

Todavía no era más que un novicio en tu auténtico amor, un catecúmeno que estaba de vacaciones con Alipio, también catecúmeno, y en compañía de mi madre, que se había asociado a nosotros con atuendo femenino, fe varonil, seguridad de anciana, amor de madre y piedad cristiana.

¡Qué voces te daba yo en aquellos Salmos y cómo me inflamaban en amor hacia ti! ¡Ardía en deseos de recitarlos, si me fuera posible, al mundo entero contra el orgullo del género humano! Sí, ya sé que se cantan por todo el mundo y que nada se libra de su calor!” (Libro IX, cap. 4, nº 8).

“(…) Leía y me abrasaba y no encontraba qué hacer con aquellos sordos muertos pestilentes, uno de los cuales yo había sido, ladrando ácida y ciegameamente contra las Escrituras, dulces de miel celestial y luminosas de tu luz (cfr. Sal 118, 103.105). Y me consumía (de celo) contra los enemigos de tales Escrituras” (Libro IX, cap. 4, nº 11).

### ***Agustín es liberado de manera maravillosa de un dolor de muelas***

“¿Cuándo me acordaré de todo cuanto aconteció durante aquellas vacaciones? Hay una cosa, de todos modos, que no

olvidaré ni pasaré por alto: la dureza de tu azote y la admirable presteza de tu misericordia.

Por aquellas fechas me estabas torturando con un dolor de muelas. Cuando llegó su gravedad hasta el punto de impedirme de hablar, tuve la corazonada de avisar a todos los amigos presentes, para que te rogaran por mí, Dios de mi salud.

Escribí esta demanda en una tablilla de cera, y luego se la di para que la leyeran. Apenas nos hincamos de rodillas en ademán de súplica, desaparecieron los dolores.

¿Qué clase de dolores eran? ¿Cómo desaparecieron? Confieso que me quedé boquiabierto, Señor mío y Dios mío. Nunca me había ocurrido nada parecido desde que nací. Y en lo profundo de mi ser has insinuado tus mandatos.

Y yo, radiante de gozo en tu fe, alabé tu nombre (cfr. Sal 144, 2; Si 51, 10).

Sin embargo, esta misma fe no me permitía estar tranquilo respecto de mis pecados pasados, porque aún no se me habían perdonado mediante el bautismo” (Libro IX, cap. 4, n° 12).

### ***Concluidas las vacaciones de la vendimia, Agustín renuncia al ejercicio público de la retórica***

“Finalizadas las vacaciones de la vendimia, comuniqué a los de Milán que proveyeran a sus estudiantes de otro vendedor de palabras, porque yo había optado por dedicarme a tu servicio, (Dios mío), y porque ya no estaba en condiciones de hacer frente a esa profesión por mis problemas respiratorios y por mi afección de pecho.

Por otra parte, a través de una carta le hice entender a tu Obispo, el santo varón Ambrosio, mis errores pasados y mi opción actual, rogándole que me aconsejase cuál de tus libros sería preferible para mis lecturas, en vista de una preparación más adecuada para recibir una gracia tan grande.

Me prescribió la lectura del profeta Isaías, porque, según creo, es entre todos los profetas el que preanuncia con mayor claridad el evangelio y la vocación de los gentiles.

Pero, al no entender lo primero que leí y al pensar que todo el resto sería igual, diferí la lectura para más adelante, cuando estuviese más adiestrado en el lenguaje del Señor” (Libro IX, cap. 5, n° 13).

## Retorno a Milán

### *Agustín es bautizado en Milán junto con Alipio y Adeodato*

“En Milán, donde en aquel entonces residía el emperador Valentiniano II, era obispo Ambrosio, hombre excelente entre los mejores y sumamente grato a Dios. Ambrosio predicaba muy a menudo la Palabra de Dios en la iglesia” (Posidio, *Vida de Agustín*, cap. 1), y Agustín “asistía a los sermones de Ambrosio con mayor atención que los demás, para ver si él decía algo a favor o en contra de aquella herejía. Y, por la clemencia de Dios libertador, que inspiró el corazón de su sacerdote, sucedió que ciertas cuestiones relativas a la ley de Dios fueran resueltas en sentido adverso al error de los Maniqueos. Así Agustín fue instruido gradualmente; y, por benevolencia divina, poco a poco aquella herejía fue expulsada de su alma. En poco tiempo fue confirmado en la fe católica, y en él nació el ardiente deseo de progresar en la religión para recibir el agua de la salvación en los días de Pascua que se acercaban. Así, gracias a la ayuda divina y por obra de un obispo de la talla de Ambrosio, Agustín recibió la doctrina salvadora de la Iglesia católica, y los sacramentos divinos.

Inmediatamente, en lo más íntimo del corazón abandonó todas las expectativas que anteriormente tenía puestas en el mundo, sin buscar ya mujer ni hijos carnales ni riqueza, ni

honos mundanos; sino que decidió servir a Dios junto con los suyos, tratando de ser de aquel rebaño al cual el Señor se dirige con estas palabras: «No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino. Vended vuestros bienes y dad limosna. Hacedos bolsas que no se deterioran, un tesoro inagotable en los Cielos, donde no llega el ladrón ni la polilla; porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (Lc 12, 32-34).

Aquel santo hombre deseaba hacer incluso lo que también dice el Señor: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los Cielos; luego ven, y sígueme» (Mt 19, 21).

Deseaba edificar sobre el cimiento de la fe: no con madera, heno o paja, sino con oro, plata y piedras preciosas (cfr. 1Cor 3, 12).

Tenía entonces más de 30 años, su padre había muerto y sólo le quedaba su madre: ella estaba siempre con él y se alegraba de su propósito de servir a Dios, más que de tener descendencia con algunos nietos. Agustín comunicó a sus alumnos de Retórica que procuraran encontrar a otro profesor, porque él había decidido servir a Dios” (Posidio, *Vida de Agustín*, cap. 1-2).

“Tan pronto como llegó la fecha en que tenía que dar mi nombre para el bautismo, abandoné la finca y retornamos a Milán.

También Alipio quiso renacer en ti, (Dios mío), junto conmigo. Ya estaba revestido de la humildad conveniente a tus sacramentos. Domaba con tanta violencia a su cuerpo, que anduvo con los pies descalzos por el suelo helado de Italia, cosa que requiere un valor poco común.

También llevamos en nuestra compañía al joven Adeodato, nacido de mi carne y fruto de mi pecado. Tú, Señor, lo habías hecho bueno. Frisaba en los quince años y superaba en inteligencia a muchos renombrados y doctos varones. Dones

tuyos eran, te lo confieso, Señor y Dios mío, Creador de todas las cosas (...). Por lo que a mí me toca, en este muchacho nada tenía sino mi pecado. Y si le instruíamos en tu doctrina, se debe a una inspiración tuya y nada más que tuya. Dones tuyos son. Y yo te lo confieso.

Hay un libro mío, titulado «*El Maestro*», donde el interlocutor que habla conmigo es mi hijo. Tú sabes que todas las ideas introducidas en este libro por la persona de mi interlocutor son tuyas. Contaba por entonces la edad de dieciséis años. Pude comprobar en él otros muchos detalles aún más sorprendentes. Aquella agudeza mental tuya me daba miedo. Pero, ¿quién, fuera de ti, podía ser el autor de tales maravillas?

Pronto arrancaste su vida de la tierra. Lo recuerdo ahora con toda serenidad.

(...) En aquellos días (...) ¡cuántas lágrimas derramé escuchando los himnos y cánticos (cfr. Ef 5, 19) que dulcemente resonaban en tu Iglesia! Me producían una honda emoción. Aquellas voces penetraban en mis oídos, y tu verdad iba destilándose en mi corazón. Fomentabas los sentimientos de piedad, y las lágrimas que derramaba me sentaban bien” (Libro IX, cap. 6, nº 14).

### ***La costumbre de cantar himnos en la Iglesia de Milán***

“No hacía mucho tiempo que la Iglesia de Milán había introducido esta práctica consoladora y estimulante, con gran entusiasmo de parte de los hermanos, que hacían resonar al unísono sus voces y sus corazones.

En efecto, desde hacía un año o no mucho más, Justina, madre del joven emperador Valentiniano, perseguía a tu hombre, Ambrosio, a causa de la herejía con la que había sido seducida por los arrianos.

El pueblo fiel pasaba la noche en la iglesia, dispuesto a morir con su obispo, siervo tuyo.

Allí mi madre, tu sierva, que por su celo era la primera en las vigiliás, vivía de oraciones. Nosotros, aún fríos, éramos sin embargo excitados por el calor de tu Espíritu, estando la población de la ciudad atónita y turbada.

Fue entonces cuando se instituyó la costumbre de cantar himnos y salmos a usanza de las regiones de Oriente, para evitar que el pueblo se dejara abatir por la tristeza o el aburrimiento<sup>38</sup>. Esta práctica se ha conservado desde aquella fecha hasta el día de hoy, y son ya muchas, por no decir casi todas, las comunidades tuyas que la han imitado en el resto de las regiones del orbe” (Libro IX, cap. 7, n° 15).

### ***Los cuerpos de los mártires Protasio y Gervasio son exhumados y trasladados a la basílica ambrosiana***

“También fue entonces cuando, en una visión, le manifestaste a tu Obispo ya citado el lugar en que yacían los cuerpos de los mártires Protasio y Gervasio.

Tú los habías mantenido ocultos e incorruptos durante muchos años en el tesoro de tu secreto, para sacarlos a la luz pública en esta oportunidad, y así desbravar la rabia de una mujer que por añadidura era la emperatriz.

Tras su descubrimiento y exhumación, al proceder al solemne traslado, con los debidos honores, a la basílica ambrosiana, no sólo se produjeron curaciones de personas atormentadas por espíritus inmundos (cfr. Lc 6, 18) y reconocidos por ellos mismos, sino que un ciudadano conocidísimo en la ciudad, que llevaba varios años ciego, al preguntar por las razones del alboroto del

---

<sup>38</sup> Véanse los himnos compuestos por San Ambrosio, en latín y traducidos al español, en: San Ambrosio. *Los deberes; los himnos*. Lima, Fondo Editorial de la Universidad Católica Sedes Sapientiae, 2009, p. 279-299 (Traducción, presentación y anotaciones de Julio Picasso Muñoz).

pueblo, que exteriorizaba ruidosamente su alegría, y al enterarse del hecho, dio un salto e hizo que el lazarillo le condujera al lugar. Una vez que llegó, rogó que se le permitiera el acceso para tocar con su pañuelo el féretro de tus santos, cuya muerte es preciosa a tus ojos (cfr. Sal 115, 15). Tan pronto como realizó este gesto y aplicó el pañuelo a sus ojos, éstos se abrieron al instante<sup>39</sup>. Al punto se divulgó la noticia, y resonaron tus alabanzas cálidas y radiantes.

Y, aunque con este suceso el ánimo de aquella mujer hostil no se orientara a la fe salvadora, por lo menos le sirvió de freno a su manía sectaria. ¡Gracias a ti, Dios mío!” (Libro IX, cap. 7, n° 16).

### *Con Mónica en Ostia Tiberina*

“Tú, (mi Dios), que haces que moren en una misma casa los corazones unánimes, integraste también en nuestro grupo a Evodio, natural de nuestro municipio. Funcionario de la administración del Estado, había retornado a ti antes que nosotros. Tras abandonar su militancia en el mundo, se había alistado en tus filas.

Estábamos siempre juntos para habitar agrupados viviendo tu santo propósito. Andábamos buscando un emplazamiento en el que nuestro servicio a ti fuera más fecundo. A la busca de este emplazamiento retornábamos juntos al África.

Y, cuando estábamos en Ostia Tiberina, murió mi madre.

(...) No puedo pasar por alto los sentimientos que mi alma

---

<sup>39</sup> La veracidad de este hecho está documentada por grandes autoridades literarias de la época (como Paulino diácono, por ejemplo) y el mismo San Agustín, quien nos informa además que este hombre, después de su curación, entró al servicio perpetuo de la Iglesia ambrosiana, donde continuaba todavía sirviendo cuando él lo conoció (cfr. Cosgaya, José. En: San Agustín. *Confesiones*. 6ª impresión, Madrid, BAC, 2001, p. 287, nota f).



tiene ansias de manifestar. Se refieren a aquella sierva tuya que me alumbró en la carne para nacer a la luz temporal, y que me parió en el corazón para nacer a la luz eterna.

No voy a hablar de sus cualidades, sino que voy a hacer un panegírico de tus dones en ella” (Libro IX, cap. 8, nº 17).

### ***Mónica, con su mansedumbre, amansa al irascible marido***

“Educada en la modestia y en la sobriedad, mi madre estuvo sujeta más por ti a sus padres que por sus padres a ti.

Tan pronto como llegó a la plenitud de la edad núbil, se le dio un marido al que sirvió como a su señor (cfr. Ef 5, 22-24; 6, 7; 1Pe 3, 5-6). Se esforzó en ganarle para ti (cfr. 1Pe 3, 1-2), hablándole de ti con el lenguaje de las buenas costumbres. Con ellas la ibas embelleciendo y haciéndola respetuosamente amable y admirable a los ojos del marido.

Toleró los ultrajes de sus infidelidades conyugales hasta el punto de no tener en este aspecto la más mínima discusión con él. Esperaba que tu misericordia descendiese sobre él. La castidad conyugal vendría como consecuencia de su fe en ti.

Por lo demás, era mi padre un hombre básicamente afectuoso, aunque también era muy propenso a la ira. Consciente de ello, mi madre había aprendido a no contrariarle, no sólo con los hechos, sino ni siquiera con la palabra, cuando estaba enfadado. Pero, cuando lo veía tranquilo y sosegado, aprovechaba la oportunidad para hacerle ver su comportamiento cuando su irritación se había pasado de raya.

Finalmente, cuando muchas otras señoras casadas con maridos más mansos que el suyo llevaban su rostro marcado con señales de violencia, y en conversaciones con sus amigas deploraban el comportamiento de sus maridos, ella, tras achacarlo todo a su lengua, les hacía presente medio en bromas

que, desde el momento en que oyeron la lectura de las cláusulas matrimoniales, debían haberlas considerado como el documento que las convertía en esclavas de éstos. Por consiguiente, si recordaban esta su condición, no convenía que fueran arrogantes contrariando a sus dueños (los maridos).

Las amigas, conociendo la ferocidad del marido de Mónica, estaban realmente maravilladas de que jamás se había oído el más pequeño rumor de que Patricio la hubiese pegado, ni de desavenencias domésticas que hubieran degenerado en líos ni por una sola vez.

Cuando en confianza le pedían una explicación de este hecho, ella les indicaba su modo de proceder, tal como lo he indicado antes. Y las que ponían en práctica este sistema, le quedaban agradecidas tras la experiencia. Las que no tomaban su consejo seguían sufriendo malos tratos” (Libro IX, cap. 9, nº 19).

### ***Mónica vive en una admirable concordia con su suegra***

“Incluso su suegra se mostró irritada con ella, sobre todo en la primera época que siguió su casamiento, debido a los cotilleos de unas malas criadas.

Pero logró hacerse acreedora de sus respetos mediante su afabilidad y su continua tolerancia y mansedumbre. Logró granjearse su simpatía de tal modo que ella misma denunció a su hijo (Patricio) que eran las lenguas intrigantes de las criadas las que perturbaban la paz doméstica entre la nuera y la suegra, y le pidió que le diera un escarmiento.

Así que (...) él, sea por obediencia a su madre, sea para tutelar el orden familiar y la armonía de los suyos, azotó a las criadas a gusto de la demandante. (...) Nadie se atrevió en lo sucesivo a andar con chismorreos. Las dos vivieron en franca y suave armonía, digna de ser reseñada” (Libro IX, cap. 9, nº 20).

## ***Mónica se ofrecía a reconciliar a los que estaban en discordia***

“A esta tu buena sierva, en cuyo seno me creaste, Dios mío y misericordia mía, le habías regalado también este hermoso don: siempre que le era posible, se las ingeniaba para poner en juego sus dotes pacificadoras entre cualquier tipo de personas que estuviesen en discordia o disidencia.

(...) Creo que una persona que se precia de humana debería estimar como cosa de poco limitarse simplemente a no atizar ni incrementar las enemistades humanas. Debe tratar de extinguirlas mediante palabras de comprensión. Ésta era la pauta de mi madre. Se la habías enseñado tú, maestro suyo íntimo, en la escuela del corazón” (Libro IX, cap. 9, nº 21).

## ***Mónica, al servicio de los siervos de Dios***

“Por último, también conquistó para ti a su marido (cfr. 1Pe 3, 1-2), que se hallaba en los últimos días de su vida temporal. Bautizado ya, no tuvo que llorar en él las ofensas que se vio obligada a tolerar en su persona antes del bautismo.

Además, era sierva de tus siervos. Todos cuantos la conocían hallaban en ella motivos sobrados para alabarte, honrarte y amarte. Sentía tu presencia en su corazón por el testimonio de los frutos de una conducta santa (cfr. 2Pt 3, 11).

Había sido mujer de un solo hombre (cfr. 1Tim 5, 9), había rendido a sus padres los debidos respetos, había gobernado su casa piadosamente y contaba con el testimonio de las buenas obras. Había criado a sus hijos (cfr. 1Tim 5, 10), paríéndolos tantas veces (cfr. Gal 4, 19) cuantas los veía apartarse de sí.

Finalmente, Señor, (...) cuidó de todos nosotros, que antes de su fallecimiento ya vivíamos unidos en ti habiendo recibido la gracia de tu bautismo, y lo hizo como si nos hubiese parido a

todos, y se puso a nuestro servicio como si hubiese sido hija de todos nosotros” (Libro IX, cap. 9, nº 22).

### Coloquio de Mónica y su hijo en Ostia Tiberina

“Estando ya cercano el día de su partida de esta vida -y ese día sólo lo conocías tú; nosotros lo ignorábamos-, aconteció, por tus disposiciones misteriosas, según creo, que ella y yo nos hallábamos asomados a una ventana que daba al jardín de la casa donde nos hospedábamos, Era en las cercanías de Ostia Tiberina<sup>40</sup>. Allí, apartados de la gente, después de las fatigas de un largo viaje, nos reponíamos para la navegación.

Conversábamos, pues, solos los dos, con gran dulzura. Olvidándonos de lo pasado y proyectándonos hacia las realidades que teníamos por delante (cfr. Flp 3, 13), buscábamos juntos, en presencia de la Verdad que eres tú, cuál sería la vida eterna de los santos, que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni llegó al corazón del hombre (cfr. 1Cor 2, 9).

(...) Nuestra reflexión llegó a la conclusión de que, frente al gozo de aquella vida, el placer de los sentidos carnales, por grande que sea y aunque esté revestido del máximo brillo corporal, no tiene punto de comparación y ni siquiera es digno de que se le mencione. (...) Mientras hablábamos y suspirábamos por ella, llegamos a tocarla un poquito con todo el ímpetu de nuestro corazón, y suspirando dejamos allí cautivas las primicias del espíritu (cfr. Rm 8, 23).

(...) Y decíamos: (...) Si, por último, este estado se prolongase y fueran difuminándose todas las otras visiones de rango inferior, y esta sola arrebatase, absorbiese y zambullese a su contemplador en los gozos más íntimos, de modo que la vida eterna se pareciera a aquel momento de intuición que os hace suspirar, ¿no será esto

---

<sup>40</sup> Es el antiguo puerto de Roma.

el entrar en el gozo de tu Señor (cfr. Mt 25, 21.23)? Pero, ¿cuándo se realizará esto? (...) Así me expresaba yo, aunque de otro modo y con otras palabras.

(...) Mientras hablábamos de estas cosas (...) y nos parecía más vil este mundo con todos sus atractivos, ella añadió: -Hijo, por lo que a mí respecta, nada en esta vida tiene ya atractivo para mí. No sé qué hago aquí ni por qué estoy aquí, agotadas ya mis expectativas en este mundo. Una sola razón y deseo me retenían un poco en esta vida, y era verte cristiano católico antes de morir. Dios me lo ha dado con creces, puesto que, tras decir adiós a la felicidad terrena, te veo siervo suyo. ¿Qué hago aquí?-" (Libro IX, cap. 10, nº 23-26).

### **Después de estar enferma ocho días, Mónica muere**

"No recuerdo muy bien la respuesta que le di. Apenas pasados cinco días, no muchos más, ella cayó con fiebre. Y estando enferma, cierto día sufrió un desvanecimiento, quedando un tiempo desmayada, ajena a todos los que la rodeaban. Acudimos corriendo, pero pronto recuperó los sentidos.

Viéndonos presentes a mi hermano y a mí, nos dijo como quien pregunta algo: -¿Dónde estoy?-

A continuación, viéndonos abatidos por la tristeza, nos dijo: -Sepultaréis aquí a vuestra madre-

Yo permanecía mudo, mientras contenía mis lágrimas, en tanto que mi hermano decía no sé qué palabras alusivas a su deseo de que la muerte no le sorprendiese en tierra extranjera, sino en su patria.

(...) Luego ella, dirigiéndose a los dos, exclamó: -Depositad este cuerpo mío en cualquier sitio, sin que os dé pena. Sólo os pido que dondequiera que estéis, os acordéis de mí ante el altar del Señor-

Y, habiéndonos comunicado esta resolución como pudo, guardó silencio.

(...) Pero yo, Dios invisible (cfr. Col 1, 15), (...) me alegraba y te daba gracias recordando una cosa que yo conocía muy bien: la constante preocupación que la tenía atenazada respecto de su sepultura, que había adquirido y preparado al lado de su marido. Así como había vivido con gran concordia, quería tener la dicha -muy característica del ser humano, menos capacitado para las cosas divinas- de que fuera así y que la gente recordase cómo, después de su viaje allende los mares, había logrado que una misma tierra cobijara conjuntamente las cenizas de ambos cónyuges.

(...) También tuve la ocasión de oír, poco después, que un día, durante nuestra estancia en Ostia, al hablar con algunos amigos míos y en mi ausencia, (...) ante la pregunta de si no temía dejar su cuerpo tan lejos de su ciudad, les dijo: -Para Dios no hay distancias. No hay miedo de que en el fin del mundo no sepa el lugar donde estoy para resucitarme-.

Finalmente, el día noveno de su enfermedad, a los 56 años de edad y 33 de la mía, aquella alma fiel y piadosa quedó liberada de su cuerpo<sup>41</sup> (Libro IX, cap. 11, n° 27-28).

### **Esa muerte no es para ser llorada**

“A la par que yo le cerraba los ojos, una tristeza inmensa se agolpaba en mi corazón e iba resolviéndose en lágrimas. Simultáneamente mis ojos, ante la orden tajante de mi espíritu, reabsorbían su fuente hasta secarla. Era una lucha que me hacía mucho mal.

Al rendir ella el último suspiro, Adeodato<sup>42</sup> rompió a

---

<sup>41</sup> De esto resulta que Mónica tuvo a su hijo Agustín a la edad de 23 años.

<sup>42</sup> Como se recuerda, Adeodato era el hijo de Agustín.

llorar a gritos. Pero acabó serenándose, calmado por todos nosotros.

(...) Pensábamos que no era conveniente celebrar aquel funeral entre lamentos, lágrimas y gemidos, porque con tales extremos se deplora de ordinario cierta especie de miseria de los que mueren, algo así como su extinción total. Pero ella no se moría miserablemente ni moría totalmente. Estábamos plenamente seguros de ello, por el testimonio de sus costumbres y por su fe no fingida, que son la mayor garantía de seguridad.

Pero, entonces, ¿qué era lo que tanto me dolía interiormente, sino la herida reciente provocada por el repentino desgarró de aquella costumbre tan dulce y tan querida de la convivencia?

Es cierto que me sentía reconfortado con el testimonio que me había brindado durante su última enfermedad: como respuesta cariñosa a mis atenciones por ella, me llamaba piadoso. Con grandes muestras de cariño, ella recordaba que nunca había oído salir de mis labios una palabra dura u ofensiva contra ella.

(...) Al verme abandonado de aquel gran consuelo que su persona me proporcionaba, sentía el alma herida y mi vida casi despedazada. Esta vida que había llegado a ser una sola con la suya.

Después de calmar el llanto del niño, Evodio tomó el salterio y entonó un Salmo. Toda la casa le respondía: *-Voy a cantar tu bondad y tu justicia, Señor-* (Sal 100, 1).

Enterados de lo que ocurría, se dieron cita muchos hermanos y piadosas mujeres. Mientras los encargados se ocupaban de los funerales, yo me retiré a un lugar donde oportunamente pudiera hablar con los amigos que no habían estimado conveniente dejarme solo.

(...) Tras levantar el cadáver, lo acompañamos y luego volvimos sin llorar. Ni siquiera en aquellas oraciones que te dirigimos cuando se ofrecía por ella el sacrificio de nuestro rescate, con el cadáver al pie de la tumba y antes de su inhumación, según

costumbre de allí, ni siquiera en estas oraciones, repito, lloré, sino que toda la jornada me invadió una profunda tristeza interior. Mentalmente desconcertado, te pedía, como me era posible, que curases mi dolor. Pero tú no lo hacías, según creo, para que fijara en mi memoria, al menos con esta prueba, la fuerza vinculante de la costumbre, incluso para un alma que ya se alimenta de la palabra no falaz.

(...) Y luego volví poco a poco a mis pensamientos de antes, centrados en tu sierva y en su actitud piadosa frente a ti, a la vez que santamente blanda y morigerada con nosotros, y de la cual me había visto privado tan de repente. Entonces sentí ganas de llorar en tu presencia sobre ella y por ella, sobre mí y por mí. Y di rienda suelta a mis lágrimas reprimidas” (Libro IX, cap. 12, n° 29-33).

### **Nuestra esperanza es grande, gracias a la indulgencia de nuestro Dios**

“Por lo que a mí respecta, una vez que ha sanado la herida de mi corazón, (...) derramo ante ti, Dios nuestro, otra clase de lágrimas muy distintas por aquella sierva tuya. Son lágrimas que brotan de un espíritu agitado por la consideración de los peligros que rodean a toda alma que muere en Adán.

Porque (...), ¡ay de la vida de los hombres, por laudable que sea, si la examinas dejando a un lado la misericordia! Pero, como tú, (Dios nuestro), no investigas a fondo nuestros delitos, esperamos confiadamente ocupar un puesto a tu lado.

Por lo demás, quien contabiliza en tu presencia los méritos propios, ¿qué otra cosa hace sino enumerar tus dones?” (Libro IX, cap. 13, n° 34).



## Súplica a Dios por los pecados de la madre

“(…) Así, pues, alabanza mía y vida mía, Dios de mi corazón (cfr. Sal 72, 26), dejando a un lado por un momento sus buenas acciones, por las que te doy gracias en actitud gozosa, yo te ruego ahora por los pecados de mi madre.

Escúchame en nombre del médico de nuestras heridas que pendió del madero (cfr. Gal 3, 13) y que, sentado a tu derecha, intercede por nosotros (cfr. Rm 8, 34).

Sé que fue misericordiosa en sus acciones, que perdonó de corazón las deudas de sus propios deudores. Perdónales tú también las tuyas (cfr. Mt 6, 12; 18, 35), si es que contrajo alguna durante los largos años transcurridos después de recibir el agua de la salvación.

Perdónala, Señor, perdónala, te ruego. No entres en juicio con ella (cfr. Sal 142, 2). Triunfe la misericordia sobre la justicia (cfr. St 2, 13), porque tus palabras son verdaderas y prometiste misericordia a los misericordiosos (cfr. Mt 5, 7). Creo que ya has hecho lo que te pido, pero aprueba, Señor, los deseos de mi boca (cfr. Sal 118, 108).

Estando ya próximo el día de su liberación (cfr. 2Tim 4, 6), mi madre no anduvo pensando en que su cuerpo recibiera sepultura en medio de ceremonias suntuosas, ni que fuese embalsamado con aromas, ni codició un monumento selecto, ni siquiera se cuidó de tener sepultura en su patria. No fueron éstas las disposiciones que nos dejó.

Sólo expresó el deseo de que nos acordáramos de ella ante tu altar, a cuyo servicio había estado ininterrumpidamente, sin dejar ni un solo día. Sabía muy bien que en él se dispensaba la víctima santa gracias a la cual quedó destruida el acta de los decretos que nos era contraria. En el altar se consigue la victoria contra el enemigo (cfr. Col. 2, 14-15) que fiscaliza nuestros delitos y que, tratando de buscar algo de que acusarnos, no halla

nada en Aquel (cfr. Jn 14, 30) en quien somos victoriosos.

(...) A este sacramento de nuestro rescate ligó tu sierva su alma con el vínculo de la fe. ¡Que nadie la aparte de tu protección!

(...) La respuesta de ella no será «nada debo», para evitar ser desmentida y cogida por el astuto acusador. Responderá que sus deudas le han sido perdonadas por Aquel a quien nadie podrá restituir lo que dio por nosotros sin deber nada” (Libro IX, cap. 13, nº 35-36).

### **Que todos cuantos lean estas líneas se acuerden de Mónica y Patricio ante el altar de Dios**

“Descanse, pues, en paz con su marido, antes del cual y después del cual no tuvo otro (cfr. 1Tim 5, 9). A él sirvió ofreciéndote el fruto de su paciencia, a fin de conquistarlo para ti (cfr. 1Pt 3, 1).

Inspira, Señor y Dios mío, inspira a tus siervos, mis hermanos; a tus hijos, mis amos, a quienes sirvo con el corazón, con la palabra y con los escritos, de modo que todos cuantos lean estas palabras se acuerden ante tu altar de Mónica, tu sierva, y de Patricio.

(...) Que se acuerden con sentimientos de piedad de los que fueron mis padres en esta luz pasajera, y hermanos míos que te tienen como Padre dentro del seno de la Madre católica, conciudadanos míos en la Jerusalén eterna, por la que suspira tu pueblo durante su peregrinación, desde su partida hasta su retorno, para que lo que mi madre pidió en el último instante, quede ampliamente satisfecho en las oraciones de muchos, provocadas por estas mis confesiones y por mis oraciones personales” (Libro IX, cap. 13, nº 37).



La vida es un maravilloso camino de donación.  
Tenemos la obligación de descubrirlo y seguirlo.

---

<sup>43</sup> Esta Segunda Parte tiene como texto base la “*Vida de Agustín*” escrita por Posidio, su discípulo y que llegó a ser Obispo de Calama, en el norte de África. De vez en cuando, según lo sugiere el tema tratado, se introducen (citándolos expresamente) párrafos selectos de las “*Confesiones*”.

## AL SERVICIO DE DIOS

Agustín, “recibida la gracia<sup>44</sup>, junto con otros conciudadanos y amigos que igualmente servían a Dios, quiso volver a África, a su casa y a su campiña. Una vez regresado<sup>45</sup>, se quedó allí cerca de tres años; y, después de haber cedido sus bienes, junto con aquellos que le seguían vivía para Dios, con ayunos, oraciones, buenas obras, meditando día y noche la Palabra del Señor. Y todo lo que Dios le hacía entender en la meditación y oración, él lo daba a conocer a presentes y ausentes con discursos y libros” (Posidio, *Vida de Agustín*, cap. 3, n° 1-2).

En los últimos capítulos de sus “*Confesiones*”, San Agustín escribe unas profundas y hermosas páginas sobre la búsqueda de Dios y de la felicidad.

### La búsqueda de Dios

#### *¿Qué se ama cuando se ama a Dios?*

“Soy plenamente consciente y no tengo la menor duda de que te amo, Señor. Has herido mi corazón con tu palabra y te he amado.

Pero también el cielo y la tierra y cuanto hay en ellos me andan diciendo desde todas partes que te ame. Y no cesan de decírselo a todos, para que no tengan excusa posible (cfr. Rm 1, 20).

(...) Pero, ¿qué es lo que amo cuando te amo a ti?

---

<sup>44</sup> Se refiere a la gracia de la conversión y del bautismo en la Iglesia Católica, recibido en abril del año 387.

<sup>45</sup> Al finalizar el verano del año 388.

No una belleza corpórea, ni una armonía temporal, ni el brillo de la luz, tan apreciada por estos ojos míos; ni las dulces melodías y variaciones tonales del canto, ni la fragancia de las flores, de los ungüentos y de los aromas, ni el maná, ni la miel, ni los miembros atractivos a los abrazos de la carne. Nada de esto amo cuando amo a mi Dios.

Y, sin embargo, amo una especie de olor, y una especie de comida, y una especie de abrazo cuando amo a mi Dios, que es luz, fragancia, comida y abrazo de mi hombre interior. Aquí resplandece ante mi alma una luz que no está circunscrita por el espacio; resuena lo que no arrastra consigo el tiempo; exhala sus perfumes lo que no se lleva el viento; se saborea lo que la voracidad no desgasta; queda profundamente inserto lo que la saciedad no puede extirpar. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios” (*Confesiones*, Libro X, cap. 6, n° 8).

### ***Hay que buscar a Dios por encima de todo lo corpóreo***

“¿Y qué es esto?, pregunté a la tierra. Y me respondió: -No soy yo-. Idéntica confesión me hicieron todas las cosas que se hallan en ella. Pregunté al mar, a los abismos y a los reptiles (...) y me respondieron: Nosotros no somos tu Dios. Búscalos por encima de nosotros-. (...) Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas: -Tampoco nosotros somos el Dios que buscas-, respondieron.

Entonces me dirigí a todas las cosas que rodean las puertas de mi carne: -Habladme de mi Dios, ya que vosotras no lo sois. Decidme algo de él-. Y exclamaron con voz poderosa: -Él es quien nos hizo (cfr. Sal 99, 3)-.

Mi pregunta era mi mirada; su respuesta era su belleza. (...) Pregunté a la mole del universo acerca de mi Dios, y me respondió: - Yo no lo soy. Él ha sido quien me ha hecho-

Pero, ¿es que esta belleza no se muestra a todos los que tienen el uso cabal de sus sentidos? ¿Por qué, pues, no les habla a todos

de la misma manera? (...) Lo invisible de Dios se deja ver a la inteligencia a través de las obras creadas (cfr. Rm 1, 20). Sin embargo, el amor a éstas los esclaviza y ata a ellas, y una vez esclavos, ya no son capaces de dictaminar. (...) Lo que pasa es que para unos son mudas y a otros les dirigen la palabra. Mejor dicho, dirigen la palabra a todos, pero sólo la comprenden aquellos que confrontan la voz que les llega del exterior con la verdad que está en su interior” (Libro X, cap. 6, nº 9-10).

### ***Hay que buscar a Dios por encima de lo vital y lo sensitivo***

“Se desplaza la gente para admirar los picachos de las montañas, las gigantescas olas del mar, las anchurosas corrientes de los ríos, el perímetro del océano y las órbitas de los astros, mientras se olvidan de sí mismos” (Libro X, cap. 8, nº 15).

### ***Cuando buscamos a Dios, buscamos la vida feliz***

“¿Cómo te busco, pues, Señor? Porque al buscarte, Dios mío, busco la felicidad. Te buscaré, Señor, para que viva mi alma. Mi cuerpo vive de mi alma, y mi alma vive de ti.

¿Cómo busco, pues, la felicidad? (...) ¿No es precisamente la felicidad eso que todo el mundo busca, y que no hay absolutamente nadie que no la quiera? ¿Dónde la vieron para enamorarse de ella? (...) Lo que es ciertísimo es que la desean. No sé cómo, pero han tenido conocimiento de ella; por eso tienen no sé qué noción de ella” (Libro X, cap. 20, nº 29).

### ***Todos queremos ser felices***

“¿Dónde y cuándo he tenido yo experiencia de la felicidad, para poder recordarla, amarla y desearla? Porque no soy yo solo o unos pocos en exclusiva los que deseamos ser felices, sino

absolutamente todos<sup>46</sup>. Y, si no tuviéramos una noción cierta de lo que esto significa, no lo deseáramos con una voluntad tan decidida.

¿Qué significa todo esto?

Si preguntamos a dos individuos si quieren ser militares, puede ocurrir que uno de ellos diga que sí y el otro que no. Pero si les preguntamos si quieren ser felices, los dos contestarán que ése es su deseo. El único objetivo que persiguen, tanto el que quiere alistarse en el ejército como el que no quiere, es ser felices” (Libro X, cap. 21, n° 31).

### ***Dios mismo es la felicidad de aquellos que lo veneran***

“Hay una clase de felicidad que no se da a los pecadores, sino a aquellos que te sirven, (Dios mío), sin pedir nada a cambio.

Tú mismo eres su felicidad. La felicidad consiste en el gozo que viene de ti, que va a ti y que se motiva en ti. Ésta es la felicidad, ni más ni menos.

Y todos los que piensan que la felicidad es otra, es claro que el tipo de gozo que buscan es otro, no el gozo auténtico. De todos modos, su voluntad no se aparta de una cierta imagen de gozo” (Libro X, cap. 22, n° 32).

### ***Todos quieren gozar de cosas verdaderas***

“Los que no quieren gozar de ti, (Dios mío), en realidad no quieren la felicidad. (...) Si yo les formulo a todos esta pregunta: -¿Qué preferís: gozar de la verdad o de la mentira?-, me contestarán que prefieren gozar de la verdad. Claro, y es porque la felicidad es el gozo de la verdad, es decir, el gozo de ti, que eres la Verdad, oh Dios, mi luz, y la salvación de mi rostro, Dios mío”.

---

<sup>46</sup> Cfr. Cicerón, *Tusculanas* 5, 10, 28.

(...) Pero, ¿por qué la verdad genera el odio?<sup>47</sup> ¿Por qué el hombre que proclama la verdad (cfr. Jn 8, 40) en tu nombre viene a ser para ellos un enemigo, amando como aman la felicidad, que no es más que el gozo de la verdad?

No hay más respuesta que ésta: el amor de la verdad es tan grande, que todos aquellos que aman otra cosa quisieran que eso que aman fuera la verdad. Y como no les gusta que les engañen, tampoco les gusta convencerse de que se engañan. Por eso odian la verdad, a causa de aquello que aman en lugar de la verdad. La aman cuando brilla, la aborrecen cuando reprende (cfr. Jn 5, 35; 3, 20)” (Libro X, cap. 23, n° 33-34).

### ***Encuentro con Dios***

“(…) Donde he encontrado la verdad, allí he encontrado a mi Dios, que es la mismísima Verdad (cfr. Jn 14, 6). De esta Verdad no me he olvidado desde el día en que la conocí” (Libro X, cap. 24, n° 35).

### ***¿Dónde se encuentra Dios cuando se le conoce?***

“(…) Tú que eres la Verdad, ocupas un puesto de preferencia en todas partes para responder a los que te consultan. (...) Tus respuestas son claras, pero no todos las oyen con claridad. Todo el mundo te consulta sobre lo que quiere, pero no todos oyen siempre lo que quieren. Tu mejor servidor es aquel que no tiene sus miras puestas en oír de tus labios lo que él quiere, sino en querer sobre todo aquello que ha oído de tu boca” (Libro X, cap. 26, n° 37).

---

<sup>47</sup> Terencio (195-159 a. C.), *Andria*, 68. Recuérdese que el dramaturgo Afro Publio Terencio era natural de Cartago.



## “¡Tarde te amé!”

“¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé!

El caso es que tú estabas dentro de mí, y yo fuera. Y fuera te andaba buscando y, como un engendro de fealdad, me abalanzaba sobre la belleza de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me tenían prisionero lejos de ti aquellas cosas que, si no existieran en ti, serían algo inexistente. Me llamaste, me gritaste, y desfondaste mi sordera. Relampagueaste, resplandeciste, y tu resplandor disipó mi ceguera. Exhalaste tus perfumes, respiré hondo, y suspiro por ti. Te he paladeado (Sal 33, 9; 1Pe 2, 3), y me muero de hambre y de sed (cfr. Mt 5, 6). Me has tocado, y ardo en deseos de tu paz” (*Confesiones*. Libro X, cap. 27, n° 38).

[ Ahora Posidio vuelve a llevar la batuta y sigue narrándonos la vida de San Agustín ]

### **Momentánea decepción**

“En aquel período, cierto hombre de negocios, que residía en Hipona, buen cristiano y temeroso de Dios, se enteró de la buena fama de la que gozaba Agustín y de su doctrina y deseó ardientemente poder verle, prometiendo que, si mereciera escuchar de su propia boca la Palabra de Dios, podría despreciar todas las codicias y seducciones de este mundo.

Habiéndole sido referido esto a Agustín, éste, deseando que un alma fuera liberada de las insidias de este mundo y de la muerte eterna, sin demora alguna fue hasta aquella ciudad, se encontró con aquel hombre, le habló muchas veces y lo exhortó, por lo que el Señor le concedía, a poner en práctica el voto que había hecho a Dios.

Cada día, aquél prometía hacerlo así, pero no lo llevó a la práctica en el período durante el cual Agustín estuvo allí. Sin

embargo, ciertamente no pudo quedar inútil y sin efecto lo que la Divina Providencia obraba en todo lugar por medio de tal instrumento puro y honorable, útil al Señor y apto para toda obra buena (cfr. 2Tim 3, 17)” (Posidio. *Vida de Agustín*, cap. 3)<sup>48</sup>.

## Llamado al sacerdocio

“En aquel entonces ejercía el cargo de Obispo en la comunidad católica de Hipona el santo Valerio. Mientras éste, cierto día, hablaba al pueblo de Dios acerca del escoger y ordenar a un sacerdote y le exhortaba al respecto, porque así lo requería la necesidad de la Iglesia, Agustín asistía entremezclado entre el pueblo, sin sospechar en lo más mínimo lo que estaba por suceder. (...) Entonces algunas personas, que conocían la doctrina de Agustín y sus propósitos, lo agarraron, lo inmovilizaron y, como suele suceder en casos de este tipo, lo presentaron al obispo para que fuera ordenado sacerdote, mientras todos a una pedían que así se hiciera.

Mientras éstos insistían con gran entusiasmo y clamor, él lloraba sentidamente: algunos -tal como él mismo nos refirió- interpretaron tales lágrimas como una expresión de soberbia, y trataban de consolarle diciendo que por cierto él era digno de un honor mayor, pero que de todos modos el ser ordenado sacerdote le acercaba a la dignidad de Obispo. En cambio, aquel hombre de Dios -como él nos dijo- observaba el asunto más en profundidad y gemía previendo los muchos y grandes peligros que derivarían para su vida del gobernar y administrar la Iglesia: por ese motivo lloraba.

Pero finalmente se hizo lo que el pueblo deseaba” (cap. 4).

---

<sup>48</sup> En adelante, cuando se cita sólo el número del capítulo como aquí, se entiende referido a la obra de Posidio: *Vida de Agustín*.

## Fundación de una comunidad religiosa

“Ordenado sacerdote<sup>49</sup>, de inmediato instituyó un monasterio al lado de la iglesia y empezó a vivir con los siervos de Dios según el modo y la norma establecidos en tiempos de los Apóstoles<sup>50</sup>.”

Sobre todo, en aquella comunidad nadie debía poseer cosa alguna como propia, sino que todo debía ser puesto en común para todos ellos, y a cada uno se debía darle según sus necesidades: esto precisamente había hecho anteriormente, cuando había regresado a su casa desde ultramar.

El santo Obispo Valerio, que lo había ordenado sacerdote, siendo hombre piadoso, lleno del temor de Dios, se alegraba mucho y daba gracias a Dios por haber escuchado sus plegarias. Decía que muy a menudo había orado pidiendo que por voluntad divina le fuera concedido un hombre que fuera capaz de edificar la Iglesia de Dios con la Palabra de Dios y con la recta doctrina: en efecto, él se reconocía como poco apto para esta tarea, en cuanto era griego y no era muy ducho en la lengua y las letras latinas.

Él confió a su sacerdote el encargo de explicar en la iglesia el Evangelio en su presencia y de predicar frecuentemente, contrariamente a aquella que es la costumbre de las iglesias en África. Por tal motivo algunos obispos le criticaban.

Pero aquel hombre venerable y providente, sabiendo muy bien que en las iglesias de Oriente se hacía esto comúnmente, proveyendo de esta manera a la utilidad de la Iglesia, no se preocupaba por las críticas de sus detractores: le bastaba que el sacerdote cumpliera lo que él sabía que no podía cumplir como Obispo. De esta manera la lámpara encendida y ardiente, puesta

---

<sup>49</sup> Eran los primeros meses del año 391.

<sup>50</sup> Se refiere al estilo de vida inaugurado por la comunidad de los primeros cristianos según refieren los *Hechos de los Apóstoles* (4, 32-35).

en el candelero, alumbraba a todos los que estaban en la casa (cfr. Mt 5, 15; Jn 5, 35).

La fama de este hecho se difundió rápidamente, y algunos sacerdotes, siguiendo ese buen ejemplo y obteniendo de sus Obispos la correspondiente facultad, comenzaron a predicar al pueblo en presencia del Obispo” (cap. 5).

## PRIMERA ACTIVIDAD CONTRA LOS HEREJES

### Discusión pública con el maniqueo Fortunato

“En aquel tiempo, en Hipona, la peste de los Maniqueos había infectado y contagiado a muchos pobladores de la ciudad, incluyendo a extranjeros, atraídos al error y extraviados por un sacerdote de la secta, de nombre Fortunato, que residía y obraba allí.

Entonces algunos cristianos, ciudadanos de Hipona y también extranjeros, sea católicos que donatistas<sup>51</sup>, fueron donde el sacerdote Agustín y le pidieron que se encontrara con aquel sacerdote maniqueo -que ellos creían docto- y que discutiera con él acerca de la Sagrada Escritura.

Agustín, que -como está escrito- estaba dispuesto a responder a todo aquel que le pidiera razón de la fe y la esperanza puesta en Dios y que era capaz de exhortar con la sana doctrina y refutar a todo aquel que le contradijera (cfr. 1Pt 3, 15; Tit 1, 9), no se sustrajo al pedido; pero preguntó si también Fortunato estaba

---

<sup>51</sup> Así llamados por el nombre del iniciador de este movimiento hereje, Donato, quien consideraba ilegítima toda colaboración entre la Iglesia y el Imperio Romano, tal como había sido inaugurada por el emperador Constantino. Esta postura constituyó no sólo un cisma respecto de la Iglesia Católica, sino también una actitud anti-romana, que incluso asumió caracteres fanáticos, extremistas y violentos.

de acuerdo. En efecto, Fortunato había conocido a Agustín en Cartago, cuando éste aún estaba enredado en su mismo error, y temía enfrentar una discusión con él. Pero, obligado sobre todo por las insistencias de sus partidarios e impulsado por un sentimiento de vergüenza, prometió encontrarse con Agustín y discutir con él.

Se encontraron en el lugar y el día establecidos, donde se habían reunido muchas personas que estaban interesadas en la cuestión, y además una gran muchedumbre de curiosos: los taquígrafos aprontaron sus tabletas y empezó la discusión que, después de aquel primer día, concluiría el día siguiente.

En ella el doctor maniqueo -según refieren las actas- no fue capaz de confutar la posición católica ni logró afianzar con argumentos válidos la doctrina maniquea. En el tramo final de la discusión se retiró, declarando que discutiría con sus superiores los argumentos que no había logrado confutar: si ellos tampoco no hubiesen logrado confutarlos, él tomaría las necesarias providencias para su alma. De esta manera, aquellos que lo consideraban docto y capaz juzgaron que no había podido en modo alguno defender a su propia secta. Posteriormente Fortunato, lleno de vergüenza, abandonó Hipona y no volvió allí nunca más.

Así, gracias a Agustín, hombre de Dios, aquel error fue expulsado de los corazones de todos aquellos que habían presenciado la discusión o de aquellos que, estando ausentes, se habían enterado de lo sucedido, mientras era confirmada y reforzada la verdadera doctrina católica” (cap. 6).

## **Discursos y libros de Agustín contra las herejías maniquea y donatista**

“Agustín enseñaba y predicaba, en privado y en público, en casa y en la iglesia, la Palabra de salvación (Hch 13, 26) con

plena confianza contra las herejías que florecían en África, especialmente de los donatistas y de los maniqueos, así como contra los paganos.

Hacia esto tanto escribiendo libros como improvisando discursos, rodeado de una indescriptible admiración y aplauso de los cristianos, que no callaban todo esto, sino que apenas podían lo divulgaban.

Así, por don divino, la Iglesia católica comenzó a levantar nuevamente la cabeza en África, donde por largo tiempo la había tenido agachada por los extravíos y por las opresiones ejercidas sobre los fieles de parte de los boyantes herejes, sobre todo de los partidarios de Donato que volvían a bautizar grandes muchedumbres de Africanos.

Estos sus libros y discursos, que brotaban y derivaban de la admirable gracia divina y que eran provistos sea de abundantes argumentos racionales sea de la autoridad de las Sagradas Escrituras, los propios herejes corrían a escucharlos junto con los católicos, movidos por un intenso interés: todo aquel que quería y tenía la posibilidad de hacerlo, contrataba a taquígrafos que registraban todo lo que se decía” (Cap. 7, nº 1-3).

Agustín, en sus “*Confesiones*”, escribe:

“Para mí son demasiado preciosas las gotas del tiempo. Ya desde hace mucho ardo en deseo de meditar tu ley (cfr. Sal 1, 2; 118, 174), de confesarte en ella mis conocimientos y mis ignorancias, los inicios de tu iluminación en mí y los restos de mis tinieblas (cfr. Sal 17, 29), hasta que mi debilidad quede absorbida por tu fortaleza. Y no quiero que se me vayan en otra cosa las horas que me dejan libres las atenciones necesarias tanto a la manutención de mi cuerpo como a la aplicación a las cosas del espíritu, las atenciones y servicios que le debo a la gente, y los servicios que no le debo, pero que sí le presto.

(...) Señor Dios mío, (...) permíteme ofrecerte el servicio de mi pensamiento y de mi lengua. (...) Que tus Escrituras constituyan para mí un encanto lleno de pureza. Que no me engañe en ellas, ni con ellas sirva a otros de engaño. (...) Dame espacio para meditar los secretos de tu ley. No cierres sus puertas a los que llamamos a ellas (cfr. Mt 7, 7-11; Lc 11, 9-13). Tus motivos tuviste para querer escribir tantas páginas colmadas de secretos.

(...) Mira que tu voz es mi alegría. Tu voz es el colmo de todos los deleites. Dame lo que amo, porque amo, y esto es un don tuyo. No abandones tus dones ni desprecies a tu hierba sedienta.

Te confesaré los descubrimientos que haga en tus libros y oiré la voz de tu alabanza (cfr. Sal 25, 7), y te beberé, y consideraré las maravillas de tu ley (cfr. Sal 118, 18) desde el principio, cuando creaste el cielo y la tierra, hasta el reino eterno contigo en tu ciudad santa (cfr. Ap 21, 2.10).

(...) Cuando llame, se me abran de par en par las intimidades de tus palabras. Te lo pido por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, (...) a quien has constituido para ti como mediador tuyo y nuestro (cfr. 1Tim 2, 5), por quien nos buscaste cuando no te buscábamos, nos buscaste para que te buscásemos.

(...) Te lo pido por Él, que está sentado a tu derecha y te ruega por nosotros (cfr. Rm 8, 34), y en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (cfr. Col 2, 3). Estos tesoros los busco yo ahora en tus libros” (*Confesiones*. Libro XI, cap. 2, n. 2-4).

“Desde aquí ya se difundían y ponían en evidencia en toda África la insigne doctrina y el suavísimo aroma de Cristo (cfr. 2Cor 2, 15; Ef 5, 2). Al llegar a conocer esto, se regocijaba también la Iglesia de Dios allende el mar; en efecto, *«si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo»* (1Cor 12, 26)” (*Posidio. Vida de Agustín*, cap. 7).

## AGUSTÍN ES CONSAGRADO OBISPO

“Pero el bienaventurado Valerio, ya anciano, quien más que los demás se alegraba y daba gracias a Dios por haberle concedido aquel especial beneficio, considerando lo que es el alma humana, comenzó a temer que Agustín fuera requerido como Obispo por alguna otra Iglesia que se había quedado sin pastor, y que de esa manera le fuera quitado a él. Y esto hubiese sucedido si el Obispo Valerio, habiéndose enterado de estas intenciones, no lo hubiese hecho transferir a un lugar escondido, de manera tal que los que lo buscaban no lograron encontrarlo.

El santo anciano, cada vez más temeroso, y muy consciente de haberse debilitado mucho por las condiciones del cuerpo y por la edad, escribió de manera reservada al Primado de África, el Obispo de Cartago: le manifestaba lo débil de su cuerpo y el peso de los años, y le pedía que Agustín fuera ordenado Obispo de la Iglesia de Hipona, de manera que fuera no tanto su sucesor en la cátedra, sino Obispo junto con él. Como respuesta, obtuvo lo que deseaba y pedía insistentemente.

Algún tiempo después, el Obispo Valerio, habiendo venido Megalio -Obispo de Calama y Primado de Numidia en aquel entonces- a visitar, accediendo a su pedido, la iglesia de Hipona, sin que alguien se lo esperara presentó su intención a los obispos que en aquel momento se encontraban allí por casualidad, a todo el clero de Hipona y a los fieles todos. Todos se alegraron al oírlo, y en voz alta y con el máximo entusiasmo pidieron que el asunto fuera puesto en práctica inmediatamente: pero el sacerdote Agustín rehusaba ser consagrado Obispo mientras aún estaba vivo el Obispo de la sede, yendo así contra la costumbre de la Iglesia.

Entonces, todos trataron de convencerlo, diciendo que aquel modo de proceder era de uso común y citando ejemplos de Iglesias africanas y de allende el mar, usos y ejemplos que



él desconocía. Finalmente, como acosado y obligado, Agustín consintió y recibió la ordenación a la mayor dignidad, la episcopal<sup>52</sup>.

Sucesivamente, afirmó a voz y por escrito que no debería haber sido ordenado mientras aún vivía su Obispo, porque esto estaba prohibido por la decisión de un Concilio Ecuménico<sup>53</sup>, cosa que él había aprendido únicamente después de haber sido ordenado.

Por eso, se esmeró para que los concilios de Obispos decretaran que los que ordenaban tenían la obligación de informar a los que iban a ser ordenados y también a los ya ordenados acerca de todos los decretos episcopales. Y así se hizo<sup>54</sup> (cap. 8).

## ACTIVIDAD DE AGUSTÍN CONTRA LA HEREJÍA DONATISTA

### Discursos y cartas para convencer a los donatistas

“Una vez consagrado Obispo, Agustín predicaba la Palabra de salvación eterna (cfr. Hch 13, 26) con más insistencia y entusiasmo y con mayor autoridad, no sólo en una región, sino dondequiera le pidieran que fuera, con prontitud y esmero, mientras la Iglesia del Señor se desarrollaba y florecía cada vez más.

Él, a quien se lo pidiera, estaba siempre llano a dar razón de la fe y la esperanza puesta en Dios; y los donatistas de Hipona y de las comarcas vecinas referían a sus obispos las palabras y sobre todos las notas tomadas de los discursos de Agustín.

---

<sup>52</sup> Era el año 395 o 396.

<sup>53</sup> Se trata del Concilio Ecuménico de Nicea del año 325, en su canon 3º.

<sup>54</sup> Así se hizo en el Concilio de Cartago del año 397, en su canon 3º.

Estos obispos donatistas escuchaban y a veces trataban de replicar algo, pero sucedía que eran confutados por sus propios seguidores o que sus respuestas eran referidas a Agustín. Y Agustín, cuando las conocía, con paciencia y dulzura y -como está escrito (Fil 2, 12)- con temor y temblor proveía a la salvación de aquellos hombres, demostrando que aquellos obispos no habían podido confutar nada en absoluto y que, por el contrario, era verdad manifiesta lo que cree y enseña la Iglesia de Dios. Así él obraba constantemente, día y noche.

Escribió también cartas privadas a algunos obispos eminentes de aquella secta y a laicos, dando explicaciones, exhortando y amonestando para que o se rectificaran de aquel error o vinieran a discutir con él.

Pero aquéllos, que no confiaban en su propia causa, no quisieron siquiera responder, sino que, airados y enfurecidos, afirmaban que Agustín era un seductor que engañaba a las almas. Gritaban esto en público y en privado, y en sus sermones afirmaban incluso que Agustín debía ser matado como un lobo, para defender el rebaño, y que sin duda debía creerse que Dios perdonaría todos los pecados de aquellos que lograran llevar a cabo tal propósito, sin temor de ofender a Dios y de tener que avergonzarse delante de los hombres. Entonces Agustín se esmeró para que todos supieran que aquéllos desconfiaban de su propia causa y que, invitados a un debate público, no habían tenido la valentía de presentarse” (cap. 9).

### **Los temibles “circumcelliones”**

“En casi todas sus iglesias los donatistas tenían a un grupo de hombres increíblemente perversos y violentos, que solían recorrer la región haciendo alarde de continencia. Se llamaban ‘circumcelliones’ y se encontraban en gran cantidad en casi todas las regiones de África.

Ellos, instruidos por malvados doctores, con descarada audacia e ilícita temeridad no tenían consideraciones ni para sus compañeros de secta ni para los extraños: contra todo derecho impedían a la gente proceder en las causas judiciares y, si alguien no obedecía, ellos le causaban gravísimos perjuicios y violencias. Provistos de diferentes tipos de armas, arreciaban en el campo y en los poblados y no temían llegar hasta el homicidio.

(...) Y debido al hecho que la verdad se hacía cada vez más fuerte contra su doctrina, los que entre los donatistas tenían la voluntad y la posibilidad de hacerlo se alejaban de manera más o menos manifiesta de su secta y se adherían a la paz y unidad de la Iglesia con cuantos de los suyos podían convencer.

Por eso los «circumcelliones», viendo que disminuía el número de los que adherían a su error y envidiando el incremento de la Iglesia, encendidos y exaltados por grandísima ira, comenzaron a perseguir de una manera intolerable a todos aquellos que adherían a la unidad de la Iglesia: agredían de día y de noche a los propios Obispos católicos y a los ministros de la Iglesia y destruían todo. Así redujeron en malas condiciones a muchos siervos de Dios golpeándolos, mientras que a otros les arrojaron a los ojos cal con vinagre, y a otros los mataron. Por tal motivo, estos donatistas, que solían también rebautizar, se volvieron odiosos incluso a sus propios partidarios” (cap. 10).

## **Nuevas ordenaciones y nuevo auge y difusión de la Iglesia Católica en África**

“Progresando mientras tanto la enseñanza divina, aquellos que en el monasterio servían a Dios bajo la guía del santo Agustín y junto con él, comenzaron a ser ordenados Sacerdotes de la Iglesia de Hipona.

De esta manera, día tras día se imponía y se hacía más evidente la verdad de la predicación de la Iglesia Católica, así como el

modo de vida de los santos siervos de Dios, su continencia y su absoluta pobreza: porque se comenzó a pedir (con éxito) obispos y clérigos al monasterio que aquel gran hombre había fundado y hecho prosperar con gran entusiasmo, de manera que (...) se afirmó la paz y la unidad de la Iglesia.

En efecto, el bienaventurado Agustín, al ser requerido, dio a diferentes Iglesias, algunas de ellas muy importantes, cerca de diez hombres santos y venerables, continentes y doctos, que yo mismo he conocido personalmente.

Éstos, por otro lado, viniendo de su santa manera de vivir hasta Iglesias de Dios esparcidas en diversos lugares, se dedicaron a instituir monasterios; y, al crecer el celo por la edificación de la Palabra de Dios, preparaban a recibir el sacerdocio a varios hermanos que fueron puestos al frente de otras Iglesias.

Por lo tanto progresaba por medio de muchos y en muchos la doctrina de la fe salvadora, de la esperanza y de la caridad enseñada en la Iglesia, no sólo en todas partes de África, sino también en las regiones allende el mar: en efecto, con la publicación de libros, traducidos incluso al griego, gracias a aquel solo hombre, con la ayuda de Dios, todo el conjunto de la doctrina cristiana llegó a ser conocido por todos.

Entonces -según está escrito- el pecador, al ver esto, se enfurecía, rechinaba los dientes y se consumía (cfr. Sal 11, 10); en cambio tus siervos -también según está escrito- estaban en paz con aquellos que odiaban la paz y, cuando hablaban de paz, eran combatidos por aquéllos sin motivo (cfr. Sal 119, 7)” (cap. 11).

### **Emboscadas y otras artimañas de los herejes donatistas**

“Algunas veces, circumcelliones armados intentaron emboscar por el camino al siervo de Dios Agustín, cuando iba a visitar, instruir y exhortar las comunidades católicas que lo requerían, lo cual él hacía con mucha frecuencia.

Una vez sucedió que aquellos sicarios fallaron en su intento, porque, por providencia divina y, en todo caso, por un error del hombre que guiaba la comitiva del obispo Agustín, éste y sus compañeros llegaron por otro camino al lugar al que se dirigían; y, gracias a esto, que después se supo haber sido un error, se salvó de las manos de los impíos y, junto con todos los otros, dio gracias a Dios que los había librado.

Y aquellos sicarios, según su manera de proceder, no perdonaban ni a laicos ni a clérigos, según atestiguan los documentos oficiales.

A este respecto, no se debe pasar bajo silencio lo que a gloria de Dios se hizo, contra estos donatistas que rebautizaban, gracias a la actividad de un hombre tan ilustre en la Iglesia y gracias a su celo por la casa de Dios.

Uno de aquellos que él había formado en su monasterio y en su clero y que había dado a varias Iglesias como Obispos<sup>55</sup>, visitaba la diócesis de la Iglesia de Calama confiada a sus cuidados pastorales y predicaba lo que había aprendido contra la herejía donatista, en favor de la paz de la Iglesia. En tal ocasión, durante el camino cayó en una emboscada de los circumcelliones que le asaltaron a él y a sus compañeros, los despojaron de sus acémilas y de las demás pertenencias, los insultaron y golpearon muy gravemente.

Para que el progreso de la paz en la Iglesia no fuera obstaculizado por hechos como éste, el defensor de la Iglesia, que tenía la ley de su lado, no dejó que el hecho pasara bajo silencio. Entonces Crispino, que era el obispo donatista de la ciudad y región de Calama, hombre conocido y docto y de edad avanzada, fue condenado a pagar una multa establecida por las leyes contra los herejes. Pero éste presentó recurso de oposición y, frente al Procónsul, declaró no ser hereje.

---

<sup>55</sup> Se trata del propio Posidio, tal como se deduce de lo que anota San Agustín en su *Epistula* 105 (§ 4) y en su obra "*Contra Cresconium*" (III, 50-52).

Entonces, ya que el defensor de la Iglesia se había retirado, fue necesario que el Obispo católico presentara su recurso de oposición y demostrara que Crispino era en realidad el hereje que había negado ser.

(...) Gracias a las insistentes presiones del Obispo Agustín de feliz memoria, los dos obispos de Calama, el católico y el donatista, tuvieron una discusión pública y en tres oportunidades polemizaron entre ellos sobre las divergencias recíprocas de su fe, mientras era grande la expectativa de todas las comunidades cristianas en Cartago y en toda África: por sentencia escrita del Procónsul, Crispino fue declarado hereje.

El obispo católico intercedió por él, para que no tuviera que pagar la multa, y su pedido fue escuchado. Pero el ingrato Crispino apeló al emperador, y éste dio al pedido la respuesta debida: por consiguiente, ordenó que en ningún lugar debían existir herejes donatistas y que contra ellos debían estar vigentes todas las leyes que habían sido emanadas contra los herejes. Por eso el juez, el tribunal y el propio Crispino fueron condenados a pagar al fisco diez libras de oro cada uno, porque no se había exigido el pago de la multa. Inmediatamente, entonces, los obispos católicos, y sobre todo Agustín, bregaron para que esa sentencia fuera condonada por la generosidad del soberano, y con la ayuda del Señor, lograron su cometido. La Iglesia se benefició mucho de este deferente proceder y de este santo celo” (cap. 12).

### **Concilio de Cartago del año 411 para resolver el problema de la herejía donatista**

“Por todo lo que Agustín obró en defensa de la paz de la Iglesia, el Señor le concedió la palma y le tuvo reservada la corona de la justicia (cfr. 2Tim 4, 8). Así, con la ayuda de Cristo, día tras día cada vez más aumentaba y se difundía la unidad de la paz y la fraternidad de la Iglesia de Dios.

Esto se dio sobre todo después de la reunión que todos los Obispos católicos tuvieron en Cartago con los obispos donatistas, por orden del gloriosísimo y religiosísimo emperador Honorio, quien, para el efecto, desde su corte había enviado a África como juez al tribuno y notario Marcelino.

En este debate, los donatistas, completamente confutados y convencidos de error por los católicos, fueron condenados por sentencia del juez; y, después de su apelación, la respuesta del piísimo emperador condenó a aquellos inicuos como a herejes.

Por este motivo, muchos obispos donatistas con su clero y con sus fieles entraron con más frecuencia en comunión con los católicos y, adhiriendo a la paz católica, soportaron muchas persecuciones de parte de los donatistas, incluso hasta la amputación de los miembros y al asesinato.

Y todo este bien, tal como ya he dicho, comenzó y se desarrolló por obra de aquel santo hombre, con el que comulgaban y cooperaban los otros Obispos nuestros” (cap. 13).

### **Pretextos donatistas postconciliares**

“Por otra parte, también después del concilio que se tuvo contra los donatistas, no faltaron algunos que afirmaban que a sus obispos no se les había permitido expresarse completamente en defensa de su posición frente a la autoridad que había presidido la causa, pretextando que el juez, en cuanto católico, favorecía sus partidarios.

Pero ellos, después de la derrota, esgrimían este argumento como un pretexto, porque los herejes todavía antes de la controversia sabían que el juez era católico, y, cuando fueron invitados por él con un acto público a presentarse a la discusión, en lugar de aceptar hubieran podido rehusar el debate, por considerar al juez como no imparcial.

Sin embargo, la providencia de Dios hizo que, algún tiempo

después, Agustín, de feliz memoria, se encontrara en Cesarea, ciudad de Mauritania, donde lo había convocado, junto con otros Obispos, una Carta de la Sede Apostólica, para proveer a algunas necesidades de la Iglesia.

En esa circunstancia, Agustín tuvo la oportunidad de ver a Emérito, el obispo donatista de aquel lugar, el mismo que en el concilio de Cartago había sido un importante defensor de su secta. Y con él discutió públicamente, siempre sobre el mismo argumento, en el templo, en presencia de miembros de las dos comunidades (la católica y la donatista).

Ya que (los donatistas) sostenían que Emérito en el concilio no había podido decir todo lo que tenía que decir, Agustín, haciendo hincapié en el hecho de que se estaba tratando de un acto oficial, le invitó a que no dudara en hablar en esta ocasión, en la que no había ninguna prohibición por parte de la autoridad pública, y que no dudara en defender con valentía su posición precisamente en su ciudad, en presencia de todos sus conciudadanos.

Pero, ni esta exhortación ni la apremiante insistencia de los parientes y los conciudadanos lo convencieron para que aceptara. Esto a pesar de que ellos le prometían volver a su iglesia, aun arriesgando perder sus bienes y su salud corporal, con tal de que lograra triunfar sobre la posición católica. Él, sin embargo, no quiso ni supo decir más de lo que contienen aquellas actas oficiales, que es tan solo esto: «De todos modos las Actas contienen lo que los obispos han hecho en Cartago, si hemos triunfado o si hemos sido derrotados».

Y una vez más, debido a que el notario le instaba a responder, dijo: ‘Haz tú lo que creas conveniente’; y, pues callaba y así todos tuvieron la evidencia de su desconfianza (en la solidez de sus argumentos), resultó aumentada y reforzada la Iglesia de Dios.

Finalmente, aquellos que quisieran conocer más a fondo la solicitud y laboriosidad de Agustín, de feliz memoria, en



defensa de la condición de la Iglesia de Dios, podrán examinar el informe final de esos hechos: allí encontrarán los argumentos que Agustín propuso y los que empleó para invitar e inducir a su adversario -docto y elocuente y renombrado- a decir lo que quería en defensa de su posición doctrinal, y reconocerán que Agustín lo derrotó” (cap. 14).

## ACTIVIDAD DE AGUSTÍN CONTRA LA HEREJÍA MANIQUEA

### Agustín convierte al catolicismo el comerciante Fermo, maniqueo

“Aún recuerdo -no sólo yo, sino también otros hermanos que en aquel tiempo vivían con nosotros en la Iglesia de Hipona junto con aquel santo hombre- cómo una vez, mientras estábamos reunidos alrededor de la mesa, él dijo: «¿Se han dado cuenta ustedes, hoy en la iglesia, de cómo mi sermón, de comienzo a fin, se ha desarrollado de un modo contrario al que acostumbro, porque no he explicado completamente el tema que había propuesto, sino que lo he dejado en suspenso?».

Le contestamos: «Efectivamente, recordamos que nos hemos quedado sorprendidos en aquel momento».

Y él: «Creo -dijo- que precisamente por medio de mi olvido y de mi falla el Señor haya querido instruir y sanar a alguien de la feligresía que se encuentra en el error. Pues nosotros estamos en las manos del Señor, como lo están también nuestras palabras. En efecto, mientras trataba algunos puntos de la cuestión que había propuesto, al hacer una digresión me he adentrado en otro argumento, y así, sin explicar hasta el final aquella cuestión, he preferido terminar el sermón polemizando contra el error de los maniqueos, en lugar de continuar tratando el argumento que había propuesto».

Uno o dos días -si no me equivoco- después de estos hechos, se presentó en el monasterio un comerciante de nombre Fermo y, en presencia de nosotros, se echó gimiendo a los pies de Agustín: entre lágrimas suplicó al Obispo que rogara junto con los fieles cristianos al Señor por sus pecados, confesando haber seguido la secta de los maniqueos y haber vivido en ella muchos años; además había aportado inútilmente fuertes sumas de dinero a los maniqueos, sobre todo a los que se autodefinen como «los elegidos». Pero, encontrándose hacía poco en la iglesia, por la divina misericordia había sido llamado a volver al recto camino por el sermón de Agustín y se había convertido al catolicismo.

Entonces el venerable Agustín en persona y nosotros que estábamos allí con él le pedimos que nos indicara con precisión cuál punto sobre todo de aquel sermón había hecho efecto en él; y, mientras él relataba la trama del sermón, y nosotros la recordábamos, admiramos estupefactos el misterioso designio de Dios para salvar las almas, glorificamos su santo Nombre y bendicimos a Aquel que obra la salvación de las almas cuando quiere, donde quiere y cómo quiere, por medio de instrumentos conscientes de ello o totalmente ignoraros.

Desde aquel momento el comerciante Fermo abrazó la norma de vida de los siervos de Dios y abandonó el comercio. Ya que por sus progresos se señalaba entre los miembros de la Iglesia, mientras se hallaba en otra región, llegó a ser sacerdote, al ser requerido y presionado para ello por voluntad de Dios, y conservó su santa norma de vida. Y tal vez él, que se ha establecido en un pueblo allende el mar, sigue aún viviendo” (Cap. 15).

### **Agustín logra la conversión de un grupo de “elegidos” y “elegidas” de la herejía maniquea**

“En Cartago, algunos maniqueos, de aquellos que ellos llaman «electos» y «electas», fueron sorprendidos por Orso, Procurador

de la Casa imperial, quien era de fe católica, y, conducidos a la iglesia por él mismo, fueron interrogados por los Obispos en presencia de los taquígrafos.

Entre los Obispos estaba también Agustín, de feliz memoria, quien más que los otros conocía aquella nefanda secta: por eso él logró poner en evidencia sus reprobables errores con citas sacadas de los propios libros que los maniqueos usan, y así los indujo a confesar sus blasfemias.

Aquellas actas oficiales revelaron también, por boca de aquellas mujeres así llamadas «elegidas», las prácticas indignas y deshonestas que ellos solían realizar según su perversa costumbre.

De esta manera el celo de los pastores incrementó el rebaño del Señor y lo defendió oportunamente de los ladrones y salteadores.

Agustín tuvo también un debate público en la iglesia de Hipona con un cierto Félix, del número de aquellos que los maniqueos llaman «elegidos», en presencia del pueblo y de los taquígrafos que transcribían lo que se decía. Después del segundo o el tercer debate, aquel maniqueo, viendo confutados la vanidad y el error de los maniqueos, se convirtió a nuestra fe y entró a formar parte de nuestra Iglesia, como resulta también de la lectura de las Actas<sup>56</sup> (cap. 16).

## ACTIVIDAD DE AGUSTÍN CONTRA LA HEREJÍA ARRIANA

**Agustín debate públicamente con Pascencio, importante personaje de fe arriana**

“Provocado por cierto Pascencio, y debido a que se lo

---

<sup>56</sup> Cfr. “*De actis cum Felice maniqueo libri duo*”.

requerían personajes de alto grado, Agustín tuvo en Cartago una discusión pública con él.

Pascencio era un Conde de la Casa imperial, de fe arriana<sup>57</sup>, muy severo recaudador de impuestos, quien se valía de su poder para contrariar dura y sistemáticamente la fe católica y con sus chirigotas y su autoridad atormentaba y maltrataba a muchos sacerdotes de Dios un poco sencillotes en su fe.

Pero este hereje rehusó de modo absoluto que se llevaran al debate tablillas y estiletos (para los taquígrafos), como por el contrario requirió con gran insistencia nuestro maestro (Agustín) antes y después del debate. Pero aquél se oponía, alegando que por temor a las leyes estatales no quería correr riesgo alguno con tal trascripción.

No obstante ello, Agustín, viendo que aquel modo de proceder -es decir, que se discutiera de manera «privada», sin poner nada por escrito- era aceptado por aquellos que asistían, aceptó el debate.

De todos modos predijo que sucedería lo que después efectivamente sucedió: que, terminada la reunión, cada uno, en ausencia de documentación escrita, se sentiría libre de sostener que había dicho lo que no había dicho y de no haber dicho lo que sí había dicho.

---

<sup>57</sup> El arrianismo, que debe su nombre a Arrio (280-336), su iniciador y acérrimo sostenedor, negaba el misterio de la Santísima Trinidad y, por consiguiente, también la divinidad de Cristo, aunque, como suelen hacerlo los racionalistas de todos los tiempos, lo exaltaba como el primogénito entre todas las criaturas y la más excelente de ellas. Su herejía fue condenada por el Concilio Ecuménico de Nicea, en el año 325, que definió como dogma de fe la doctrina tradicional de la Iglesia católica, la cual enseña que Cristo es el Verbo, Hijo de Dios, consustancial (*'homoousion'*, en griego) con Dios Padre, sin por ello afectar la distinción entre el Padre y el Hijo en la unidad de la naturaleza divina del único Dios.

Discutió con Pascencio: sustentó la doctrina católica, escuchó lo que sostenía el adversario, con válido argumento y con la autoridad de las Escrituras demostró los fundamentos de nuestra fe, y luego demostró que las proposiciones de Pascencio no estaban sustentadas por evidencia alguna ni por la autoridad de la Sagrada Escritura, y le confutó.

Pero, cuando los dos contrincantes se separaron, Pascencio, aún más airado y enfurecido, iba esparciendo muchas falacias para sostener su fe errónea, ufanándose de haber derrotado a Agustín, que tantos exaltaban.

Debido a que estas jactancias se divulgaron por doquier, Agustín se vio obligado a escribirle unas cartas a Pascencio, exponiendo en ellas fielmente lo que las dos partes habían dicho y hecho -aunque sin nombrar a los que habían sostenido el debate, en atención al temor de Pascencio-. Si Pascencio negaba el contenido, él, Agustín, para comprobar los hechos tenía muchos testigos: aquellas personas de alta condición social que habían presenciado el debate. A las dos cartas que Agustín le dirigió, aquél a mala pena contestó con una sola, en la que sólo sabía insultar en lugar de dar una demostración de su doctrina.

Todo esto puede ser documentado y probado para aquellos que quieren y saben leer<sup>58</sup> (cap. 17, 1).

### **Agustín discute públicamente con el obispo arriano Maximino**

“Agustín tuvo una discusión pública también con un obispo arriano, de nombre Maximino, que había llegado a África con los Godos. Lo hizo por deseo y requerimiento de muchos,

---

<sup>58</sup> Cfr. las *Cartas* n° 238 y 239 de San Agustín.

en presencia de personas importantes. Lo que las dos partes expusieron se encuentra escrito<sup>59</sup>.

Si los interesados quieren leer con atención, sin duda examinarán tanto lo que afirma la astuta sinrazón de la herejía para descarriar y engañar, como lo que profesa y enseña la Iglesia Católica acerca de la divina Trinidad.

Pero aquel hereje, una vez que regresó de Hipona a Cartago, gracias a la gran locuacidad de la que había dado prueba en el debate, se jactaba falsamente de haber salido vencedor.

Y, debido al hecho de que todo ese asunto no podía ser examinado y evaluado fácilmente por personas no entendidas en cuanto a las Sagradas Escrituras, más tarde Agustín recapituló por escrito todo aquel debate, presentando una tras otra las objeciones y las correspondientes respuestas<sup>60</sup>.

De esta manera se puso en evidencia cómo Maximino no había sabido responder a las objeciones de Agustín; y se hicieron también algunos añadidos, porque en el tiempo limitado del debate Agustín no había podido decir y hacer transcribir todo. En efecto, aquel pérfido contrincante había hecho de manera tal que su última intervención, prolongada durante mucho tiempo, ocupara todo el período que faltaba al cierre del debate” (cap. 17, 2).

---

<sup>59</sup> Esta Acta se halla en las obras de San Agustín, y lleva el título de “*Collatio cum Maximino Arianorum episcopo*”.

<sup>60</sup> Cfr. la obra “*Contra Maximinum libri duo*”.

## ACTIVIDAD DE AGUSTÍN CONTRA LA HEREJÍA PELAGIANA

**Agustín combate contra la herejía pelagiana escribiendo libros, predicando y promoviendo Concilios**

“Agustín tuvo que luchar durante unos diez años también contra los pelagianos<sup>61</sup>, nuevos herejes de nuestro tiempo, hábiles polemistas que con artes sutiles y dañinas escribían y hablaban en todo lugar posible, en público y en privado.

Para ello, Agustín escribió y publicó muchos libros<sup>62</sup> y muy a menudo predicó al pueblo en la iglesia contra este error.

Ya que estos perversos con gran dinamismo trataban de atraer a su pérfida herejía incluso a la Sede apostólica, también varios concilios africanos se movilizaron para que los Papas de la Ciudad santa, primero el venerable Inocencio y después el bienaventurado Zósimo su sucesor, se convencieran de cuánto

---

<sup>61</sup> La herejía pelagiana debe su nombre al monje Pelagio que, apoyado asidua y constantemente por el monje Celestio, negaba el pecado original y enseñaba que el hombre puede salvarse por sus propias fuerzas y esfuerzos, sin necesidad de la gracia sobrenatural, siendo suficiente como máximo la gracia extrínseca de la ley de Dios y de la enseñanza y el ejemplo de Cristo. La herejía pelagiana fue condenada, entre otros, por el Concilio de Cartago de 411, por el Papa San Zósimo (417-418) con una Carta (“*Epistula tractoria*”) a todos los Obispos de Occidente y Oriente, y sobre todo por el Concilio Ecuménico de Efeso del año 431. Para profundizar sobre el tema, véase: Llorca, Bernardino; y otros. *Historia de la Iglesia católica*. Tomo 1, p. 496-504.

<sup>62</sup> Entre ellos cabe recordar los siguientes: “*Sobre el bautismo de los párvulos*”; “*Sobre el espíritu y la letra*”; “*De la naturaleza y la gracia*”; “*De la gracia de Cristo y del pecado original*”; “*Contra las dos cartas de los pelagianos*” y “*Contra Julián (de Eclano), defensor de la herejía pelagiana*”.

aquella doctrina debía ser rechazada y condenada por la fe católica<sup>63</sup>.

En diferentes momentos, aquellos obispos de sedes tan importantes condenaron a los pelagianos y los separaron de los miembros de la Iglesia; además, con cartas enviadas a las Iglesias de África, de Oriente y de Occidente, establecieron que aquéllos debían ser condenados y evitados por todos los católicos.

Incluso el piísimo emperador Honorio, informado de este juicio emanado por la Iglesia Católica de Dios contra los pelagianos, se adhirió a él y con algunas de sus leyes los condenó, decretando que debían ser considerados como herejes<sup>64</sup>.

Por este motivo, algunos de ellos, que se habían alejado del regazo de la Santa Madre Iglesia, han regresado a ella, y otros también lo están haciendo, mientras se abre camino y prevalece cada vez más contra aquel detestable error la verdad de la recta fe” (cap. 18, 1).

### **Importancia del ministerio pastoral de Agustín para la Iglesia católica**

“Aquel hombre memorable era un importante miembro del Cuerpo del Señor, siempre solícito y atento para todo lo que resultara útil a la Iglesia universal.

Por voluntad divina le fue concedido gozar ya en esta vida el fruto de sus esfuerzos, en primer lugar en la región de la Iglesia de Hipona, de la que era específicamente la cabeza, pero también en las otras regiones de África: en efecto, veía que por obra tanto

---

<sup>63</sup> Esto se hizo sobre todo con el Concilio de Milevis (“Milevum”, en la antigua Numidia, actual Argelia) del año 416, y con el Concilio de Cartago del año 418.

<sup>64</sup> Véase, en la “*Epistula*” o Carta n° 201 de San Agustín, el Edicto de 9 de junio del año 419.



suya como de los que él mismo había consagrado como Obispos, la Iglesia del Señor se había ampliado e incrementado; y se alegraba por el hecho de que maniqueos, donatistas, pelagianos y paganos en gran parte se habían menguado o se había unido a la Iglesia de Dios.

Favorecía los estudios y los progresos de todos los buenos, y se alegraba de ellos; pía y santamente toleraba ciertas faltas disciplinarias de los hermanos, mientras se dolía de la iniquidad de los malos, tanto de los que pertenecían a la Iglesia como de los que se encontraban fuera de ella. Gozaba siempre -tal como he dicho- de lo que traía beneficio a las cosas del Señor, y se afligía de lo que le causaba daño.

Escribió y publicó muchos libros, predicó muchos sermones en la iglesia -sermones que luego fueron transcritos y corregidos- sea para confutar a los diferentes herejes sea para interpretar las Sagradas Escrituras para edificar los santos hijos de la Iglesia.

Estas obras fueron tantas que difícilmente una persona estudiosa tiene la posibilidad de leerlas y aprender a conocerlas todas a fondo.

Por otra parte, para no defraudar en nada a aquellos que anhelan palabras de verdad, he establecido con la ayuda de Dios anexar al final de este libro también el índice de aquellos libros, sermones y cartas<sup>65</sup>. Una vez que haya leído ese Índice, aquel que ama más la verdad de Dios que las riquezas temporales podrá escoger la obra que quiera leer y conocer en profundidad, y podrá pedir una copia de ella a la biblioteca de Hipona, donde encontrará ejemplares más correctos; o buscará encontrarla donde pueda. De esta manera transcribirá y guardará las obras que haya encontrado, y sin recelos egoístas, cuando alguien se las pida, se las dará para que a su vez las transcriba” (cap. 18, 2).

---

<sup>65</sup> No se ha incluido aquí.

## OTRAS ACTIVIDADES DE AGUSTÍN

### Agustín administra justicia como Juez eclesiástico

“Agustín seguía también el consejo del Apóstol que dice: *«Cuando alguno de vosotros tiene un pleito con otro, ¿se atreve a llevar la causa ante los impíos y no ante los santos? ¿No sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si vosotros vais a juzgar al mundo, ¿no sois acaso dignos de juzgar esas naderías? ¿No sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? Y ¡cómo no las cosas de esta vida! Y cuando tenéis pleitos de este género ¡tomáis como jueces a los que la Iglesia tiene en nada! Para vuestra vergüenza lo digo. ¿No hay entre vosotros algún sabio que pueda juzgar entre los hermanos? Sino que vais a pleitear hermano contra hermano, ¡y eso, ante infieles!»* (1Cor 6, 1-6).

Por eso, requerido por cristianos y por personas de otras religiones, Agustín oía las causas con religiosa atención. Tenía siempre presente la afirmación de alguien que decía que prefería juzgar entre personas desconocidas que entre amigos: en efecto, juzgando con justo juicio a un desconocido, podía hacer de él un amigo; mientras que perdería al amigo al cual tuviera que dar sentencia contraria en el juicio.

Permanentemente oía las causas y juzgaba, a veces hasta la hora del almuerzo, otra veces durante el día entero, quedándose en ayunas. En esta actividad consideraba el valor de las almas cristianas y hasta qué punto cada uno progresara en la fe y en las buenas costumbres, o por el contrario retrocediera.

Sabía coger el momento oportuno para explicar a las partes la verdad de la ley divina y se la inculcaba, enseñando y recordando la manera de conseguir la vida eterna.

De aquellos que se dedicaban a esta actividad no requería otra cosa que la obediencia y la devoción cristiana que se deben a Dios y a los hombres, y amonestaba a los pecadores en presencia de todos, para disuadir a los demás.

Desarrollaba esta actividad casi como centinela establecido por el Señor sobre la Casa del Israel (cfr. Ez 3, 17; 33, 7), predicando la Palabra e insistiendo a tiempo y a destiempo, corrigiendo, exhortando y amonestando con toda paciencia y doctrina (cfr. 2Tim 4, 2), dedicándose sobre todo a instruir a aquellos que eran aptos para enseñar también a los demás.

Agustín, requerido también por algunos para que se ocupara de sus asuntos temporales, enviaba cartas a varias personas. Pero consideraba como un peso esta ocupación que lo distraía de actividades más importantes: en efecto, él amaba discutir siempre de las cosas de Dios, tanto en público como en discusiones fraternas y familiares” (cap. 19).

### **Agustín, reacio a las cartas de recomendación**

“Sabemos también que él, aunque requerido por personas muy queridas, no escribió cartas de recomendación a las autoridades civiles: a este respecto, solía decir que se debía observar la máxima de un sabio del que está escrito que, en consideración de su buen nombre, no había hecho muchos favores a los amigos; y de su propia cosecha añadía que por lo general el poderoso que hace algún favor presiona después para el contracambio.

Luego, cuando era requerido y veía que era necesario interceder, lo hacía con tanta dignidad y discreción que no sólo no resultaba importuno o molesto, sino que incluso era objeto de admiración.

Así en cierta circunstancia, al presentarse la necesidad, él escribió a su manera a un Vicario de África, de nombre Macedonio, para recomendar a un postulante. Y el Vicario, después de haber escuchado la solicitud, le contestó de la

siguiente manera: «Admiro muchísimo tu sabiduría tanto en los libros que has publicado como en esta carta que no has considerado gravoso enviarme intercediendo en favor de alguien que se encuentra en penurias. En efecto, señor merecidamente venerable y padre dignísimo, los libros contienen tanta agudeza, ciencia y santidad, que no hay nada superior a ellos; y la carta, por su parte, está escrita con tanta discreción que yo, si no concediera lo que tú pides, debería considerar que la culpa es mía y que no depende de las dificultades del asunto. Pues tú no insistes, como hacen casi todos los de aquí, para conseguir a toda costa lo que pide el interesado, sino que cuanto te parece oportuno pedir a un juez recargado de tantas ocupaciones, esto tú pides con aquella delicadeza que entre la gente buena es la más eficaz para obtener las cosas más difíciles. Por eso he concedido lo que pedían las personas que has recomendado: por lo demás, ya antes les había dado motivos para esperar» (cap. 20).

### **Agustín participa en los Concilios y en las designaciones y ordenaciones de Obispos y sacerdotes**

“Cuando podía, Agustín participaba en los Concilios de los Obispos en las diferentes Provincias, buscando en ellos no su interés personal, sino el de Jesucristo (cfr. Fil 2, 21), para que la fe de la Santa Iglesia no sufriera daño alguno y a fin de que algunos Obispos y clérigos, excomulgados con razón o sin ella, fueran absueltos o destituidos.

En las ordenaciones de los Obispos y de los clérigos consideraba que se debía seguir el consenso de la mayoría de los fieles y la costumbre de la Iglesia” (cap. 21).

## ESTILO DE VIDA DE AGUSTÍN

### Austeridad de su ajuar

“Sus vestidos, los calzados y la lencería de cama eran de una calidad mediana y conveniente: ni demasiado lujosos ni demasiado bastos. En efecto, en este aspecto, los hombres suelen o ser demasiado elegantes o vestirse demasiado pobremente, buscando satisfacer en ambos casos su propia vanidad, y no los intereses de Jesucristo (cfr. Fil 2, 21). Agustín, en cambio, como ya he dicho, seguía un camino intermedio, no excediendo ni por un lado ni por el otro” (cap. 22, 1).

### Frugalidad de su mesa, sin rechazar un poco de carne y de vino

“Disponía de una mesa frugal y sobria, que sin embargo a veces, además de las verduras y legumbres, admitía también la carne, en atención a los huéspedes o a alguno que no estaba bien de salud; y tenía siempre un poco de vino: en efecto, Agustín conocía y repetía las palabras del Apóstol: *«Todo lo que Dios ha creado es bueno y no se ha de rechazar ningún alimento que se coma con acción de gracias, pues queda santificado por la Palabra de Dios y por la oración»* (1Tim 4, 4-5).

Y el propio bienaventurado Agustín en las *«Confesiones»* dice: «No temo la impureza del alimento, sino la impureza de la codicia. Sé que a Noé le fue permitido comer todo tipo de carne que pudiera servir de alimento (cfr. Gn 9, 2- 5); que Elías fue reconfortado con carne (1 Re 17, 6); que Juan, cuya abstinencia era objeto de asombro, no fue contaminado por los animales que le servían de alimento, como los saltamontes (cfr. Mt 3, 4). Sé que, en cambio, Esaú fue seducido por el deseo de comer lentejas (cfr. Gén 25, 29-34); que David se reprochó haber deseado tomar agua (cfr. 2Sam 23, 13-17); y

que (Cristo) nuestro Rey fue tentado no con la carne sino con el pan (cfr. Mt 4, 2-4). Y también el pueblo (de Israel) en el desierto mereció ser castigado no por haber deseado comer carne, sino porque por ese deseo de comer carne murmuró contra el Señor (cfr. Núm 11, 4-34)» (*Confesiones*. Libro X, cap. 31, nº 46).

Con respecto al beber vino, el Apóstol le escribe así a Timoteo: «No bebas ya agua sola. Toma un poco de vino, a causa de tu estómago y de tus frecuentes indisposiciones» (1Tim 5, 23)» (*Posidio. Vida de Agustín*, cap. 22, 2).

### **Hospitalidad y aversión a toda palabrería o calumnia**

“De plata usaba únicamente las cucharas; las vajillas para poner en la mesa los alimentos eran o de terracota o de madera o de mármol, y esto no por pobreza, sino por una precisa opción.

Fue siempre muy hospitalario. Y durante el almuerzo amaba más la lectura o la discusión que el comer o el beber.

Contra la pésima costumbre de calumniar que la gente tiene, tenía aquí (en el comedor) esta inscripción:

«Aquel que ama calumniar a los ausentes  
sepa que no es digno de esta mesa».

De esta manera advertía a todo invitado para que se abstuviera de chacharas superfluas y dañinas. En cierta ocasión, cuando algunos obispos muy amigos suyos se olvidaron de aquella inscripción y hablaron de manera contraria a ella, Agustín indignado los reprendió ásperamente, diciendo que o aquellos versos debían ser borrados de la mesa, o él se levantaría de la mesa a medio almorzar y se iría a su habitación. Podemos atestiguar este episodio yo y otros que participamos en aquel almuerzo” (cap. 22, 3).

## **Atención a las necesidades de los pobres y cuidado de los bienes de la Iglesia**

“Se acordaba siempre de los compañeros pobres y les daba de lo que servía para sí y para los que vivían junto con él, es decir, de las rentas de los bienes de la Iglesia y también de las ofrendas de los fieles.

Para evitar que estos bienes -como suele suceder- fuesen fuente de odiosidades hacia los clérigos, él solía decirle al pueblo de Dios que hubiese preferido vivir únicamente de las ofrendas en lugar de cargar con la responsabilidad de cuidar y administrar aquellos bienes: por eso él estaba dispuesto a cederlos a los feligreses, de manera que todos los siervos y ministros de Dios viviesen como se lee que vivían en el Antiguo Testamento los que servían al altar, quienes tenían parte del mismo (cfr. Dt 18, 1-8; 1Cor 9, 13-19). Pero los laicos nunca quisieron aceptar aquella propuesta” (cap. 23).

“Delegaba y confiaba por turnos a los clérigos más hábiles la administración y todos los bienes de la casa anexa a la iglesia, sin tener para sí ni llaves ni anillo<sup>66</sup>; y todos aquellos que habían sido encargados de la casa anotaban todos los ingresos y los egresos. El balance le era leído al final de cada año, para que él supiera cuánto se había recibido y cuánto se había distribuido o quedara para distribuir. Pero en muchos asuntos confiaba en el administrador, antes que verificar las cuentas precisas y documentadas” (cap. 24, 1)

### **Su actitud frente a las donaciones y legados de herencias**

“Nunca quiso adquirir casa, campiña o residencia, pero si alguien espontáneamente donaba algo de aquello a la Iglesia o se

---

<sup>66</sup> El anillo servía como sello para garantizar la integridad de los pliegos y las cartas.

lo confiaba a título de depósito, no lo rehusaba, sino que decía que se aceptara.

Pero sabemos que rechazó algunas herencias, no porque hubiesen sido inútiles para los pobres, sino porque consideraba justo y equitativo que aquéllas pasaran a ser propiedad de los hijos o padres o parientes de los difuntos a los cuales los testadores no habían querido dejárselas.

Cierto ciudadano de Hipona de alta condición, quien vivía en Cartago, quiso donar una propiedad a la Iglesia de Hipona y, hecho el documento, mientras retenía para sí el usufructo, lo envió sin más trámites a Agustín de feliz memoria. Él aceptó de buena gana la oferta, alegrándose con aquél porque proveía a su salvación eterna. Pero, después de algunos años, mientras yo me encontraba casualmente donde él, he aquí que el que donó la propiedad envió por medio de su hijo una carta con la cual pedía que se le devolviera a su hijo el documento de donación, mientras decía que daba 100 monedas para distribuir entre los pobres.

Cuando el santo vino a saber de la carta, se dolió de que aquel hombre o había simulado la donación o se había arrepentido de la buena obra; y para reprocharlo y corregirlo, le dijo todo lo que pudo pensar y que Dios sugirió a su corazón, dolorido por aquella marcha atrás. Inmediatamente devolvió el documento que aquel hombre había enviado espontáneamente y que no había sido ni deseado ni solicitado, rehusó la suma de dinero y, con la carta de respuesta, reprendió y reprochó como debido a aquel hombre, amonestándolo a dar humildemente satisfacción a Dios por aquella que era simulación o iniquidad, a fin de no morir con un pecado tan grave.

A menudo decía también que era más seguro para la Iglesia recibir legados de difuntos, en lugar de herencias que podían resultar fuentes de preocupaciones y de daños, y que los legados debían ser más bien ofrecidos, y no requeridos. Él personalmente



no aceptaba ningún depósito, pero no se lo prohibía a los clérigos que querían aceptarlos” (cap. 24, 2).

### **Su dedicación equilibrada entre las ocupaciones terrenales y las espirituales**

“No se dedicaba con ahínco y pasión a los bienes que la Iglesia tenía como propiedad o encargados, sino que se dedicaba con mayor interés y solicitud a las realidades más importantes del espíritu, aunque a veces dejaba la meditación de las cosas eternas para dedicarse a las temporales. Pero, después de haber dado disposiciones acerca de ellas y haberlas puesto en orden, las dejaba a un lado como cosas aburridas y fastidiosas, reconducía su espíritu a las realidades interiores y superiores, sea meditando e investigando las realidades divinas, sea dictando algún argumento que había ya encontrado, sea corrigiendo lo que ya había sido dictado y transcrito.

Para hacer esto, trabajaba de día y velaba de noche.

Él era como aquella piísima María que es símbolo de la Iglesia celestial: de ella está escrito que se sentaba a los pies del Señor, atenta a escuchar su palabra; y, debido a que su hermana se quejó de ella porque no la ayudaba mientras estaba ocupada en muchos quehaceres, oyó que el Señor le dijo: *«Marta, Marta: (...) María ha escogido la parte mejor, que no le será quitada»* (Lc 10, 41-42).

Nunca tuvo interés en nuevas construcciones, evitando dedicar a asuntos de este tipo su espíritu que quería tener siempre libre de toda preocupación temporal. Pero no se lo impedía a aquellos que querían construir, a condición de que no lo hicieran de manera demasiado lujosa” (cap. 24, 3).

## **Su manera de proceder con los pobres y los presos**

“A veces, cuando la Iglesia se quedaba sin dinero, comunicaba al pueblo de los fieles que él no tenía nada para distribuir a los pobres.

Para ayudar a los presos y a una gran cantidad de pobres, hizo romper y fundir algunos vasos sagrados y distribuyó, a los que lo necesitaban, el dinero obtenido. No hubiera recordado este episodio si no hubiera sabido que esta manera de proceder contrasta con la opinión de algunos hombres que piensan «según la carne». Por lo demás, también Ambrosio, de venerable memoria, ha dicho y escrito que en tales situaciones de estrechez se debe sin duda proceder así.

A veces Agustín, hablando en la iglesia, recordaba que los feligreses descuidaban la caja de los pobres y la de la sacristía, de la cual se provee lo que es necesario para el altar. Respecto de esto, una vez me refirió que también el bienaventurado Ambrosio, estando él presente, había tratado en la iglesia este mismo asunto” (cap. 24, 4).

## **Su actitud con los clérigos que vivían en su misma casa**

“Los clérigos residían siempre con él en la misma casa y tanto su alimentación como sus vestidos eran proveídos por una misma despensa y con gastos comunes.

Para que nadie, demasiado propenso a jurar, llegase a cometer incluso perjurio, predicaba sobre este tema en la iglesia a los feligreses, y a sus familiares había prohibido jurar, también en la mesa. Si alguno faltaba contra esta prohibición, perdía su derecho a una de las bebidas establecidas: en efecto, estaba prefijado el número de vasos de vino destinados a los que vivían y comían con él.

Las faltas disciplinarias y las transgresiones de los suyos a la regla recta y honesta él las toleraba o reprochaba cuanto convenía y era necesario. Respecto de esto, enseñaba especialmente que nadie debía inducir su corazón a malas palabras para tratar de encontrar excusas a sus pecados (cfr. Sal 140, 4).

También advertía que si uno presentaba su ofrenda ante el altar y allí se acordaba que un hermano suyo tenía algo contra él, debía dejar su ofrenda en el altar e ir a reconciliarse con el hermano, y sólo después debía volver a presentar su ofrenda (cfr. Mt 5, 23-24). Y si uno tenía algo contra alguno de sus hermanos, tenía que hablarle a solas: si aquél lo escuchaba, él había ganado a su hermano; de lo contrario, debía acudir a una o dos personas (como testigos entre él y su hermano). Si éste tampoco tenía en cuenta a los dos testigos, él recurriría a la Iglesia. Y si aquel hermano no obedecía a la Iglesia, él debía considerarlo como un pagano y un publicano (cfr. Mt 18, 15-17).

Añadía también que al hermano que pecaba y pedía perdón había que perdonarle el pecado no siete veces sino setenta veces siete, como cada uno le pide cada día al Señor que lo perdone (cfr. Mt 18, 21-22; 6, 12)” (cap. 25).

### **Su regla de conducta con las mujeres**

“Ninguna mujer frecuentó nunca su casa ni se quedó allí durante algún período, ni siquiera su prima hermana que, viuda consagrada a Dios, por mucho tiempo hasta su muerte estuvo al frente de la siervas del Señor, y tampoco las hijas de su hermano que también se habían consagrado a Dios: sin embargo, los Concilios episcopales habían hecho excepción para estas personas.

Con respecto a esto, afirmaba que ciertamente no podía surgir sospecha alguna a causa de la prima o las sobrinas que vivieran con él; pero, debido a que ellas no podrían vivir con

él sin la compañía de otras mujeres amigas, y debido a que vendrían a visitarlas también otras mujeres de afuera, a causa de éstas podría surgir algún motivo de escándalo para los más débiles (cfr. 1Cor 8, 9; Rm 14, 13).

En efecto, alguno de los que estaban en la casa con el obispo o con algún clérigo podía ceder a tentaciones humanas a causa de todas aquellas mujeres que habitaban allí o solían acudir allí; o también, inevitablemente, sería difamado por las malvadas sospechas de la gente.

Por eso afirmaba que nunca las mujeres deben vivir en la misma casa con los siervos de Dios, aun castísimos, para evitar -como he dicho- que tal comportamiento constituya motivo de escándalo u ofensa para los débiles. Y él, cuando alguna mujer lo invitaba a visitarla o saludarla, jamás iba donde ella sin la compañía de clérigos, y nunca habló con ellas a solas, ni siquiera cuando debía tratar algún asunto reservado” (cap. 26).

“En sus visitas seguía la norma establecida por el Apóstol Santiago (St 1, 27) de no visitar sino a los huérfanos y las viudas que se encontraban sufriendo penurias.

Y si los enfermos le suplicaban que los visitara para orar al Señor por ellos e imponerles las manos, él acudía sin demora.

No visitaba monasterios de mujeres, salvo en caso de urgente necesidad” (cap. 27, 1).

## **Su comportamiento frente a diferentes invitaciones**

“Decía que en la vida y en las costumbres del hombre de Dios se debían seguir los consejos que él había aprendido de Ambrosio de santa memoria: no buscar pareja a nadie; no recomendar a alguien que quiere seguir la carrera militar; y, estando en su propio país, no aceptar invitaciones a almuerzos o cenas.

Explicaba así los motivos de estos consejos: para evitar que los cónyuges, en el caso de que riñan, maldigan a aquel por cuya obra

se habían unido (por eso el sacerdote debía limitarse a intervenir, a pedido de los dos que ya se habían puesto de acuerdo, para confirmar y bendecir su acuerdo); para evitar que, si aquel que ha sido recomendado se porta mal, la culpa recaiga sobre aquel que lo ha recomendado para el servicio militar; y, finalmente, para evitar que uno, frecuentando demasiado los banquetes en su país, pierda la medida de la temperancia” (cap. 27, 2).

### **Su actitud frente a la perspectiva de una muerte temprana**

“Nos dijo también haber oído una respuesta muy sabia y pía -que él alababa y admiraba- de aquel hombre de bienaventurada memoria (Ambrosio) que se hallaba al final de su vida. Aquel hombre venerable yacía en su última enfermedad, y algunos fieles de alta condición y que estaban alrededor de su cama y lo veían próximo a pasar de este mundo al Señor, se quejaban de que la Iglesia se quedara privada de la obra de tan grande obispo, sea en la predicación sea en la administración de los sacramentos, y entre lágrimas le rogaban que pidiera al Señor le prolongara la vida.

Pero aquél les respondió: «No he vivido de manera tal que deba avergonzarme de vivir entre ustedes; pero tampoco temo morir, porque tenemos a un Señor que es bueno».

En esta respuesta nuestro Agustín, ya anciano, admiraba y aprobaba la ponderación y equilibrio de las palabras. Efectivamente, las palabras de Ambrosio «pero tampoco temo morir, porque tenemos a un Señor que es bueno» deben entenderse en el sentido de que no se debía creer que él antes había dicho «No he vivido de manera tal que deba avergonzarme de vivir entre ustedes», por confiar en la pureza de sus costumbres. Había dicho esto en referencia a lo que la gente puede conocer de un hombre; pero, en referencia al juicio de la justicia divina, él confiaba sobre todo en el Señor que es bueno y al cual, también

en la oración cotidiana ensañada por él, decía: «Perdona nuestras ofensas» (Mt 6, 12).

También refería una respuesta que sobre este tema había dado un colega suyo en el episcopado y muy amigo suyo. Agustín había ido a visitarlo mientras aquél estaba a punto de morir y con la mano había hecho un gesto para indicar que estaba por salir de este mundo. Y Agustín le había respondido que para la Iglesia era necesario que él pudiera seguir viviendo. Entonces aquél, para que no se creyera que era retenido por el deseo de esta vida, había replicado: «Si nunca (hay que morir), ¡bien! Pero, si alguna vez hay que morir, ¿por qué no ahora?».

Agustín admiraba y alababa esta respuesta, que había sido dada por un hombre ciertamente temeroso del Señor, pero que había nacido y crecido en el campo y no había hecho muchas lecturas.

Ciertamente este Obispo contrastaba con los sentimientos de aquel otro Obispo del cual el santo mártir Cipriano, en su carta acerca de la peste, escribió lo siguiente: «Uno de nuestros colegas en el episcopado, postrado por la enfermedad y turbado por el acercarse de la muerte, pedía para sí que se le prolongara la vida. Mientras oraba así y estaba casi muerto, se le presentó un joven venerable por dignidad y majestad, de alta estatura y aspecto resplandeciente. Era tal que la vista humana apenas podía observarlo con ojos carnales mientras se hallaba al lado de aquel que estaba por salir de este mundo; pero éste lo podía ver. Y aquel joven, con voz vibrante de indignación, dijo: ‘Tiene usted miedo de sufrir; no quiere irse: ¿qué haré yo por usted?’» (Cipriano, *De mortalitate*, 19)” (cap. 27, 3).

## **Su revisión de los escritos publicados**

“Poco tiempo antes de morir, Agustín hizo una revisión de los escritos que había compuesto y publicado, tanto los que

había escrito cuando aún era laico recién convertido, como los que había compuesto cuando era ya presbítero y obispo. Todo lo que en ellos notó haber sido escrito en disconformidad con la regla de fe, cuando él aún no estaba bien enterado de las normas de la Iglesia, todo eso fue por él revisado y corregido. Por eso escribió también dos libros, que se titulan «*De recensione librorum*».

Se quejaba también de que algunos libros se los habían sustraído ciertos hermanos antes de que él hubiese podido corregirlos cuidadosamente, aunque había podido corregirlos en un segundo momento.

Sorprendido por la muerte, dejó inconclusas algunas obras.

Ya que quería ser útil a todos, tanto a los que podían leer muchos libros como a los que no podían, extractó del Antiguo y del Nuevo Testamento pasajes conteniendo preceptos y prohibiciones, y, dotándolos de un prólogo, los reunió en un solo volumen. De esta manera, aquel que quisiera leerlo podría reconocer allí cuán obediente o desobediente es a Dios. Quiso ponerle a esta obra el título de «*Espejo*»<sup>67</sup> (cap. 27, 4).

---

<sup>67</sup> Exactamente “*Speculum quis ignorat*”, en latín, para distinguirlo de otras tres obras que llevan el mismo título de “*Speculum*”, sin más, falsamente atribuidas a Agustín.

### La devastadora invasión de los Vándalos

“Poco tiempo después, por voluntad y disposición divina sucedió que un gran ejército, armado con diferente tipo de armas y ejercitado en la guerra, conformado por los crueles enemigos Vándalos y Alanos<sup>69</sup>, a los cuales se les habían unido unos Godos y gentes de otra estirpe, con sus naves irrumpieron en África desde las regiones allende el mar, desde España.

Los invasores, a través de Mauritania, pasaron también a nuestras provincias y regiones, y, arremetiendo con toda atrocidad y crueldad, saquearon todo lo que pudieron entre despojos, matanzas, variadas torturas, incendios y otros innumerables y nefandos desastres. No tuvieron consideración alguna por las mujeres, por los niños y los ancianos, y tampoco por los sacerdotes y ministros de Dios, como tampoco por los ornamentos, muebles y edificios de las iglesias.

Aquel hombre de Dios veía tales cruelísimas violencias y devastaciones y pensaba que habían sucedido y sucedían no como pensaban los demás. Debido a que las consideraba de manera más profunda y veía en ellas sobre todo el peligro y la muerte de las almas, (...) aun más de lo ya acostumbrado las lágrimas fueron su pan día y noche.

Él, ya en su extrema vejez, llevaba y soportaba una vida amarga y luctuosa, más que los otros. En efecto, aquel hombre de Dios

---

<sup>68</sup> Bajo el mando de Genserico llegaron en África septentrional en el año 429. Después de más de un siglo, en el año 533, fueron sometidos por un ejército bizantino al mando del general Belisario, enviado por el emperador de Oriente Justiniano I (527-565).

<sup>69</sup> Desde España, donde en el año 418 habían sido derrotados y casi aniquilados por los Visigodos, pasaron a África septentrional junto con los Vándalos.



veía las ciudades destruidas y, en las campiñas, junto con las casas los habitantes o matados por la espada enemiga, o huidos y dispersados, las iglesias sin sacerdotes y ministros, las vírgenes consagradas y los hombres continentes dispersos por doquier. De éstos algunos habían fallecido bajo las torturas; otros habían sido eliminados con la espada; otros, sometidos a esclavitud, perdida ya la integridad y la fe del alma y el cuerpo, servían a los enemigos recibiendo un trato duro y malvado. En las iglesias ya no se cantaban himnos y alabanzas a Dios; en muchos lugares las iglesias habían sido quemadas; habían acabado, en los lugares a ello consagrados, los sacrificios solemnes debidos a Dios; los divinos sacramentos o no eran requeridos o no podían ser administrados a aquellos que los requerían, porque faltaba el ministro.

Entre los que se habían refugiado en los bosques de la montaña y en grutas y cavernas o en otro escondite, algunos habían sido sorprendidos y capturados; otros carecían de todo medio de sustento, hasta el punto de morir de hambre. Los Obispos y los clérigos que, por gracia de Dios, o no se habían encontrado con los invasores o habían logrado huir a tiempo, despojados de todo mendigaban en la miseria más absoluta, ni era posible ayudarlos a todos en todo lo que necesitaban.

De las innumerables iglesias, sólo tres, por gracia de Dios, no han sido destruidas: las de Cartago, Cirta e Hipona, y quedan en pie sus ciudades, protegidas por el presidio divino y humano (aunque después de la muerte de Agustín, también Hipona, abandonada por los habitantes, fue incendiada por los enemigos)” (cap. 28, 1)

### **La oración de Agustín y los suyos frente a la desventura**

“Y Agustín, en medio de tantas desventuras, se consolaba con la sentencia de un sabio que dice: «No será grande aquel que

considera gran cosa el hecho de que caigan árboles y piedras y mueran los mortales»<sup>70</sup>.

Era muy sabio, y por eso cada día lloraba a lágrima viva todas estas calamidades. Se añadió a sus penas y a sus lamentos el hecho de que los enemigos vinieron a sitiarse Hipona, que hasta entonces había quedado indemne, porque se había encargado de su defensa el entonces Conde Bonifacio con un ejército de Godos aliados. Los enemigos la sitiaron durante casi 14 meses y le cerraron la salida al mar.

Aquí me había refugiado también yo junto con otros colegas de episcopado y estuvimos con él durante todo el tiempo del asedio. Muy a menudo hablábamos entre nosotros y considerábamos que delante de nuestros ojos Dios ponía sus tremendos juicios, y decíamos: «*Eres justo, Señor; y recto es tu juicio*» (Sal 118, 137).

Todos juntos, dolidos, gimiendo y llorando orábamos al Padre misericordioso y Dios de toda consolación (cfr. 2Cor 1, 3) para que se dignara consolarnos en aquella tribulación” (cap. 28, 2).

“Un día, mientras almorzábamos con él y hablábamos de estos problemas, él nos dijo: «Sepan ustedes que en estos días de nuestra desgracia he pedido a Dios que: o se digne librar a nuestra ciudad del asedio de los enemigos; o, si su voluntad es otra, que fortalezca a sus siervos para que puedan soportar el cumplimiento de tal voluntad; o que me acoja consigo, saliendo de este mundo».

Así decía y nos instruía; entonces, junto con él, todos nosotros y todos los que se hallaban en la ciudad orábamos de ese mismo modo al Sumo Dios. Y sucedió que durante el tercer mes del asedio Agustín se puso en cama con fiebre, y ésta fue la última enfermedad que lo afligió. Y el Señor no le negó a su siervo el fruto de su oración: en efecto, él consiguió a su debido tiempo

---

<sup>70</sup> Cita de las “*Enneades*” (I, 4, 7) del filósofo Plotino (205-270 d.C.).

lo que con oraciones mezcladas con lágrimas había pedido para sí y para la ciudad” (cap. 29).

### **Curaciones prodigiosas obradas por Agustín**

“También llegué a saber que a Agustín, cuando era sacerdote y obispo, se le había pedido que orara por unos energúmenos<sup>71</sup> que sufrían mucho; y él, entre lágrimas, había orado a Dios, y los demonios se habían alejado de aquellos hombres.

Igualmente, mientras estaba enfermo y se hallaba en cama, vino donde él una persona acompañando a un pariente suyo enfermo y le rogó que le impusiera a este último su mano a fin de curarlo. Agustín le contestó que, si hubiese tenido aquel poder para hacer tales cosas, lo hubiese usado en primer lugar para sí mismo. Pero aquella persona replicó que en sueños había tenido una aparición y que se le había dicho: «Anda donde el Obispo Agustín a fin de que imponga su mano a este enfermo, y será salvo». Al enterarse de esto, Agustín no tardó en hacer lo que se le pedía, y el Señor en seguida hizo que aquel enfermo dejara su cama curado” (cap. 29).

### **Agustín escribe al obispo Honorato una carta sobre cómo portarse ante la invasión**

“A este propósito, no debo pasar bajo silencio el hecho que, mientras se cernía sobre nosotros la amenaza de los enemigos, Honorato, santo hombre nuestro colega en el episcopado en la Iglesia de Trabes, le pidió por carta a Agustín si, cuando los Vándalos se acercaran, los obispos y los clérigos debieran alejarse de sus iglesias o no.

---

<sup>71</sup> Esta denominación se refiere a endemoniados furiosos.

Y Agustín, con su respuesta, puso en evidencia lo que sobre todo se debía temer de aquellos destructores del mundo romano.

He querido insertar en mi escrito esta carta<sup>72</sup> de Agustín, porque es muy útil y necesaria para que los sacerdotes y ministros de Dios sepan cómo portarse.

«Al santo hermano y colega en el episcopado Honorato, Agustín le desea salud en el Señor.

(...) Ya que nuestro ministerio es tan necesario al pueblo de Dios que éste no debe quedar sin él, en el caso de que una parte aun pequeña de feligreses permanezca allí donde estamos nosotros, no nos queda sino decirle al Señor: '*Sea Dios nuestro protector y nuestra defensa*' (Sal 30, 3).

(...) Cuando el peligro es común a todos -obispos, clérigos y laicos-, aquellos que necesitan de los otros no sean abandonados por aquellos de quienes necesitan. Por eso, o se mudan todos juntos a lugares fortificados, o aquellos que deben necesariamente quedarse no sean abandonados por aquellos que deben brindarles lo que es necesario para la vida religiosa: sobrevivan de la misma manera o sufran del mismo modo lo que el Padre de familia quiera que ellos sufran.

(...) Aquellos que huyen o no pueden huir porque impedidos por alguna necesidad propia, si son capturados y sufren, sufren por sí mismos, no por sus hermanos. En cambio, los que sufren porque no han querido abandonar a los hermanos que necesitaban de ellos para la salvación en Cristo sin duda dan su vida por los hermanos.

---

<sup>72</sup> Debido a su larga extensión, no se ha incluido aquí el texto completo de esta carta verdaderamente extraordinaria, pero no se puede dejar de señalar que en ella se siente vibrar ardientemente el corazón del pastor que no abandona a su rebaño cuando es amenazado por el lobo, sino que permanece a su lado, dispuesto a dar la vida para salvar a sus ovejas, como ha enseñado el Buen Pastor, con su palabra y su ejemplo.

(...) Temamos que las ovejas de Cristo sean heridas en el alma por la espada del espíritu del mal, más que sean matadas por la espada en el cuerpo que -en algún momento y de alguna manera- deberá morir. (...) Temamos que, a causa de nuestro abandono, perezcan las piedras vivas, más que en nuestra presencia sean incendiadas las piedras y la madera de las edificaciones materiales. Temamos que, privadas del alimento espiritual, sean matados los miembros del cuerpo de Cristo, más que los miembros de nuestro cuerpo sean oprimidos y torturados por la agresión del enemigo.

No porque estos males no deban ser evitados, cuando es posible; sino porque deben ser más bien soportados cuando no pueden ser evitados sin caer en la impiedad. A menos que uno no quiera sostener que no es impío el ministro que sustrae el servicio necesario a la piedad precisamente cuando éste es más necesario.

(...) En pocas palabras: todo aquel que huye en condiciones tales que su fuga no deja a la Iglesia sin el servicio necesario, éste hace lo que el Señor ha mandado o permitido. Pero el que huye y así priva al rebaño de Cristo de los alimentos que lo nutren espiritualmente, éste es el mercenario que ve venir el lobo y huye, porque no le interesan las ovejas (cfr. Jn 10, 12).

He aquí lo que he contestado, hermano queridísimo, a tus requerimientos, según lo que he considerado verdadero e inspirado por un seguro amor: pero, si tú encuentras algo mejor, no hago objeción alguna a tu pensamiento. Por otro lado, no podemos hacer cosa mejor, en tales peligros, que orar al Señor nuestro Dios, para que tenga piedad de nosotros. Precisamente esto, por don de Dios, algunos hombres prudentes y santos han merecido querer y hacer, es decir: no abandonar a las Iglesias, y no faltaron a su propósito a causa de la lengua de los calumniadores» (cap. 30).

## ÚLTIMOS DÍAS Y MUERTE DE AGUSTÍN

### Sus últimos días, preparándose a morir

“Aquel santo hombre, en el transcurso de la larga vida que Dios le concedió para la utilidad y el bien de la santa Iglesia (pues vivió 76 años, de los cuales aproximadamente cuarenta como sacerdote y obispo), hablando con nosotros familiarmente solía decir que, una vez recibido el bautismo, ni siquiera los cristianos y los sacerdotes más estimados deben separarse del cuerpo sin una digna y adecuada penitencia.

Así se portó él en su última enfermedad: hizo transcribir los salmos davídicos que tratan de la penitencia -que son muy pocos<sup>73</sup>- e hizo pegar las hojas en la pared, de manera que, estando recostado en la cama durante su enfermedad, podía ver y leer, y lloraba ininterrumpidamente a lágrima viva.

A fin de que nadie estorbara su recogimiento, unos diez días antes de morir nos dijo a los que lo asistíamos que no dejáramos ingresar a nadie, si no era en las horas en las que los médicos venían a visitarlo o cuando se le llevaba la comida.

Se observó lo que él dispuso, y así estuvo en oración todo aquel tiempo.

Hasta su última enfermedad, predicó en la iglesia la Palabra de Dios, ininterrumpidamente, con celo y con fuerza, con lucidez e inteligencia” (cap. 31).

### Su santa muerte y su preciosa herencia eclesial

“Conservando intactos todos los miembros de su cuerpo, y sanos la vista y el oído, mientras nosotros estábamos presentes

---

<sup>73</sup> Se trata de los Salmos 6, 31, 37, 50, 101, 129 y 142 (numeración de la *Vulgata*), tradicionalmente conocidos como “Salmos Penitenciales”.

allí observando y orando, él -como fue escrito- se durmió con sus padres (cfr. 1Re 2, 10), en próspera vejez<sup>74</sup>.

Para acompañar el sepelio de su cuerpo, se ofreció a Dios el sacrificio en nuestra presencia, y luego fue sepultado. No hizo testamento porque, pobre según Dios, no tenía motivo para hacerlo.

Recomendaba siempre que se conservaran diligentemente para la posteridad la biblioteca de la Iglesia con todos sus códices.

Lo que la iglesia tenía de muebles y ornamentos lo confió al presbítero que, bajo su dependencia, estaba encargado de la administración de la casa anexa a la iglesia.

Ni durante la vida ni en el momento de morir trató a sus parientes -tanto a los consagrados a la vida monástica como a los de afuera- de la manera que el mundo acostumbra. Durante su vida, les daba, cuando era necesario, lo mismo que solía dar a los demás, no para que fueran ricos, sino para que no fueran pobres y no lo fueran demasiado.

Dejó a la Iglesia abundante clero y monasterios de hombres y de mujeres que practicaban la continencia, todos bajo la guía de sus respectivos superiores. Además dejó (como herencia) bibliotecas dotadas de libros y sermones, tanto propios como de otros santos. De esos libros y sermones se puede conocer cuán grande haya sido, por don de Dios, su grandeza en la Iglesia; y en ellos los fieles lo encuentran siempre vivo” (cap. 31).

## CONCLUSIÓN Y DESPEDIDA

“De sus escritos resulta manifiesto, por lo que nos es dado ver a la luz de la verdad, que aquel Obispo querido y grato a Dios vivió de manera recta e íntegra en la fe, esperanza y caridad de la Iglesia Católica; y esto pueden aprender aquellos que aprovechan de la lectura de lo que él escribió acerca de las cosas divinas.

---

<sup>74</sup> Era el 28 de agosto del año 430.

Pero yo creo que han podido sacar más provecho del contacto con él aquellos que pudieron verlo y escucharlo cuando personalmente hablaba en la iglesia, y sobre todo aquellos que tuvieron la experiencia de su vida cotidiana entre la gente.

En efecto, fue no sólo un «escriba» docto en lo que concierne al Reino de los Cielos, uno que saca de sus arcas cosas nuevas y cosas viejas (cfr. Mt 13, 52), y un «mercader» que, encontrada una perla preciosa, vendió lo que tenía y la compró (cfr. Mt 13, 45-46); sino que fue también uno de aquellos de los cuales está escrito: «¡Hablad y obrad!» (St 2, 12) y de los cuales dice el Salvador: «*El que haya hecho y enseñado así a los hombres, éste será grande en el Reino de los Cielos*» (Mt 5, 19).

Ruego ardientemente vuestra caridad, lectores de este escrito, para que junto conmigo den gracias a Dios omnipotente y bendigan al Señor, que me ha concedido la inteligencia (cfr. Sal 15, 7) para querer y saber transmitir estas noticias para conocimiento de hombres cercanos y lejanos, de nuestro tiempo y del porvenir.

Y recen junto conmigo y para mí, a fin de que, después de haber vivido, por don de Dios, en dulce familiaridad con aquel hombre durante casi cuarenta años sin contraste alguno, pueda emularlo e imitarlo en esta vida, y en la vida futura pueda gozar junto con él de las promesas de Dios omnipotente” (cap. 31, 3).

“¿Qué hombre puede dar esto a entender a otro hombre? ¿Qué ángel a otro ángel? A ti, (mi Dios), hay que pedirte, en ti hay que buscarlo, a tu puerta hay que llamar. Así, así se obtendrá, así se hallará, así se nos abrirá (cfr. Mt 7, 7-11; Lc 11, 9-13)” (*Confesiones*. Libro XIII, cap. 38, nº 53).

FIN





Hermanas MSPTM en misión.



Sacerdote MSPTM en misión.



Matrimonio MSPTM.



Comunidad contemplativa MSPTM en tierra de misión-

*“Lleven a este mundo aturdido el testimonio de la libertad  
con la que Cristo nos ha liberado...  
La extraordinaria fusión entre el amor a Dios y el amor al prójimo  
hace bella la vida y hace que vuelva a florecer el desierto  
en el cual frecuentemente estamos viviendo”*

*(Benedicto XVI, 3 de junio de 2006)*



## APÉNDICE



Son muchos los jóvenes que nos escriben pidiendo información sobre nuestro Movimiento de los “MISIONEROS SIERVOS DE LOS POBRES DEL TERCER MUNDO” (“Opus Christi Salvatoris Mundi”)

### **A TODOS ELLOS CONTESTAMOS:**

#### **Un Movimiento misionero de contemplativos en la acción**

Somos un Movimiento misionero de contemplación en la acción, profundamente eclesial en su fidelidad a la Eucaristía, a la Madre de Dios, María Santísima, que nosotros invocamos como “Madre de los Pobres”, y al Santo Padre.

Más concretamente, nuestro Movimiento es una misión internacional católica, cuyo objetivo principal es ayudar a los pobres que viven en el Tercer Mundo y en otros Países con problemas similares, y conducir por el camino de la continua conversión y de la santidad a las personas que viven y trabajan en el Movimiento.

## ■ Nuestra fundación

El Movimiento ha sido fundado en 1983 por el Padre Giovanni Salerno, quien anteriormente, durante 18 años, trabajó como sacerdote y médico misionero en la alta Cordillera de los Andes del Perú.

El Papa Juan Pablo II dio su paternal bendición al Movimiento y lo apoyó con sus oraciones: “Padre Giovanni, ¡usted no se quedará nunca solo...!”, le aseguró el Santo Padre en una audiencia privada en el Vaticano.

## ■ La sede central

La sede central del Movimiento se halla en el Perú, en Cuzco, la histórica capital del imperio de los Incas, a 3.350 metros de altitud.

## ■ Nuestro carisma

El carisma de los *Misioneros Siervos de los Pobres del Tercer Mundo* es servir a Cristo en los más pobres de esta extensa porción de la humanidad, entregando su vida por ellos, ofreciendo un testimonio de servicio humilde y silencioso como el de Jesús en Nazaret.

## ■ Nuestra espiritualidad

En cada uno de nosotros debe renovar el Viernes Santo, para que la humanidad llegue con nosotros a la gloria y alegría sin fin de la Resurrección. Debemos hacer nuestra *la espiritualidad del Siervo de Yahvé*, que es obediencia dolorosa, silencio y servicio, para que pueda cumplirse en plenitud la verdadera liberación y resurrección de los pobres del Tercer Mundo.

## ■ Dedicados al servicio de los pobres

Nuestro Movimiento de *Los Misioneros Siervos de los Pobres del Tercer Mundo* ha nacido para realizar en plenitud las continuas llamadas del Santo Padre de ir al encuentro de la mayor parte de la humanidad que sufre el hambre, la injusticia y todo tipo de enfermedades.

Nuestro Movimiento, con la aprobación del Obispo de cada lugar donde desarrolla su trabajo, quiere dedicarse a los más pobres sin excepción, viendo la raíz de sus males en el egoísmo individual y colectivo de la gente y en el consiguiente “olvido culpable” del sufrimiento de los demás.

## ■ Un solo Movimiento, varias Fraternidades

Alma y centro propulsor de nuestro Movimiento son las diferentes Comunidades de fieles de las que está constituido: Sacerdotes y Seminaristas, Hermanos, Religiosas, Familias Misioneras y Contemplativos a tiempo completo. Esta última comunidad está llamada a vivir completamente inmersa en el silencio y en la adoración eucarística, dedicando también unas cuantas horas diarias al trabajo manual para ayudar a los más pobres y al mismo tiempo realizar una importante ascesis personal.

Todas las Comunidades del Movimiento, aunque diversas, son complementarias entre sí y profesan para toda la vida los *consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia*, además de una sincera humildad y un profundo amor a los pobres.

Viven como pequeñas comunidades religiosas, consumiéndose por los pobres y dando testimonio de la primacía de la oración sobre todos los demás recursos y medios.

## ■ Los Grupos de Apoyo

En muchos países ya existen *Grupos de Apoyo*, conformados por personas que colaboran con sus oraciones y sus sacrificios y asumen el compromiso de mejorar su vida sirviendo a los pobres con humildad y en silencio.

## ■ Compromisos concretos de los Misioneros Siervos de los Pobres del Tercer Mundo

Éstos son los **compromisos** que, con la ayuda del Señor misericordioso, deseamos asumir en la Iglesia, mediante nuestra consagración al servicio de los más pobres:

- + ***Testimoniar la primacía de la oración y la contemplación***, participando cada día en la Liturgia de las Horas, en el rezo del Santo Rosario, en la práctica de la meditación, en el ejercicio de la reflexión sobre el áureo libro de la *Imitación de Cristo*, que es nuestra regla de vida, en los retiros espirituales frecuentes, en la vida litúrgica cultivada con amor y constante diligencia, dando importancia al canto gregoriano y al latín, y sobre todo al culto de la Eucaristía y de la Palabra de Dios, al abandono confiado en el Espíritu Santo y en los brazos de la Divina Providencia.
- + ***Testimoniar un profundo amor filial a la Madre de Dios***, a la que veneramos como “*Madre de los Pobres*”, de todos los pobres, es decir, “de los ricos que no tienen a Dios, y de los pobres que no tienen pan”.
- + ***Testimoniar la presencia de la Iglesia en medio de los más pobres***, enseñándoles a buscar a Cristo y a orar, y trabajando por su desarrollo integral con los mismos sentimientos de su Corazón traspasado por nuestro amor.

- + **Testimoniar una vida de auténticos contemplativos en la acción** que desarrollan entre los pobres, prestándoles un servicio fraternal, viviendo la vida de Jesús de Nazaret como una pequeña comunidad insertada en su ambiente.
- + **Testimoniar una vida de sencillez y recogimiento según la ‘Imitación de Cristo’**, que es nuestra regla de vida, como pertenecientes a la Iglesia en una donación incondicional para ser propiedad de los pobres, enviados a los pobres para evangelizarlos y servirlos.

### ■ **Conversión continua para una donación total de sí**

A toda persona que quiera formar parte de nuestro Movimiento, le pedimos una conversión continua por medio de la observancia perfecta de la pobreza, la obediencia y la castidad, y le pedimos también servir a los pobres humildemente y en silencio.

Si te atrae trabajar para los pobres, esto solo no basta. Es el darse totalmente a Dios lo que debe atraerte más, porque sólo entonces tú responderás eficazmente al grito de los pobres, de los más pobres, y estarás dispuesto de veras a morir por ellos.

### ■ **Discernimiento vocacional a prueba de experiencia**

De todos modos, nosotros nos proponemos facilitar el discernimiento de tu vocación, buscando descubrir la voz de Dios que te llama.

No se puede ser superficiales cuando se escoge consagrarse al Señor para toda la vida: ¡es necesario estar seguros de la llamada divina!

La vocación de *Los Misioneros Siervos de los Pobres del Tercer Mundo* no es una aventura en los Andes, como puede serlo la de un excursionista amante de lo desconocido y de lo extraordinario.

Nosotros no te prometemos nada más que la cruz, la cruz de los pobres, que es la misma Cruz de Cristo.

Para responder al grito de los pobres, deberás separarte de tu familia, de tus amigos, de tu pueblo, de tu lengua. Deberás aprender una o más lenguas extranjeras, adaptarte a usos y costumbres muy diferentes de los tuyos, y vivir abandonándote en los brazos de la Divina Providencia.

Para ser fiel a esta gran vocación, a este compromiso con Dios, con nuestra Madre María y con el Santo Padre, cabeza visible de la Iglesia, cada día pasarás al menos una hora en profunda adoración delante de Jesús Eucaristía, junto con los Hermanos o las Hermanas de la Comunidad.

Nuestro Movimiento te acoge en una comunidad pequeña, en un ambiente humilde y caracterizado por el recogimiento, y nadie te aplaudirá por haber escogido nuestra forma de vida.

### ■ **Compromisos del Movimiento respecto de sus miembros**

Si decides optar por nuestro Movimiento, nosotros te prometemos, en nombre de Dios, por su divina misericordia que sostiene a los humildes y confunde a los poderosos, que con todas nuestras energías trataremos de:

- + Enseñarte a orar y a tener la pasión por la oración, porque si vienes aquí es porque Dios te llama a la oración y al servicio de los pobres;
- + Transmitirte el amor a la Palabra de Dios;
- + Infundir en ti un gran amor a la Iglesia;
- + Comunicarte la alegría de gastarte íntegramente por los pobres;
- + Ofrecerte una comunidad como verdadera familia, con calidez fraterna y sincera alegría, donde cantamos, rezamos,



trabajamos y nos recreamos con una profunda serenidad y paz interior;

- + Hacer que encuentres siempre a alguien que te anime cuando te sientas tentado a dejarte llevar por la tristeza;
- + Poner siempre a tu disposición una llamada a la generosidad cuando la debilidad y el aburrimiento pudieran desanimarte;
- + Hacer de ti un miembro contento de una familia que realiza la promesa que Cristo te ha hecho cuando te ha llamado a seguirlo: la promesa de darte el céntuplo en esta vida y la felicidad eterna en la otra.

### ¿QUÉ PODEMOS HACER?

En estos momentos de crisis a nivel mundial, cuando existen tantos conflictos nacionales e internacionales, crisis económicas, altas tasas de desempleo y subempleo, condiciones de trabajo y de vida sumamente duras y precarias, desnutrición y enfermedades endémicas que se creía definitivamente desterradas, analfabetismo, además del extenderse de terribles lacras sociales como el narcotráfico, la drogadicción, el alcoholismo, la pornografía y la prostitución organizada en todas sus formas, la corrupción, la injusticia más descarada y la violencia.... **¿qué podemos hacer?**

Hoy, cuando todo se hace bajo el interés del dinero, todo tiene un precio calculado en moneda fuerte, y cada uno vale por lo que tiene; hoy, cuando los ricos y los poderosos son cada vez más ricos e influyentes, y cuando los pobres y necesitados aumentan cada vez más en número y empeoran en su marginación y miseria... **¿qué podemos hacer?**

En las largas noches de invierno, ¿acaso no hemos visto a tantos niños huérfanos y abandonados vagar por las calles, andrajosos y hambrientos, buscando algo con que acallar su hambre, y un techo bajo el cual cobijarse? ¿Por qué están condenados a tan cruel abandono?... **¿Qué podemos hacer?**

¿Cuántos de nuestros hermanos enfermos sufren de una manera increíble por la falta de medicinas y, sobre todo, de una mano caritativa que los ayude a sobrellevar su dolor y a curarse de sus males!... **¿Qué podemos hacer?**

¿Por qué aumentan la delincuencia, la prostitución, la drogadicción, etc. etc.? ¿Cuántos jóvenes, cuántas almas se pierden a causa de nuestra insensibilidad y nuestra falta de amor al prójimo! ¿No es acaso doloroso observar a cientos de miles de jóvenes que enfrentan sin preparación alguna un futuro muy difícil? ¿Nos sentimos interpelados por tanta injusticia y tanta miseria? ¿Dónde está nuestra sensibilidad humana, nuestra caridad, nuestra vocación de servicio y nuestra generosidad solidaria con nuestros hermanos más desafortunados?... **¿Qué podemos hacer?**

Preguntas y más preguntas... Preguntas que reclaman una respuesta, una toma de posición de parte nuestra, mediante la generosidad y valentía de un compromiso de solidaridad llena de fe, de amor y de esperanza. Sí, porque no hay riqueza más preciosa que el dar, ni misión más sublime que el servir (como Cristo, el Maestro), ni luz más maravillosa y radiante que el ser testigos del Evangelio, ni sabiduría más excelsa que el amar.

El Movimiento de los Misioneros Siervos de los Pobres del Tercer Mundo (*Opus Christi Salvatoris Mundi*) pretende dar una respuesta a esta problemática, no tanto con palabras, sino más

bien con hechos. Por este motivo, te invita a participar en las diferentes obras que está realizando, de manera que tú puedas contribuir a la solución de todo lo que interpela nuestra manera de vivir en comunidad, llevándonos a un compromiso inspirado por la solidaridad humana y cristiana.

## ACTUALES CENTROS REGIDOS POR LOS MISIONEROS SIERVOS DE LOS POBRES DEL TERCER MUNDO

*Monasterio “Nuestra Señora del Silencio”*: los miembros contemplativos del Movimiento, reunidos en una comunidad de vida austera, en un régimen de clausura, se consagran a dar gloria a Dios, a interceder por todos los miembros de la Iglesia y a reparar los pecados de la humanidad.

*Casa-Hogar “Santa Teresa de Jesús” (Cuzco)*: acoge a los niños más pequeños, asistidos por nuestras Hermanas Misioneras Siervas de los Pobres del Tercer Mundo; esta casa hospeda también a un buen número de niñas y muchachas pobres que así pueden crecer en un ambiente sano. Actualmente llega a cerca de 80 el número de niños enfermos acogidos y de niñas y muchachas pobres hospedadas y educadas aquí. En esta casa vive también la comunidad de las Hermanas Misioneras Siervas de los Pobres TM. Cada sábado este centro es visitado por más de cien niños y niñas pobres, para participar en las diferentes actividades del Oratorio atendido por nuestras mismas Hermanas.

*Centro Educativo Benéfico “Santa María Goretti” (Cuzco)*: acoge a cerca de 400 niñas y muchachas pobres, que aquí reciben gratuitamente la instrucción escolar y la correspondiente educación y formación integral, además, obviamente, de todo el material y los útiles escolares, una buena alimentación y una indispensable asistencia sanitaria.

En este centro se han establecido algunos talleres profesionales (cerámica, corte y confección, costura, cocina, etc.) donde las muchachas más grandes, bajo la guía de maestras especializadas, son formadas también desde un punto de vista laboral.

*Casa San Tarsicio (en el interior de la Ciudad de los Muchachos - Andahuaylillas):* acoge a niños en edades de 6 años en adelante: se trata de huérfanos o de niños con problemas familiares muy graves.

Esta casa, además de los niños y de la comunidad de los Sacerdotes y de los Hermanos Misioneros, desde 2008 hospeda nuestro Seminario Menor.

*Centro Educativo Benéfico “Francisco y Jacinta Marto” (en el interior de la Ciudad de los Muchachos, Andahuaylillas):* acoge gratuitamente a niños y muchachos que, por el hecho de ser huérfanos o sin recursos económicos, son considerados “no suficientemente preparados” por los centros educativos públicos.

*Talleres ocupacionales (en el interior de la Ciudad de los Muchachos, Andahuaylillas):* en estos talleres, después de mediodía, los muchachos de las clases superiores aprenden un oficio, gracias a las instrucciones de maestros profesionales.

*Obra Buen Samaritano (Cuzco):* está en condiciones de ofrecer asistencia sanitaria -sea interviniendo directamente, sea poniendo a su disposición las medicinas en forma gratuita- a todos los pobres que llaman a nuestras puertas.

*Casa-Hogar “Santa Teresa de Jesús” (Lima):* abierta en la capital del Perú para poder acoger a los niños que deben someterse a intervenciones quirúrgicas particularmente delicadas.

*Casa de Formación Sacerdotal “Santa María Madre de los Pobres” (Ajofrín, Toledo – España):* está destinada a acoger y formar a los jóvenes que desean ser Misioneros Siervos de los Pobres del Tercer Mundo.

*Centro de acogida “Nuestra Señora de Hungría” (Budapest):* para niños gitanos provenientes de diferentes barrios pobres de la capital húngara.

*Comunidad di Cusibamba:* se trata de una nueva comunidad de Hermanas Misioneras Siervas de los Pobres TM, fundada por ellas en este pueblo andino, a 4.300 de altitud.

*Misiones en la alta Cordillera:* no podemos olvidarnos del trabajo de evangelización y de apoyo que nuestras comunidades de Misioneros y de Misioneras realizan semanalmente en 7 pueblos de la Cordillera. La comunidad de nuestras Hermanas Misioneras visita cada semana 4 pueblos; nuestros Padres y Hermanos Misioneros se encargan de otros dos pueblos, mientras el séptimo es visitado por los miembros de nuestra comunidad de Familias Misioneras. Como ya hemos señalado brevemente líneas arriba, en el pueblo de Cusibamba nuestras Hermanas Misioneras Siervas de los Pobres del Tercer Mundo han abierto una nueva comunidad en la que trabajan de manera estable 4 de ellas.

## SOLICITUD DE SERVICIO Y EXPERIENCIAS CON LOS MISIONEROS SIERVOS DE LOS POBRES DEL TERCER MUNDO

Si palpita en ti un entusiasmo misionero, no dejes que se apague. Estás llamado/a a alimentarlo.

Nuestras comunidades misioneras de hermanas consagradas, de jóvenes laicos, de sacerdotes y seminaristas, de contemplativos a tiempo completo y de parejas de esposos se proponen ayudarte en este camino.

...Si eres un/a joven en actitud interior de búsqueda que, durante el periodo mínimo de un año vivido en el Tercer Mundo con el corazón abierto a la escucha del Señor, estás dispuesto/a a discernir cuál es la misión a la que Dios te llama.... ¡los pobres te esperan!

...Si eres un joven (varón) interesado en vivir un fin de semana o un par de días de silencio y de oración en una atmósfera misionera en nuestra Casa de Formación de Ajofrín (Toledo-España)... ¡te esperamos!

...Si sois una pareja casada que ha decidido venir con sus hijos en el Tercer Mundo para abrir vuestra familia a los más pobres, como una pequeña Iglesia doméstica, que se transforma en acogida y amor compartido con aquellos que sufren... ¡los pobres os esperan!

...Si te sientes llamado a comprometerte en favor de los más pobres infundiendo el amor misionero en la realidad en la que vives, por medio de la animación de un Grupo de Apoyo de los Misioneros Siervos de los Pobres del Tercer Mundo....¡te esperamos!

**Tú puedes ser la respuesta a las oraciones de los pobres  
que piden amor, justicia y paz.  
¡Únete a los Misioneros Siervos de los Pobres del Tercer Mundo!**

**SACA UNA FOTOCOPIA DE ESTA PÁGINA, LLÉNALA Y ENVÍALA**

Por favor, envíeme información acerca de la manera de hacerme misionero, miembro del Movimiento de **Los Misioneros Siervos de los Pobres del Tercer Mundo**, en la condición de:

- Laico consagrado
- Laica consagrada
- Matrimonio consagrado
- Contemplativo a tiempo completo
- Seminarista
- Sacerdote
- Oblato
- Socio/colaborador

Apellidos y Nombre: \_\_\_\_\_

Calle: \_\_\_\_\_ C.P. \_\_\_\_\_

Pueblo o Ciudad: \_\_\_\_\_

Teléfono: \_\_\_\_\_ Ocupación: \_\_\_\_\_

Edad: \_\_\_\_\_ Grado de instrucción: \_\_\_\_\_

Correo electrónico: \_\_\_\_\_

Enviar a una de las siguientes direcciones:

**ESPAÑA:**

Seminario "Santa María"  
Carretera a Mazarambroz, s/n  
45110 Ajofrín TOLEDO (ESPAÑA)  
Tel.: (00-34) 925 39 00 66  
Fax: (00-34) 925 39 00 05  
e.mail:seminario.msp@gmail.com

**PERÚ:**

Misioneros Siervos de los Pobres  
del Tercer Mundo  
P.O.BOX 907 - Cuzco (PERÚ)  
e.mail: msptm.cuzco@gmail.com  
web: www.msptm.com  
Telefax: (0051)-84-307093



*¡Joven, descubre  
cuánto es preciosa tu vida  
y cuántos son los pobres  
que te están esperando!*





Para cualquier otra información que necesitéis podéis enviar esta página...

Nombres y apellidos \_\_\_\_\_

Dirección \_\_\_\_\_

Ciudad \_\_\_\_\_ Provincia \_\_\_\_\_

Teléfono \_\_\_\_\_ Fax: \_\_\_\_\_

Email \_\_\_\_\_

Estado civil \_\_\_\_\_

Edad \_\_\_\_\_

Ocupación \_\_\_\_\_

Estudios realizados \_\_\_\_\_

...a una de las siguientes direcciones:

**“LOS SIERVOS DE LOS POBRES DEL TERCER MUNDO”**

Casa de Formación Sacerdotal Santa María Madre de los Pobres

45110 AJOFRÍN (Toledo) - España

Tel.: (00-34) 925 39 00 66 - Fax: (00-34) 925 39 00 05

e-mail: [seminario.msp@gmail.com](mailto:seminario.msp@gmail.com)

**MISIONEROS SIERVOS DE LOS POBRES DEL TERCER MUNDO**

P.O.BOX 907 - Cuzco (PERÚ) - Telefax: (0051)-84-307093

e.mail: [msptm.cuzco@gmail.com](mailto:msptm.cuzco@gmail.com) - web: [www.msptm.com](http://www.msptm.com)



# ÍNDICE

Prólogo .....	3
Introducción .....	5
<b>PRIMERA PARTE.....</b>	<b>9</b>
Nacimiento e infancia.....	9
Niñez .....	11
Adolescencia .....	19
Juventud.....	23
Camino ascensional de Agustín hacia la verdad .....	77
Conversión al único y verdadero Dios .....	89
Bautizo y regreso a África.....	109
<b>SEGUNDA PARTE.....</b>	<b>131</b>
Al servicio de Dios.....	132
Primera actividad contra los herejes .....	140
Agustín es consagrado Obispo .....	144
Actividad de Agustín contra la herejía donatista .....	145
Actividad de Agustín contra la herejía maniquea .....	153
Actividad de Agustín contra la herejía arriana.....	155
Actividad de Agustín contra la herejía pelagiana .....	159
Otras actividades de Agustín .....	162
Estilo de vida de Agustín .....	165
Agustín ante la invasión de los Vándalos.....	176
Últimos días y muerte de Agustín .....	182
Conclusión y despedida.....	183
<b>APÉNDICE.....</b>	<b>187</b>
A todos ellos contestamos .....	187
¿Qué podemos hacer? .....	193
Actuales centros regidos por los Misioneros	
Siervos de los Pobres TM .....	195
Solicitud de servicio y experiencias	
con los Misioneros Siervos de los Pobres TM.....	198

*“Esta tarde os entregaré el Evangelio. Es el regalo que el Papa os deja en esta vigilia inolvidable. La palabra que contiene es la palabra de Jesús. Si la escucháis en silencio, en oración, dejándoos ayudar por el sabio consejo de vuestros sacerdotes y educadores con el fin de comprenderla para vuestra vida, entonces encontraréis a Cristo y lo seguiréis, entregando día a día la vida por Él”*

*Juan Pablo II*

*(discurso del sábado 19 de agosto de 2000 a los jóvenes,  
en la XV Jornada Mundial de la Juventud)*

